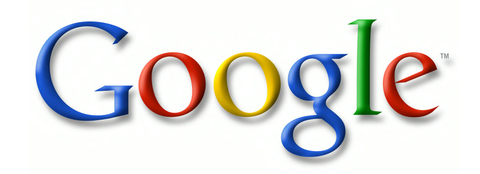


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

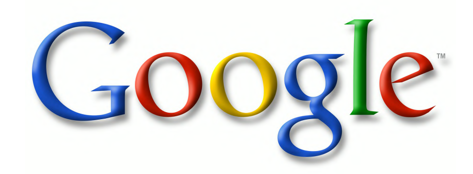
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





Span. 698.5.5

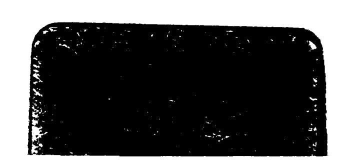
HARVARD COLLEGE LIBRARY

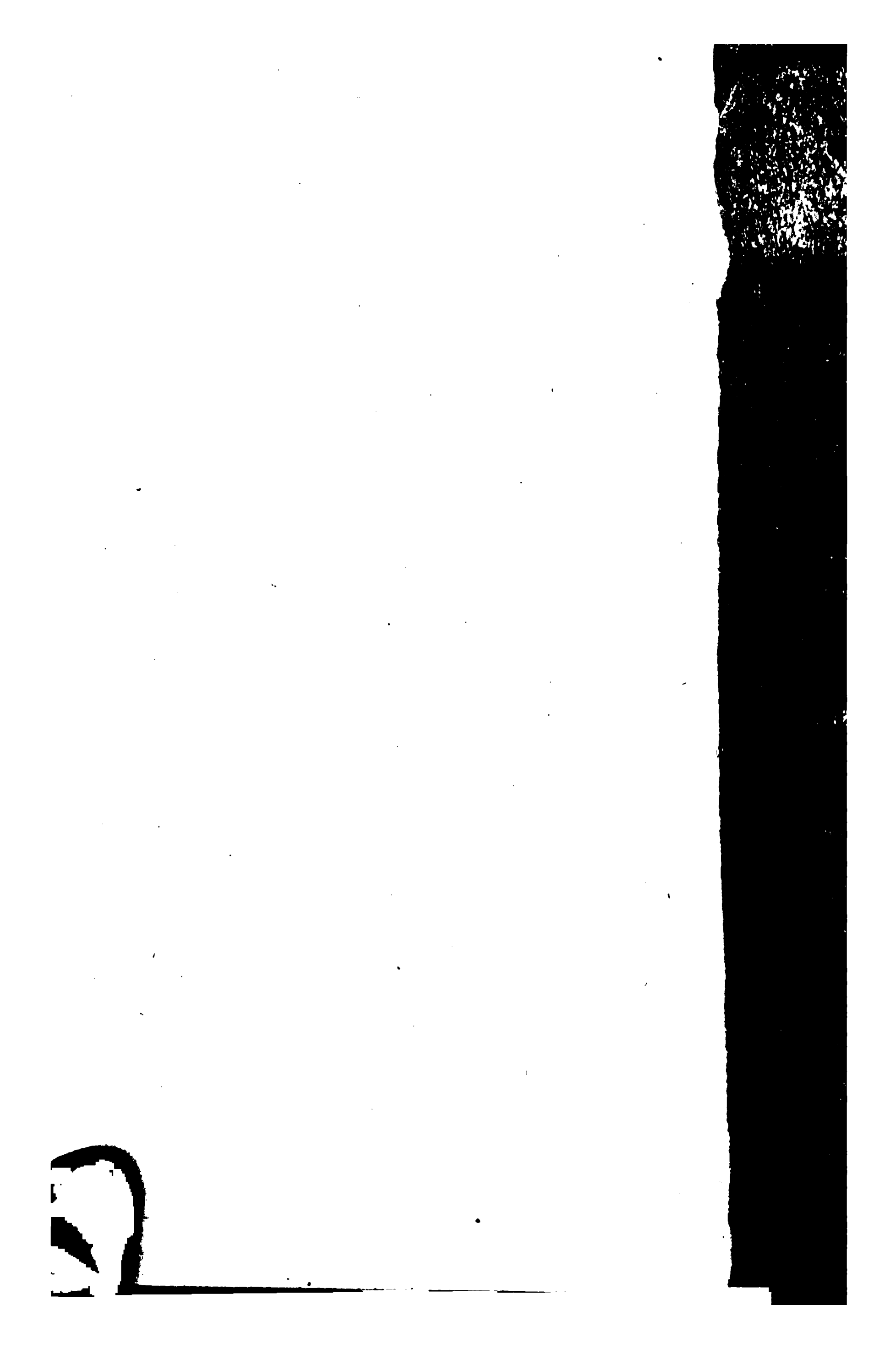
CUBAN COLLECTION



BOUGHT FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA





Span 678.5.5

1906-1907

MI ULTIMA CAMPAÑA

MIGAJAS

POR

NICOLÁS ESTÉVANEZ



HABANA

Librería é Imp. "La Moderna Poesía"
OBISPO 133 Y 135
1907

MIGAJAS

1906-1907

MI ULTIMA CAMPAÑA

MIGAJAS

POR

NICOLÁS ESTÉVANEZ



HABANA

LIB. É IMP. "LA MODERNA POESÍA".

OBISPO 133 Y 135.

1907

Los consejos de un amigo—consejos que escuchó mi vanidad—me han decidido á coleccionar y reimprimir lo que verá quien leyere. Algo, empero, contendrá el volumen que no se había publicado, que quizá no debiera publicarse, y lo inserto con la certidumbre de que no hará mal á nadie. ¿Qué mal puede hacer un libro cuya lectura no es obligatoria? Los libros perniciosos y disolventes son los que se ponen—por fuerza—en manos de los niños, que no tienen la libre elección de sus lecturas y que aprendan en los textos escolares una infinidad de absurdos, mitologías y blasfemias.

De esto y de otras cosas, tal vez digamos algo en otra publicación. Aquí no decimos ni una palabra más, que para introducción, presentación ó prólogo, basta y sobra con lo dicho.



1906

Ultima Campaña

Y no la última hasta la hora presente, sino la postrera de mi vida.

Porque, se acabó, no escribo más, que á las campañas de pluma me refiero; las otras se acabaron hace muchos días, *et pour cause.*

Aunque haya grafomanos del patíbulo (siempre los hubo), lo cierto es que quien está en capilla no es el más indicado para escribir ni para escritear (verbo este último inventado por un cordobés). Y si todo hombre se debe considerar en capilla desde los sesenta años, aquí hay uno que ya lleva en ella un par de lustros. Bien que, en realidad, todos estamos en capilla desde que nacemos.

Pero aquí me atajo, pues observo que me estoy poniendo algo filósofo; era lo que me faltaba.

Tomaré otro rumbo que se ajusta más á mi temperamento, y dejémonos de filosofías que nunca sirvieron para nada.

Vuelvo, pues, á mi campaña de Cuba.

Me vine á la Habana con intención de escribir; un gran negocio, como el que hubiera hecho trayendo

Declaro todo esto, para exculparme ante los lectores que encuentren este libro mal arreglado, sin ilación, sin orden, sin concierto. Son así todas mis cosas.

Además de lo que reproduzco del semanario *En Marcha* y de otras publicaciones, inserto en este volumen varios artículos inéditos que se refieren, en su mayor parte, á política y actualidades de Cuba; poca cosa. Pero aún siendo pocos los artículos y superficial mi estudio de la situación, es posible que mis juicios parezcan infundados; lo serán, sin duda, ya que juzgo por impresiones y por sentimiento más que por conocimiento documentado y preciso de la realidad. En la situación de Cuba, que es delicada, seguramente habrá secretos que desconozco, antecedentes que ignoro, sucesos para mí desconocidos; pero eso no invalida mi derecho de pensar, de decir lo que pienso, de expresar mi sorpresa cuando escucho á cubanos de los más esclarecidos pidiendo anexiones deprimentes ó protectorados humillantes.

Llegada á Cuba

Me ha sorprendido siempre una pregunta que me han dirigido repetidas veces: "¿te gusta el dulce?"

Porque lo que no me gusta ni creo que le guste á nadie, es el amargo, ni lo agrio, ni lo desabrido.

Es lo mismo que cuando me disparan la interrogación inconcebible: "¿te gusta el calor?"

¡Pues no ha de gustarme! Lo que no me place ni me conviene es el frío.

Por eso allá en la inhabitable Europa, entre escarchas y hielos, particularmente desde que empecé á sentir el peso de los años, pensaba frecuentemente en retirarme á Cuba para gozar de su ambiente bienhechor.

Y al cabo lo conseguí. Ojalá no tenga que desandar lo andado, como ya me ha sucedido otras veces.

Pero ¡cuántos contrasentidos se albergan en el corazón del hombre! El día de mi llegada á Cuba—12 de Junio de 1906—fué de honda tristeza para mí.

La satisfacción del cansado peregrino que después de vagar por montes y desiertos pone sus pies doloridos en el más apetecido oasis; mi propia satisfacción al contemplar este oasis cubano, que ha sido tantas

veces para mí la lejana visión del descanso y el sosiego; mis ansias realizadas, mis logradas esperanzas y mis anhelos cumplidos, quedaron neutralizados por un sentimiento doloroso que se apoderó de mí al entrar en el puerto de la Habana.

¿Era un mal presentimiento?

¿Era una ilusión desvanecida?

¿Sería tal vez reminiscencia nostálgica, recuerdo amargo de tantos amigos muertos, añoranzas de la juventud?

Sólo sé que hube de hacer esfuerzos para contener las lágrimas; no era decoroso que yo desembarcara llorando como una vieja.

Al embocar el puerto, ví por primera vez, flotando en las alturas del Morro, la bandera de Cuba independiente; la saludé con respeto, pero pensé en *la otra*, en la bandera mía, en el glorioso pabellón de España; glorioso todavía, que los crímenes cometidos á su sombra han deshonrado á los perpetradores de los crímenes sin deshonrar la bandera.

Y si es que también la han deshonrado, á pesar de eso ¡la adoro!

La patria ausente y vencida es más amada, por lo mismo que patria es sentimiento. El sentimiento y la idea son dos cosas bien distintas. La idea de patria puede ser discutida; para algunos, podrá ser la patria una convención artificiosa, un territorio circuido por fronteras, también convencionales y no inmutables; para mí es algo inmaterial superior á todo eso.

No la personifican ni el Estado ni sus instituciones pasajeras ni el suelo mismo, sino el alma de la raza, el pensamiento, el recuerdo, la ilusión.

Pasaron, felizmente, las luchas que ensangrentaron á Cuba en tiempos no lejanos; y yo deseo, con todas las ansias de mi espíritu, que cada día se estrechen más y más los lazos de paz y unión entre cubanos é hispanos; anhelo como nadie que para siempre se olviden los agravios mutuos y, por consiguiente, ruego que no se dé intención política ni se interprete como censura para nada ni nadie lo que ahora he de decir.

Fué de lucha enconada entre españoles y cubanos la segunda mitad del siblo XIX. Pero los españoles—quizá también los cubanos—estábamos divididos. Todos los españoles queríamos la conservación de Cuba para España, y más que nadie la anhelaba yo; todos queríamos entonces mantener lo que llamábamos "integridad del territorio". ¿Y qué nos dividía? Que los unos querían, solamente, conservar el territorio, y los otros queríamos conservar al mismo tiempo el honor. Prevaleció la política de los primeros, y así perdimos honor y territorio.

Mas no debemos desalentarnos, que los pueblos como los hombres se rehabilitan con el arrepentimiento, la confesión de sus yerros, la confianza en sí mismos y la fe en lo porvenir.

Los españoles podemos hoy gritar sinceramente: ¡viva Cuba! Al vitorear á Cuba, algo vitoreamos que siempre será nuestro: la lengua patria, la lengua en

que los cubanos pronuncian sus apellidos, declaran sus amores y entonan sus endechas. Y al mismo tiempo que á Cuba, podemos y debemos vitorear cien veces á nuestra querida España.

Pero no á la España de la Inquisición y el retroceso, no á la España de hoy mismo en lo que tenga de medioeval y atávico, sino á la venidera, á la España próspera, regenerada, rejuvenecida que ya se dibuja en lontananza, que yo preveo, que todos presentimos, que surgirá sin duda.... cuando nazca y viva una generación que la merezca.

¿Pero esto es hablar de mi llegada á Cuba?... Que se me perdone si más que á Cuba me refiero á España. No es descortesía, no es ingratitud; es un sentir que se desborda, un presentimiento de que España renacerá de sus ruinas, la evidencia de que, cuando resurja y se purifique y se engrandezca, toda América lo celebrará.

Toda América, sí. El Nuevo Mundo es prolongación de España en lo moral y en lo físico, en la leyenda y el arte, en la historia y en la geografía. Y más que en otra cualquiera región americana, vivirá España en la memoria y en el corazón de Cuba, penetrará su gloria en edades venideras, hasta donde llegue Cuba soberana.

Pero los hijos de Cuba no deben contentarse con una soberanía precaria, nominal y discutida. Tocaremos este punto en capítulo especial.

Desembarqué, ya lo he dicho, desalentado, triste, seriamente enfermo; dolorido el cuerpo y más dolorida el alma; rodeado de buenos y cariñosos amigos, pero sin horizonte, que desde mi aposento del hotel no podía descubrir mi vieja Habana.

D
atenci
lectivi
espa

todo
no
com

sie
zac
gr
p
p
q
h

En la Habana

Desde que llegué recibí reiteradas muestras de atención de personas y familias; de individuos y colectividades, conocidos y desconocidos; de cubanos y españoles; de amigos viejos y de amigos nuevos.....

¿Que por qué lo digo? Para disculparme con todos y cada uno, pues realmente no cumplí con nadie, no pude corresponder y me conduje en apariencia como un incivil.

De incivil, en efecto, no dejo de tener algo; me siento un poco salvaje y abomino á veces de la civilización. Pero mi salvajismo no es incompatible con la gratitud ni con la buena crianza, y la causa de mi proceder fué la falta de salud. Pude acudir á la prensa, tan deferente conmigo, pero no me convenía que se hiciera pública mi enfermedad; la noticia hubiera llegado, tal vez, á mi familia, produciendo inquietudes que yo quería evitar.

Conste, pues, que si no pagué visitas ni acepté invitaciones, agradecí y agradezco las cordialidades manifiestas de muchos habaneros y de varios compatriotas, de la prensa cubana sin excepción alguna y hasta del Ayuntamiento de la Habana. Pero estimé sobre todo el sentido mensaje de los estudiantes, men-

saje de bienvenida que me llenó de orgullo, aunque amargado por doloroso recuerdo.

Pasé dos meses cabales encerrado en un cuarto del hotel, no recibiendo apenas más visitas que las del doctor Souza, leyendo á ratos, y deleitándome cuando la brisa nocturna hacía llegar á mi oido los apagados ecos de un danzón.

¡El danzón cubano!... Solamente por oirlo debieran venir á Cuba los habitantes de Europa; venir en masa, que allá no conocen del danzón más que la parodia vil. No es de mi tiempo, no, pero lo reconocí, desde las primeras notas que escuché, por hijo legítimo de la antigua danza. Esta música antillana es la más sugestiva y más danzable que se conoce en la tierra. Por eso mismo, yo que tengo en la memoria y escucho en sueños no pocas danzas cubanas y puertoriqueñas de otro siglo, salí del hotel antes que el doctor me diera de alta, nada más que para ir al Malecón ó al Parque las noches de retreta. Y sigo yendo con toda puntualidad á la hora crítica de que la banda de turno ejecute el danzón, diez menos cuarto.

El Malecón es nuevo para mí; ¡pero cuántos recuerdos me comunica el Parque! Alrededor de la estatua de Isabel II, hoy substituída por la de Martí, he paseado en apacibles noches con antiguos camaradas que ya han muerto, viendo pasar las volantas con su divina carga de habaneras, habaneras y volantas que

también han desaparecido, y he aplaudido allí las danzas de otros tiempos como los danzones de la actualidad.

Un atractivo más me lleva al Malecón, aun siendo bastante el de la música: mi novia. Porque tengo una novia aunque ella no lo sabe; como pasa volando en rápido automóvil, ni se ha enterado siquiera de que existo. Y se enfadaría, tal vez, si se enterara, pues estas lindas muñecas no se hacen cargo de que si un viejo las mira es porque piensa en sus hijas.....ó en sus nietas.

* * *

El partido republicano español no es nuevo en Cuba; ya existía en la época española, tuvo su prensa, mantuvo el pabellón, y de aquellos tiempos aún viven en la Habana, entre algunos otros, el venerable patriota D. Niceto Solá, querido amigo nuestro, y el meritísimo D. Manuel Linares.

Después de la independencia, luchó también por la República Española D. Julio César Estrada, hoy en Asturias.

Actualmente se publica el semanario *En Marcha*, que no se ha mezclado en las contiendas de Cuba, consagrándose exclusivamente á política española.

Dirige el periódico su fundador y propietario señor Ruiz de la Peña.

Por la parte que me toca, bien pequeña, puesto que he sido un simple colaborador, les quedo reconocido á los que en España y en América han reproducido mis trabajos, han leído con interés el periódico y nos estimulan con sus parabienes.

* * *

A todas estas, no he dicho cosa alguna de la Habana, de sus progresos, de los cambios operados desde que la conocí. Me alejé de la Isla en Octubre de 1866; aunque volví en 1871, sólo estuve un mes; también estuve—nada más que horas—en 1879. Mis tiempos de Cuba son, por consiguiente, los anteriores al alzamiento de Yara.

En la época de mi regreso á España estaba incubándose la revolución; los que no la veían estaban ciegos. Las autoridades, sin embargo, y los españoles influyentes, se aprestaban á la resistencia en defensa de los derechos tradicionales de España; pero con los derechos, defendían ferozmente los abusos. A todo cubano se le consideraba sospechoso; todo español rico era inviolable. Del Ayuntamiento de la Habana, rara vez formaba parte alguno que otro habanero; eso explica el imponderable desaseo, la falta absoluta de higiene y de policía que se observaba en la Habana de aquel tiempo. Era una ciudad simpática y activa, pero difícilmente hubiera podido hallarse una capital más sucia. La fiebre amarilla no dejaba en ninguna

estación de hacer estragos; atacaba á la mayoría de los extranjeros y morían un veinte por ciento de los atacados. Todo eso, por fortuna, ha desapaarecido; la Habana es hoy una ciudad tan sana como limpia, y el tributo que pagan los europeos á la aclimatación es de veras insignificante.

Ha crecido y se ha embellecido la ciudad; las murallas y los fosos que hace cuarenta años cerraban la ciudad vieja, han sido reemplazados por calles anchas y hermosas; el árido Campo de Marte, dedicado en mi tiempo á la instrucción de reclutas, se ha convertido en un frondoso parque; en la playa del Vedadado, que se extendía solitaria desde San Lázaro hasta la Chorrera, ha surgido un barrio extenso, populoso y elegante; hay más escuelas que en la era colonial, y no deja de observarse en los barrios menos ricos el influjo de la escuela.

Pero otro cambio me ha satisfecho más. Allá en mi tiempo, el tiempo de la odiosa esclavitud, pocas veces pasaba cerca de mí un hombre de la raza de color, aún siendo libre, que no me dirigiera una mirada torva. ¿De qué procedían aquellas miradas fieras, aquella humildad artificiosa en el gesto, siempre desmentida por el fuego de los ojos?

¿A quién odiaban en mí? ¿Al extranjero, al militar, al español, ó al blanco?

No lo sé; pero hoy pasan á mi lado los hijos de

aquellos hombres, con la mirada serena de quien tiene clara conciencia de su dignidad. Cada día me persuado más de que, en el cambio de régimen, hemos ganado todos. ¡Lástima grande que haya costado tantos sacrificios!

Encuentro inesperado

El doctor me puso á dieta; una dieta que para sí quisieran más de cuatro, pues con dos litros de leche, plátanos á discreción y una docena de mangos cada día, se puede sustentar una familia, cuanto más un hombre.

Yo no sé si sería por influencia del régimen lácteo-frutal, por el calor de Julio, ó por reminiscencias juveniles; pero el caso es que en la soledad de mi aposento me dediqué á ripiar.

Entre paréntesis: (no creo que la Academia de la Lengua use este verbo en su más legítima acepción, aunque algunos señores académicos *ripian, ripian* bastante).

Sigo mi cuento. Amontonando ripios para pasar el rato, como hacer solía en mis mejores tiempos—muy remotos, ¡ay!—sonaron en mi puerta dos discretos golpes.

Sentí la natural contrariedad del que teme y deplora que una visita importuna le corte la inspiración, bien que la mía no fuese más que alucinación engendrada por la dieta. Recogí mis papeles, cubier-

tos de renglones desiguales—¡muy desiguales, sí!—y abrí la puerta.

Creció mi contrariedad, pues la persona que me interrumpía no era ninguna de aquellas muchachitas del año 66, dignas contemporáneas del clásico quitrín, cuyos pies beso; no los del quitrín sino los suyos. De aquellas niñas no me ha visitado ni una sola; con tantas guerras, puede ser que á todas las hayan fusilado; y si queda alguna, puede ser que ya no parezca niña.

El que á mi puerta llamaba era un anciano vigoroso, de mirada viva y de cabellos blancos; me pasó revista detenidamente, como dudando de mi identidad, y al fin me preguntó con acento vacilante, con emoción visible:

—¿Usted ha sido rubio?

—Ni me acuerdo ya, le respondí.

—¿Estuvo usted en la guerra de Africa? ¿Era usted del regimiento de Zamora? ¿Se acuerda usted del brigadier Mogrovejo?

—Estuve.....era....me acuerdo.......

—¡Mi teniente! exclamó tendiéndome los brazos.

Y nos abrazamos cordialmente, como antiguos compañeros de hambres, malas noches y demás delicias de la juventud.

Nada tiene de particular que tardara tanto en conocerme, pues yo tampoco lo reconocí hasta que él se nombró.

Era Francisco Rosado, natural de la serranía de

, y uno de los soldados más valerosos de mi ııa.

Rosado me recordó no pocos incidentes de la campaña de Africa, los unos olvidados por vulgares, los otros semiborrados por el tiempo, todos gratos, porque su recuerdo nos rejuvenecía.

Pasé un rato delicioso con la conversación del veterano, que á sus setenta años—tiene tantos como yo—sigue siendo tan soldado, tan andaluz y tan buena persona como cuando mataba marroquíes.

Vive en la Habana, donde ha creado una simpática y laboriosa familia. Para su familia y para él fué mi primera visita, cuando el médico me lo permitió. Sus hijos, con ser cubanos, saben tanto como yo del regimiento Zamora y de la guerra de Africa. Podrá cerrarse con tres ó cuatro llaves la sepultura del legendario Cid, pero de Rodrigo Díaz ha de quedarnos algo. Pertenecemos á una raza que siempre amará á los Campeadores, sean ó no del Vivar.

Y éste es uno de los mayores peligros que se ciernen sobre Cuba.



Nostálgica

En mis tiempos juveniles
tuve yo por compañeras
en estos campos de Cuba
flores y palmas y ceibas;
ceibas y flores y palmas
que hoy están no menos bellas,
pero ya no me conocen,
pero ya no me recuerdan.
Ni cómo se acordarían,
aunque estas fueran aquellas,
si no soy aquel soldado,
si no soy aquel poeta,
¡si no puedo con la carga
de mis años y mis penas!

Melancólica

La persecución injusta,
la calumnia que disfama,
la pobreza inmerecida
y la ruina consumada,
son vulgares contratiempos
que no quitan la esperanza.
En la muerte prematura
de una persona adorada,
el dolor parece eterno
y al fin el tiempo lo calma.
Pero la pena más honda
de nuestra existencia amarga,
la que no consuelan nunca
ni el tiempo ni la distancia,
es la profunda, la inmensa,
del divorcio de dos almas.

En la hamaca

Estaba yo una mañana
sin poderme convencer
de que ya estoy en la Habana,
porque tenía tanta gana
¡tanta! de volverla á ver.

Pero ¿por qué la tenía,
si ya no había de encontrar,
de lo que yo conocía,
más que la grata armonía
de las brisas y la mar?

Ya no existen los que fueron
testigos de mis andanzas,
ni los que me aborrecieron,
ni los que bien me quisieron
ni mil dulces esperanzas.

Dulces, pero fenecidas,
cual las bellas ilusiones
que huyeron desvanecidas
como nubes esparcidas
que el viento rasga en jirones.

En la hamaca me tendí
un momento á descansar,
y no sé lo que sentí,
pero sí recuerdo, sí,
que empecé por meditar.

Y la hamaca se mecía
en cadencioso vaivén
que al cabo me adormecía,
mis ideas confundía
y mis memorias también.

Dormido á medias, soñando
con los ojos medio abiertos,
en cosas viejas pensando
y sin querer evocando
á los vivos y á los muertos.

Viendo en el aire visiones,
fantasmas en el ambiente
de perdidas ilusiones,
y confusas mis nociones
del pasado y del presente,

Yo no sé lo que sentía,
pero recuerdo una cosa,
y es que en mi mente bullía
la más vaga fantasía,
distante, incierta, borrosa:

En noche clara y serena,
por la senda atormentada
que alumbra la luna llena,
arremolina la arena
mi yegua desenfrenada;

Unas macetas floridas
en un pintado balcón,

unas palomas dormidas,
unas palabras sentidas
y los ecos de un danzón.

Pesadillas mensajeras
de extinguidos resplandores
y de angustias duraderas:
flores, espinas, quimeras,
cañonazos, ruiseñores.......

Desperté sobresaltado,
en la hamaca me senté,
y aunque todo era soñado,
volví la vista al pasado
¡y lloré!

---

rados ó vulgares pretendientes. Los que han supuesto motivada la revolución de Agosto por causas particulares y mínimas, sin duda han calumniado á este pueblo.

Antes de producirse el alzamiento, no faltó quien me anunciara su proximidad; pero confieso que no le concedí crédito alguno: jamás he creido en ninguna clase de profetas, ni he fiado tampoco en la previsión de los políticos; si hay políticos verdaderamente previsores, yo no los he visto por ninguna parte.

La impresión que me pudieran causar los que auguraban próximas revueltas, quedaba desvanecida por la confianza absoluta de la mayor parte.

Es más, cuando tuve el gusto—poco antes del alzamiento—de conocer personalmente al Mayor General Loynaz del Castillo, amigos tengo en la Habana que me oyeron concretar el juicio que formé del joven General: "Este hombre, les dije, llenará muchas páginas en la historia futura de esta tierra". Pero yo me refería á un futuro más remoto; no podía creer que tan cercano se hallaba el cumplimiento de mi vaticinio. Yo también soy político, y por consiguiente imprevisor.

El alzamiento no revistió importancia militar, aunque la tuvo política, social é internacional. Y no podía producir una guerra de importancia por ser escasas las fuerzas del gobierno. El único hecho de armas importante, relativamente, de que se tuvo noticia, fué el combate de Guajay, dado precisamente por

Loynaz del Castillo, que operaba defensivamente á las puertas de la Habana. Las razones que tuviera el joven y valeroso caudillo para no tomar una resuelta ofensiva y entrar en la capital, deben de ser más bien políticas que militares, y acaso de índole secreta. Por mi parte las ignoro. Tomar la Habana hubiera sido para Loynaz una empresa facilísima, ya que la ciudad simpatizaba con el alzamiento y estaba moralmente sublevada.

No frecuentaba yo los clubs políticos, ni había militantes entre los amigos que aquellos días me vieron y me hablaron; de todos modos, tengo bastante práctica, desgraciadamente, para descubrir las impresiones y los sentimientos populares, en palabras sueltas, frases equívocas, exclamaciones espontáneas y detalles fisionómicos. El vecindario de la Habana, en considerable mayoría, simpatizaba con el alzamiento ó no era muy devoto del señor Estrada Palma. Y aun recuerdo haber hablado con un conocido partidario suyo, que á fines de Agosto le defendía, sí, pero con timidez y con tibieza.

Antes y después de los sucesos de Agosto he oído ponderar las virtudes y los méritos del señor Estrada Palma, y sé también por lo escuchado y leído que se le prodigan las censuras más acerbas. A veces he creído que permanezco en España, donde no hay hombre público de quien no se digan las cosas más opuestas, de quien no se formulen y mantengan los juicios más absurdos ó más contradictorios. El mismo perso-

dencias y aspiraciones de un pueblo necesitan, para encauzarse, más de dos y más de tres partidos. No son partidos los grupos que se forman por desprendimientos de los núcleos principales, aunque los dirijan hombres eminentes; no lo son tampoco las agrupaciones sin programa, que luchan por el poder, que no persiguen ideas y que tienen por bandera un hombre.

Los dos partidos serios, fundamentales, actualmente en crisis, pero con toda clase de elementos para reorganizarse y subsistir, son el liberal y el moderado. No siendo más que dos, tienen que albergar uno y otro á gentes que marchan en diversos rumbos, de suerte que no hay homogeneidad en los partidos ni la habrá mañana en los gobiernos; y como los gobiernos heterogéneos jamás podrán gobernar eficazmente, digan lo que quieran los políticos enamorados de los modernos bloques, resulta evidente la necesidad de establecer algunas diferenciaciones que luego sirvan de base á numerosos partidos.

Sí, numerosos, que no ha de haberlos tan sólo para gobernar ó para disputarse las riendas del poder, sino también para propagar ideas y difundir enseñanzas y extender la cultura popular, preparando generaciones que eleven el nivel moral é intelectual de Cuba.

Lo que hace falta es que los triunfadores, los gobernantes, los directores de esta sociedad, no teman las ideas ni se asusten de las propagandas, como pudiera sucederles—en perjuicio propio—si están resabiados

todavía por el régimen colonial de España, régimen de suspicacia y de mutismo.

Lamentan ciertos cubanos lo que llaman ellos abundancia de partidos; sucede lo contrario, pues ya lo hemos dicho, hay pocos y se necesitan más. Lo que ocurre es que se acuerdan de su época de lucha contra la antigua metrópoli: todos tenían entonces un ideal común, la independencia, y por eso están acostumbrados á considerar las ventajas del común sentir; pero lograda ya la independencia, no es posible que haya comunidad de sentimientos y de aspiraciones.

Justamente por haberse consagrado todos al mismo objeto político y social, á la emancipación, han pasado casi inadvertidos para este pueblo tan inteligente los problemas planteados y las grandes batallas sostenidas en Europa y en el mundo, desde el principio hasta el fin del siglo XIX. Cuba, en este concepto, se encuentra en visible atraso; lo que se discute aquí en los días que corren, estaba ya en discusión en la Edad Media; y los dos partidos de gobierno, moderado y liberal, se distinguen en muy poco por no decir que en nada. Ambos partidos se han disputado los votos y las simpatías del pueblo con ánima de servirlo, y sus programas son casi idénticos; pero el instinto popular advirtió luego lo confirmado por hechos posteriores: que los moderados están contentos con la enmienda Platt, mal vista por la opinión, y que los liberales abominan de la famosa enmienda; que los

es exclusiva de Cuba. Todos los pueblos del mundo, todas las repúblicas, todas las monarquías, los imperios más presumidos y fuertes sin excepción alguna, viven también en la interinidad, que en el siglo XX no hay nada definitivo. Todo es transitorio, todo es artificial, no hay nada constituído con caracteres de duración que, para la humanidad, todas las épocas son de transición, todos los períodos son constituyentes.

Más de Cuba

He dicho en otra parte, he dicho siempre, que todo rebelde merece mi simpatía. Parece, pues, una contradicción lo que antes he declarado: que me contristó, que sentí mucho el alzamiento de Agosto, verdadera desgracia para Cuba. Pues no hay tal contradicción por más que lo parezca: yo comprendo que se rebele un pueblo contra sus tiranos, pero no contra sí mismo. ¿Y no ha resultado de malas consecuencias para Cuba el alzamiento de los liberales?

Estos liberales persiguen varias utopías. Se quejan, acaso con razón, de desigualdades irritantes, de inicuos privilegios, de abusos y de fraudes; solicitaban de sus enemigos la igualdad ante la ley, el cumplimiento estricto de la ley, sin reparar que las leyes son las que engendran hoy, como engendraron ayer y engendrarán mañana, todos los fraudes y todos los abusos, todas las desigualdades y todos los privilegios; deploraban, por el sentimiento de justicia tan natural en el hombre, las injusticias sociales, que no son exclusivas de esta tierra, que en todas partes existen y que son, aquí y en todas partes, derivadas de las leyes. La de las leyes....esa es la gran tiranía. Go-

bernarán un día los liberales, y entonces lamentarán sus adversarios lo mismo que antes lamentaron ellos. No habrá, no puede haber en el mundo paz duradera, ni justicia, ni equidad, mientras haya leyes y legisladores.

Pero bien sabemos que la humanidad avanza con desesperante lentitud por el camino de su liberación, que no acaba de una vez con todos sus enemigos, que tardará muchos siglos en deshacerse del último tirano, de la Ley; por eso consideramos que no valía la pena de suscitar conflictos de orden interior, para traer sobre Cuba una intervención extraña.

Con motivo de la intervención ó de sus causas, y refiriéndose á Cuba y á varias repúblicas de América, se habla ahora de pueblos "convulsivos."

Pues no hay pueblos ni razas convlusivos; á lo sumo, hay razas ó pueblos ineducados. Lo que hay, efectivamente, son razas, pueblos y hombres *impulsivos*.

El hombre impulsivo no es más que un enfermo, á quien se puede, á quien se debe curar, y en ningún caso ha de faltar quien lo cure. Los pueblos impulsivos son más de temer, pues no lo son por su naturaleza, por su índole ni por atavismos históricos ó de raza: lo son por desproporción de fuerzas, por algo material, por su tamaño, por sus dimensiones. Y Cuba tiene muy cerca uno de esos colosos temibles, absorbentes, desproporcionados; por desproporcionado impulsivo, agresivo, tiranizador.

Es general actualmente la tendencia á formar grandes naciones, sin ver que esas robustas y potentes nacionalidades son enemigas de la humanidad y de la paz del mundo. Se parecen á los avaros, que apetecen más cuanto más tienen. Piensan muchos que las naciones chicas no pueden hacer cosas muy grandes; yo creo que las grandes pueden hacer cosas muy malas. Comprendo una federación universal, la unión de todos los pueblos, haciendo posible en el mísero planeta la humana fraternidad; pero mientras haya fronteras erizadas de cañones, estoy por las naciones pequeñas. En estos siglos de transición entre las civilizaciones antiguas y las venideras, estas últimas apenas vislumbradas, los pueblos más felices, más progresivos y menos temerarios, son los de pequeño territorio y por consiguiente de escasa población. La inmensa Rusia es menos feliz que Suecia; Holanda es más feliz que Alemania; superior á la de Francia es la cultura de Suiza; en la diminuta Bélgica hay más riqueza que en Austria.

Las fronteras de Cuba son inmutables, como trazadas por la Naturaleza; pocas naciones habrá de personalidad más definida ni de límites tan acentuados: ¡ay de Cuba si pretende salvar sus vallas naturales ó consiente que otros las supriman!

Con toda imparcialidad creemos, y lo decimos con sinceridad, que la primera intervención americana fué beneficiosa para Cuba. No diremos lo mismo de la actual intervención, que puede ser precursora de la

tercera, de la definitiva. La absorción de Cuba por los americanos, sean cualesquiera la forma y la ocasión, resultará funesta para los cubanos.

Todos lo sabemos: el cubano ama su Isla, y esto quiere decir que ama todo lo que encierra; si en todas las latitudes son los hombres amantes de su patria, aun aquellos que presumen de cosmopolitas, más amantes de la patria son los insulares que los continentales, por lo mismo que la de los primeros es más determinada, más precisa, más fijamente limitada, y no por obra de la diplomacia ni por capricho de un conquistador. Pues bien, el cubano adorador de Cuba, no podrá consolarse al perder la independencia con la simple consideración de que su Isla permanece en la misma latitud, refrescada por las propias brisas, coronada por las mismas palmas, que no tardarán los invasores en arrancar de raíz hasta las plantas, ahuyentar á los sinsontes, emponzoñar el ambiente al construir en cada verde loma un sanatorio para extranjeros tísicos.

* * *

Los cubanos son responsables de lo que les sucede, y lo prueban ellos mismos al echarse la culpa unos á otros. Dicen los moderados que la culpa es de los liberales, por haberse rebelado intempestivamente; responden los liberales que su rebelión fué provocada por los moderados, por sus desaciertos é injusticias, y que

la intervención americana fué pedida por el gobierno moderado y por el presidente. Discutir este punto de las responsabilidades equivale á encerrarse en un círculo vicioso, porque dando cada uno en descargar sus yerros sobre los demás, no faltaría quien acusara de la actual intervención á España, que le negó á este pueblo toda práctica política; ni quien se la achacara tal vez á Narciso López, que señaló el camino para emanciparse; ó al general Tacón, por haber sembrado gérmenes de descontento y de rivalidad; ó á Cristóbal Colón, que descubrió la Isla.

Déjense ya los cubanos de discutir lo que fué, lo que pasó, y piensen un poco más en lo que es, en lo que va á pasar. Los americanos mismos tienen mucho que pensar, en la Habana y en Wáshington, si no quieren sentir las consecuencias de cualquier error; no tienen derecho los cubanos, hasta la hora presente, á poner en duda la veracidad ni á negar la rectitud de los americanos, pero éstos no deben escuchar las insinuaciones temerarias de los anexionistas, sean á no cubanos.

Por nuestra parte, creemos firmemente que los americanos evacuarán la Isla por segunda vez, recuperando Cuba su cabal independencia.

Pero estamos no menos convencidos de que, si los cubanos pierden la esparanza de ser independientes, arderá la guerra en las maniguas, los rifles enterrados

saldrán por sí mismos en busca de combatientes y los machetes guajiros brillarán al sol.

No puede ser esclava
la patria de Maceo........

¿Lirismo?......No; es la pura realidad.

Pero tengan en cuenta los cubanos—y esto es prosa vil—que en lucha con los Estados Unidos, será efectiva la vigilancia en el mar, no llegarán expediciones armadas ni armas ni recursos de cierta procedencia, no habrá tampoco destacamentos y pequeñas columnas de soldaditos heroicos, hambrientos y descalzos, que lleguen al campo de batalla muertos de fatiga, después de haber recorrido á pie distancias inverosímiles, con un peso enorme y bajo un sol de fuego. No, los americanos guerrearán de otra manera que los españoles: si éstos no tuvieron tiempo de abrir caminos en cuatrocientos años, los americanos los abrirán en un mes; y llegarán tan frescos, en automóviles ó en globos dirigibles, á los futuros campos de batalla.

De todas maneras, esta es la disyuntiva: independencia ó guerra.

* * *

Triste cosa es la guerra; más triste si puede ser evitada y no se evita.

En las cuestiones internacionales, dificultan á veces toda solución pacífica las pasiones colectivas, la vanidad nacional y aun ambiciones dinásticas ó de

otro género. Si surgiera un rompimiento, un choque, entre Cuba y los Estados Unidos, sería de consecuencias penosas, deplorables, pero habría que aceptarlo todo. Cuba, y ojalá no llegue el caso, defendería el honor y la existencia.

No puede censurarse á un pueblo que lucha por la vida; si tiene que optar entre morir luchando ó perecer sin lucha, Cuba optará por lo primero.

Lo que sí merecerá las más ásperas censuras y no perdonaría la posteridad, será que Cuba se desangre en luchas intestinas, antes ó después de evacuada la Isla por los americanos, sin más finalidad que el triunfo de un partido. Y el triunfo no sería para el partido victorioso, porque la guerra civil provocará definitivamente la ocupación militar y la anexión.

Varias consideraciones

Justificada ó no, mejor hubiera sido que no se produjera la insurrección de Agosto. De todas suertes, creo que por esta vez se ha salvado la nacionalidad. Si mi presentimiento se realiza, no se olvide la lección. Pueblos y hombres adquieren más enseñanza en los reveses que en los triunfos, en los errores que en los aciertos, y los partidos cubanos deben hacer como los hombres listos y avisados: tornar en provecho propio las circunstancias adversas.

Demos por hecho que los Estados Unidos, pasadas las elecciones, dejan á Cuba independiente. En ese caso, es menester que las sucesivas elecciones se realicen con perfecta regularidad y que todos los cubanos, vencidos ó vencedores, renuncien á empeños temerarios y veleidades suicidas.

Una guerra con los Estados Unidos sería de terribles consecuencias, pero cien veces peores serían las que resultaran de una guerra civil, de una lucha armada entre cubanos, de un simple estado de hostilidad entre los partidos actuales ó futuros. El "derecho de insurrección" es positivo, cuando puede llamarse *derecho de defensa;* es lícita la defensa propia,

la de los propios derechos, la de la libertad detentada ó la independencia amenazada; y no solamente es lícita, que es obligatoria. Pero más vale renunciar un derecho, que perder la nacionalidad. No serviría de nada el acusarse después los unos á los otros, pues todos serían igualmente responsables.

Si las canas me autorizaran, ya que no tengo otro título para dar consejos y para ser machacón, á todos los cubanos les aconsejaría que no enconaran sus luchas, que no envenenaran sus contiendas, que las inevitables disputas de los hombres no sean en Cuba odiosos pugilatos. Cuba merece que sus hijos sacrifiquen al bienestar, á la independencia, á la gloria de la madre, toda vanidad personalísima, toda susceptibilidad, toda ambición por legítima que sea.

Y la mujer cubana puede y debe ejercer un influjo decisivo en sentido pacificador. Ella que supo con patriótico ardimiento impulsar á muchos hombres, á sus hermanos, á sus propios hijos, cuando creyó llegada la hora de luchar y de morir por Cuba, está obligada á mostrar igual pasión en defensa de la paz, de la cordialidad, de la armonía, en el seno de Cuba emancipada.

¡La mujer cubana!...... Pueden los cubanos encarecer la hermosura del cielo que los cobija; pueden estar contentos y envanecidos con las magnificencias de la naturaleza tropical; no sin motivo cantan los poetas las esbeltas palmas, y las copudas ceibas, y las parleras multicolores aves; pero lo más hermoso, lo

más sublime, lo más singular de Cuba es la mujer. Aprendí á conocerla y amarla y admirarla en época ya remota, en otro siglo, y en días recientes pude escribir esta copla, que es mala, pero exacta:

Si entre un millón de mujeres
me esconden una cubana,
yo me atrevo á descubrirla
á cien leguas de distancia.

¿Pues no he de descubrirla? Una cubana se distingue siempre, ya por el fulgor de su mirada, ya por sus pies diminutos, ya por la abundancia de su cabellera, ya por su gentileza y la distinción de sus modales, sin que haya varón que no se sienta subyugado al verla, sin que haya artista que no la prefiera á todas, lo mismo á la europea septentrional de ojos azules y cabellos blondos, que á la meridional de airoso continente, pestañas negras y cejas pobladísimas.

Pero yo conozco una mujer más bonita que la inglesa de azulados ojos, que la francesa de superior elegancia, que la italiana de trigueño cutis, que la española de peregrinos andares, que la cubana misma, con todos sus atractivos y encantos prodigiosos.

¿Que quién es esa mujer?

La mía.

Por sincero y franco, á falta de otros méritos, merecí alguna consideración de mis contemporáneos; por tenaz en mis ideas, persistente en mis anhelos y perseverante en mis amores, mis pasiones son hoy las mismas

del pasado, las de toda mi existencia, y morirán conmigo.

Es sensible que yo no sepa sobreponerme á las seniles pasiones de los que hemos vivido demasiado; todos los viejos hacen lo mismo que yo: transportar su pensamiento á las épocas pasadas, vivir en ellas, considerar lo pretérito superior á lo presente y aun á lo futuro. Es un hecho cierto, pero ilógico; lo más natural sería que la gente moza, la que ha de luchar y vivir en tiempos venideros, se complaciera en las cosas del pasado, estudiándolas, que algo aprendería, y sin cuidarse del porvenir, que es suyo; los viejos, al contrario, seguros de que no verán los grandes cambios que traerán los tiempos, debieran imaginarlos, saborearlos, soñar en los progresos apenas presentidos, y constantemente discurrir acerca de su trascendencia y dirección.

Pero no hablaré más de lo pasado, que es triste, ni de lo venidero, que es incógnito. Discurriré sobre la actualidad.

Impaciencias generosas les hacen decir á muchos que el progreso de la humanidad, aunque efectivo, es lento. Es justo que les parezca así á los que comparan lo presente con lo porvenir, lo visto con lo soñado; á los que, llevando su pensamiento á las aspiraciones ideales, solo ven en torno impurezas, trabas y rutinas: rutinas seculares, trabas sociales, impurezas de la realidad. Pero pongamos el pensamiento en lo pasado, comparemos lo que fué con lo que es, y se verá que

bien podemos estar contentos y satisfechos del camino andado. No hay que fijarse en un pasado remoto; basta acordarse de lo que hemos visto: el breve período de una vida humana es suficiente para encontrar inmenso el espacio recorrido; los hombres de mi edad se acordarán, como yo, de aquellos tiempos en que la abolición de la esclavitud era considerada por el vulgo infinito como ensueño de poeta, como verdadera utopía. Mis contemporáneos—ya quedan pocos—recordarán que en nuestra juventud ni aun existía la poderosa Alemania; el reino de Prusia no pasaba de ser una potencia de segundo orden, con menos extensión que España y menos población. Italia nos volvía locos á los muchachos que entonces estudiábamos la Geografía: tal era el número de reinos, principados, territorios tudescos, provincias pontificias y dominios ducales ó archiducales. Todo aquello ha desaparecido, y ya la nueva Italia se halla en vías de transformación. Nadie podía creer, hace apenas medio siglo, que tocaba á su término el poder temporal del pontífice romano; y si alguno lo pensaba, ni aun podía decirlo sin ser excomulgado por la Iglesia y encarcelado por el poder civil. ¿En qué paró todo eso? en que ya no se excomulga á nadie, porque casi todo el mundo se ha excomulgado á sí mismo; en que el Papa-Rey se declara prisionero, bien que en suntuosa prisión y con cadenas áureas.

En España, el cambio ha sido mayor; la Revolución de 1868, no obstante sus errores, sus timideces

y sus culpas, trazó nuevos caminos por los que marcharán las nuevas generaciones; y será inútil que les pongan vallas los amigos de la tradición, pues serán derribadas por la locomotora de la idea.

No he de citar ejemplos de lo que se ha visto en Cuba, donde hace poco tiempo era delito el pensar, y hoy podemos decirlo y escribirlo todo. Ni diré que el Africa, la *terra incognita* de mi niñez, es ya bien conocida y se civilizará. Tampoco he de recordar que el Japón era un imperio insular y semibárbaro en no lejanos días y hoy solicitan su alianza las más grandes potencias. ¿Para qué citar á Rusia? Allí subsisten la tiranía del zar, las deportaciones á Siberia, los destierros en masa, las ejecuciones por capricho; pero la estepa tiembla como sacudida por un terremoto, las ciudades se rebelan contra la autocracia, Polonia esgrime sus propias cadenas en defensa de su autonomía, y no tardarán en caer las viejas instituciones rusas, incompatibles con la civilización, y sólo defendidas actualmente por cosacos, por salvajes y por grandes duques.

. . . .

Se habla en Europa de la quiebra de la Libertad, del fracaso de la Ciencia, de la ineficacia de las revoluciones. Son afirmaciones falsas y malintencionadas; pero si en Europa tuvieran por desgracia fundamento y justificación, cubanos y cubanas deben hacer lo humanamente posible por que tales aseveraciones sean desmentidas en Cuba.

Tal es mi deseo, tal es mi voto; que de nada le servirían á Cuba los esplendores de la Naturaleza, las grandezás de la Historia ni la ciencia de los estadistas, si se eclipsaran aquí la paz y la libertad; la paz, madre fecunda de la civilización; la libertad, dignificadora de los pueblos.

Pero tengan en cuenta los cubanos que los hombres y los pueblos no son verdaderamente libres por el solo hecho de que así lo declaren las constituciones; de nada sirve un derecho reconocido por la ley, si el ciudadano lo renuncia ó no lo ejerce; poco importa que los códigos señalen penas para los que abusen de su autoridad, si falta civismo para protestar de esos abusos. Y no debe preferirse casi nunca la protesta airada, que ante la sociedad, bien ó mal constituída, le quita la razón al que la tiene; es mejor y más eficaz protesta la pacífica, legal, austera, de quien, dispuesto á cumplir todas sus obligaciones, exige la efectividad de todos sus derechos.

Fecunda es la libertad, si es efectiva; gloriosa la paz, cuando es fecunda.

Antes he dicho que la paz es base y generatriz de la civilización; la engendra y también la garantiza. Bien sé que ciertos filósofos han dicho, y otros menos filósofos han repetido, que la guerra es eminentemente civilizadora. La guerra no; lo han sido en verdad algunas guerras; lo son todas las que siembran las semillas de la paz, no lo serán nunca las que derramen simiente de discordia.

Civilizadoras, en definitiva, aun sin serlo en sus actos, son en nuestros días las guerras de Europa en Africa, donde es preciso acabar con los últimos restos de la barbarie, de la esclavitud y del canibalismo; civilizadoras pueden ser todas las guerras justas, ya que defendiendo la justicia es lícito llegar á la violencia; y aun se da un ejemplo de vigor, sano y fructífero, á los pueblos oprimidos, á las razas decadentes, y á las generaciones resignadas, usando de la fuerza con oportunidad y con justicia. La guerra justa y civilizadora puede ser más útil á la humanidad que la paz infructuosa, la paz sin movimiento ni progreso, la paz generadora de vicios.

Pero la guerra civil es siempre horror de horrores. Afortunadamente, cuando se trata de pueblos jóvenes y civilizados, no es de temer que la paz engendre una perniciosa postración, como sucede en las naciones decrépitas, realmente desgraciadas, que á veces necesitan de estímulos poderosos para cobrar aliento. Sin la invasión de los ejércitos napoleónicos, tarde hubieran penetrado en la península Ibérica las ideas de la Revolución; Italia seguiría siendo una expresión geográfica, sin unidad ni realidad política, sin las agitaciones provocadas por Mazzini, las rebeliones frecuentes del inmortal Garibaldi, la invasión de Sicilia por mil aventureros y la entrada, por fin, de Víctor Manuel en Roma.

Este capítulo se va haciendo pesado, pero algo he de añadirle. En numerosas cartas con que diversas

personas me han favorecido, me dicen varios señores y no corto número de damas que me felicitan ó me dan testimonio de su gratitud por "mi amor á los cubanos." Está bien, pero conste que es más extenso mi amor: alcanza á todos los hombres. En todas las latitudes, he antepuesto siempre los deberes de humanidad y justicia á las conveniencias transitorias y á todo género de consideraciones secundarias.

Perdone el lector que le hable tanto de mí; á ello me obligan manifestaciones que agradezco, y en alguna forma, en alguna ocasión había de contestarlas.

En la primera hoja de un álbum

Album, álbum, feliz eres,
tienes las hojas en blanco;
¡de cuantas majaderías
has podido irte librando!

Si al fin profanan tus hojas
los poetas, sean arcáicos,
ó modernistas, ó bobos
ó clásicos, ó románticos,
te van á dejar más negro
que el corazón de un tirano,
y dejarás de ser puro,
y dejarás de ser álbum.
Las hojas en blanco tienes
y debes ser envidiado;
tienes en blanco las hojas
y yo el primero las mancho,
¡y así dejas de ser puro,
y así dejas de ser álbum!

Ojalá que yo tuviera
todas mis hojas en blanco;
lo que en ellas hay escrito

lo doy por cinco centavos.
Pronto llenarán las tuyas
sonetos, epitalamios,
cantares y seguidillas;
y si por arte del diablo
resulta algún pensamiento
digno de ser conservado,
hazte arrancar esta hoja
por sus augurios nefastos.
¡Ay, álbum, qué mal has hecho
poniéndote en estas manos
de trovador fatalista
y de poeta escamado!

———



Confidencia

De todos los confines del planeta
vienen á Cuba ansiosos emigrantes,
cada cual aportando en su maleta,
no centenes contantes y sonantes,
sino un caudal de ricas ilusiones,
un capital de buenas intenciones,
y por casualidad una peseta.

Aquí trabajan, sudan, se aplatanan,
y á cambio de sus ímprobas labores,
una fortuna casi siempre ganan
esos buenos señores.... y milores.

Yo que llego, cansado peregrino,
la lira rota, el ánimo postrado,
después de haber dejado
mis fuerzas á lo largo del camino,
porque ya mi existencia se derrumba,
sólo pido una tumba.

Pero no busco, no, la tumba fría,
que esa ya la tenía

bien segura en el otro contiente:
la de Cuba será tumba caliente.

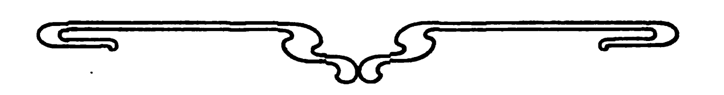
Y moriré contento... ó resignado,
si tengo al fin la suerte
de que sea mi cuerpo sepultado
sin pasar por el frío de la muerte,
pues con toda reserva os lo confío:
yo no temo la muerte, sino el frío.



Felicitación

De veras os felicito,
moradores de la Habana;
un tercio de siglo apenas
hace que dejé estas playas
y no parecen las mismas,
no las reconozco, vaya.
El Almendares se encuentra
donde mismo se encontraba,
regando vuestras campiñas
con sus placenteras aguas;
adornan vuestros paseos
las hermosísimas palmas
que son hijas predilectas
de la flora americana;
pero no siento mosquitos,
se fueron las cucarachas,
los murciélagos no abundan
ni mortifican las ratas.
¿Dónde están aquellos bichos?
¿qué se hicieron tantas plagas?
¿dónde zumbarán ahora
las moscas que nos picaban?

Yo tengo por imposible
que de aquí se las llevaran
los antiguos intendentes
ni los vistas de la Aduana,
porque tenían la costumbre
según pregona la fama
de cargar con otras cosas
de más peso y resonancia.
Y por eso os felicito,
habitantes de la Habana,
que estáis libres de las moscas,
los mosquitos y las ratas,
y os guardáis las habaneras,
esas perlas antillanas,
sabrosas como la piña
y dulces como la caña,
bonitas como las rosas
y esbeltas como las palmas.



A mis contemporáneos

¿Por qué la humanidad teme la muerte?
¿No es una redención, no es un descanso?
¿no nos lleva á reunirnos en la tumba
con los seres queridos que lloramos?

Si es la vida tan negra y tan penosa,
¿por qué á la vida asirnos y aferrarnos?
¿Será porque los hombres se horroricen
en los misterios del no ser pensando,
ó será porque teman que en el hoyo
les sea difícil encontrar un amo?

¡Servil humanidad, raza de siervos!
Su sangre vil de estúpidos vasallos,
no es la misma que bulle en las arterias
del Libertario!

En la playa

El mar en noches oscuras
pone tristeza en el alma,
que son amargas sus voces
cual sus ondas son amargas.

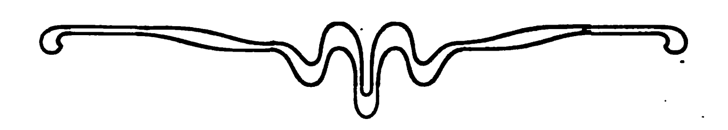
Pero no son menos tristes
en estas noches tan claras
los lamentos de sus olas,
cuando mueren en la playa.

Si entre horizontes espesos
el mar y los vientos braman,
la musa de la elegía
se queja, suspira y canta.

Y si la luna riela
en el azul de las aguas,
inspira trovas dolientes
la musa de las baladas.

Así yo, para estar triste,
paso la noche en las playas,
que arenas, olas y espumas
inúndanme de nostalgia.

¡Cómo no, si me recuerdan
las espumas de mi infancia,
las olas de mi existencia,
las arenas de mi patria!



Las Antillas

En los mares del trópico bullentes
de armónicos y eternos oleajes,
con techumbre de espléndidos celajes
y ráfagas de luz intermitentes,
brotaron unas islas esplendentes
fecundas en bellísimos paisajes,
ceñidas por las ondas con encajes
de la espuma que borda sus rompientes.

Y esas islas de luz maravillosas,
constelación de estrellas antillanas
con fulgores que envidian las del cielo,
todas son como Cuba primorosas,
y tomarán á Cuba por modelo
si libres han de ser y soberanas



Moltke y Garibaldi

(1871)

En su tienda de campaña, lujosa como una morada regia, abrigado confortablemente, y cubierto de acerado casco, medita solitario un hombre ilustre.

Sin más techumbre que el cielo encapotado de una noche cruda, sin más abrigo que un poncho americano acariciado mil veces por las balas enemigas, y tocado con un sombrero sencillo de anchas alas y roja escarapela, otro hombre también ilustre departe amistosamente con soldados y oficiales junto á la mortecina hoguera del vivac.

El primero es Moltke, en el cuartel real del ejército de Prusia.

El segundo es Garibaldi en las asperezas de los Vosgos.

El viejo Moltke, el gran general del rey Guillermo, el alma de la invasión prusiana, goza de comodidades cortesanas y dispone de inagotables recursos.

Garibaldi, viejo también, no cuenta con más medios que los que él se procura entre los azares de una lucha terrible y desigual.

Moltke tiene edecanes, ordenanzas, caballos y carruajes, así como incontables servidores con variedad

de libreas pagados pródigamente por el rey de Prusia.

Garibaldi no cuenta más que con la voluntaria y condicional cooperación de algunos republicanos, débilmente secundados por los vencidos y escarmentados pueblos.

Son ayudantes de Moltke los jefes y oficiales más distinguidos del brillante ejército prusiano.

Los ayudantes de Garibaldi, desconocedores del arte de la guerra, no pueden prestar servicios de mucha utilidad, pues ni siquiera el tecnicismo profesional conocen.

Los primeros son dóciles instrumentos de la ambición de un tirano.

Los últimos son defensores abnegados de la emancipación y libertad de los pueblos.

Aquéllos, al servicio del Estado, pelean por la tiranía.

Estos combaten por la ajena y la propia dignidad.

Al caudillo de las armas reales, representante de la Ley, ascendido con regularidad, encanecido en cuarteles y antesalas, se le presentan las armas, se le bate marcha, se le tributan los honores que marcan los reglamentos.

Al caudillo popular, revolucionario en todas las latitudes, al héroe del Brasil, del Uruguay, de Roma, de Sicilia, del Volturno y de Dijón, no se le festeja quemando pólvora en salvas ni con paradas tan inútiles como aparatosas; pero sus guerrilleros lo aclaman y lo adoran, las multitudes lo vitorean, todos los

hombres libres se entusiasman al oir su nombre, y es popular en todos los pueblos, en todas las razas, en todos los continentes.

Los militares de profesión que lean este paralelo, se sonreirán sin duda suponiendo que entre Moltke y Garibaldi no hay parangón posible.

Será porque los cieguen falsos prejuicios, funestas preocupaciones y el espíritu de clase, pues el hombre que juzga con ánimo sereno hace más que considerar justificada la comparación: ve que al hacerla se favorece á Moltke.

Garibaldi, caudillo en la mocedad, sigue siendo en los postreros años de su vida un simple guerrillero. Después de haber mandado ejércitos y escuadras, no vacila en ponerse al frente de una partida. Ni la fama le ciega ni la gloria le deslumbra.

Moltke no ha descendido jamás de su alta posición, ni expondría su fama por la libertad de un pueblo.

Y si Moltke ganó grandes batallas, Garibaldi ha conquistado reinos. Si el primero es un incendiario de pueblos indefensos, el segundo es fundador de repúblicas y de naciones. Si el primero es feld-mariscal de Prusia, el segundo es ciudadano, el primer ciudadano de su siglo.

Moltke no es más que un soldado; Garibaldi es más que un hombre, y su fama, como la del Cid, llegará á las edades más remotas con todo el esplendor de una leyenda.

Cuando los años ó los siglos hayan destruído la

reciente obra de Moltke y de Bismark, los poetas seguirán cantando, en todos los países, la gloria de Garibaldi. El arte hará de su vida una epopeya. Se olvidarán las batallas de Sedán y de Sadowa, no los triunfos de Roma y de Marsala.

Hasta en Alemania será más venerada la memoria de Garibaldi que la en estos días tan popular de Moltke, pues también Alemania será, andando los tiempos, republicana y libre.

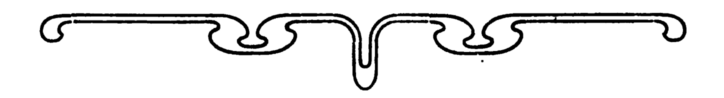
El más duro, el más penoso oficio, es el del hombre de guerra; pero penoso y rudo como es, tiene sesteros apacibles y deleites inefables. Para Molke, en satisfacciones de la vanidad; para Garibaldi, en percepciones de lo porvenir.

Los aplausos que se tributan á Moltke se irán desvaneciendo en el tiempo y el espacio; los que ganó Garibaldi se petrificarán en monumentos eternos, que aquél luchó por Alemania y éste por la humanidad.

Moltke, en sus largos insomnios, podrá complacerse con el eco de los vítores de una generación entera de prusianos.

Y Garibaldi, el Cincinato moderno, el ejemplar caudillo, creerá hasta en sueños oir los plácemes de los pueblos redimidos y las súplicas de los irredentos.

Pero á Moltke le amargarán el gusto la visión de tantos hombres muertos y lo fugaz de su obra, como á Garibaldi le llenarán de humano regocijo la satisfacción de su conciencia y la universal aprobación de la conciencia humana.



Los vecinos

Los detesto. Son ellos los que me han hecho misántropo.

Tal vez parezca mal que sea yo quien lo diga, pero el caso es que yo nací para ser buena persona: sociable, amable, recomendable y aun impermeable.

Todas mis cualidades, con pena lo declaro, se han desvanecido.

Y mis vecinos tienen la culpa de todo.

La existencia solitaria, la vida salvaje, conserva la integridad, la independencia del hombre.

Aun en la vida social, puede tener el hombre, si mantiene á distancia sus congéneres, una independencia relativa. Viviendo solo, conserva su personalidad... hasta cierto punto. Pero teniendo vecinos, compañeros, colegas, amigos, colaboradores, la vida es muy amarga; la autonomía no existe, el ser humano se convierte, según los casos, ó en melón maduro ó en cernícalo.

Melón maduro, se lo comen.

Cernícalo, acaban por matarlo.

De todos los enemigos sociales, el más insoportable es el vecino.

Porque el amigo abusa de nosotros, pero á las veces podemos fastidiarlo.

El compañero acompaña.

El colega nos distrae.

El colaborador nos ayuda y á ratos nos estorba.

Pero el vecino, el desconocido, que no nos interesa, que para nada nos sirve, que fiscaliza todos nuestros actos (aunque no quiera) y que al menor descuido puede incendiar la casa, vamos, no se concibe que lo soportemos.

Todo el mundo lo sabe, nadie ignora que, en las ciudades, la vida civilizada es lo más incivil que se puede imaginar; pero todo el mundo se somete á esa incivilización por la fuerza del hábito, por la mansedumbre borreguil que exige la sociabilidad y por la necesidad que sienten muchos de jeringar al prójimo.

Es lo que dicen algunos: viviendo en una selva, ¿á quién explotaríamos?

Vamos al caso.

Ya se sabe cuánto incomodan los vecinos en estas inmensas casas de las ciudades modernas, con numerosos pisos, empinadas escaleras, ascensores mortales ó mortíferos, porteras lengua de hacha y porteros polizontes.

Se sabe que los tenemos—á los vecinos—por la derecha ó por la izquierda, por arriba y por abajo, por detrás y por delante.

Sabido es, asimismo, que el uno toca la flauta á las doce de la noche, que el otro alborota por las esca-

leras á las seis de la mañana, que alguno tiene en su cuarto una legión de chiquillos. Inmundicias que caen de los balcones más altos, miasmas que suben de los balcones más bajos, perros que ladran á la hora de la siesta.... ¿Y quién no ha leído las escenas cómicas, para mí trágicas, del convecino que se equivoca de puerta, de la criada que obstruye la escalera con su trompeta de caballería, de las cocineras que cantan con desafinación, de las demás peripecias que han puesto en solfa los escritores festivos?

Pues yo no estoy para fiestas; lo que yo escriba tiene que ser lúgubre, pues todo eso no es nada si se compara con lo que á mí me sucede.

Sí, lector, compadéceme, ten lástima de mí. Los vecinos que yo tengo no desafinan al piano; si tocan la flauta, no los oigo; si tocan el violón, me importa un pito; si sus criadas barren para afuera, váyase por los que barren para adentro. Son contratiempos vulgares de la vida urbana, que sirven para enseñarnos la resignación.

Pero no hay quien se resigne, caramba, cuando se tiene un vecino como el que yo tengo; es un vecino con despertador.

Y no hay más que un tabique entre la alcoba en que él duerme y el dormitorio en que yo también quisiera dormir. Pero mi dormitorio debería llamarse velatorio. La del alba sería cuando esta mañana, estando yo en lo mejor de mi sueño, me despertó un redoble espeluznante y sin fin. Salté de la cama dando

un brinco, digno por cierto de mis mejores años, y empuñé el revólver: porque me figuré que tocaban generala y que había llegado la hora de morir por la patria ó asesinar á cualquiera.

¡Ah, los vecinos! Sólo sirven para eso, para incomodar.

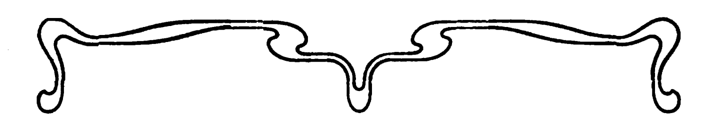
Y para hacernos huraños.

Como si no bastaran las pulgas ó los ratones, la portera ó los mosquitos, la civilización y la sociabilidad han añadido tormentos innecesarios á la vida del hombre en este ruin planeta. Y el más odioso de los tormentos sociales es el vecino, aunque sea vecina, particularmente si tiene despertador.

Le voy á escribir á Edison que invente un despertador con garras, pero sin ruido; un despertador que despierte á quien lo necesite, sin ensordecer á los demás; un despertador que agarre por las narices á su dueño y lo saque de la cama sin jeringar al prójimo.

Si el vecino, por sí solo, es un enemigo de la paz y la tranquilidad, ¿qué diremos de un vecino con despertador?

Quisiera saber quién inventó esos malditos relojes, esos bárbaros instrumentos de alarma y de inquietud, para regalarle, si es que vive, una gruesa de despertadores; y si ha muerto, para encomendarlo, en mis cortas oraciones, al propio Lucifer.



Conforme

La polilla, tan pequeña, diminuta, despreciable, acaba con los muebles, con los árboles, con los edificios. No ciertamente en un día, pero acaba con ellos.

Lo mismo ha de suceder con entidades sociales, históricas, potentes, como las naciones; su polilla las devorará.

¿Es un mal? ¿Conviene á la humanidad que los Estados se apolillen?

Importa poco; no es un mal ni un bien: es un hecho positivo, inevitable, fatal, como es natural la decadencia y la muerte de cuanto alumbra el sol.

Todos los seres, individuales ó colectivos, están sujetos á las leyes de la naturaleza, ante las cuales no valen subterfugios, ni fraudes, ni caciques, ni interpretaciones.

De ellas, sin embargo, ha intentado la humanidad defenderse; testigo: el pararrayos.

¿Y no se ha de defender de las ridículas reglamentaciones y de los absurdos códigos formulados por pigmeos?

¡También hay pararrayos para la nube negra de las legislaciones!

Todas las leyes humanas son obra del egoísmo, cuando no de la perversidad.

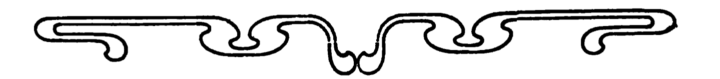
Morirán los legisladores, perecerán las leyes, sucumbirán los Estados, será disuelta la sociedad actual con sus artificios y convencionalismos. Sólo sobrevivirán á las catástrofes dos entidades paralelas, que desempeñan análogas funciones en la economía del Universo: la humanidad y la polilla.

Tal vez al llegar aquí se preguntará el lector: ¿á qué viene esto?

Pues nada, es que acabo de leer en un periódico el renglón siguiente:

"Los anarquistas, esa polilla de la sociedad..."

Conforme.



Nuevos métodos de combate

Así se titula un libro del comandante Burguete, que no es ni el mejor ni el último de tan celebrado autor; pero ciertamente merecía que no se le desdeñara. Con todo, en las esferas oficiales no se han tenido en cuenta, que sepamos, las observaciones y enseñanzas que contiene el libro del acreditado militar y notable pensador. Y téngase en cuenta que la aparición del libro no pudo ser más oportuna, pues coincidió con el descrédito de la antigua táctica.

Es evidente que con las armas novísimas, con los progresos de la balística y, sobre todo, con el nuevo sistema de reclutamiento—bien que este último no se ha ensayado en España, ni se ensayará,—se hace preciso modificar los reglamentos de táctica, el arte de maniobrar y combatir. Es necesidad que sienten los militares todos; pero si los oficiales españoles son cerca de treinta mil, uno sólo se ha decidido á trabajar: Burguete.

No censuramos la negligencia, la apatía ó lo que sea, de los otros. Después de todo, ellos saben que no han de pelear contra ejércitos organizados; y para ha-

cerlo contra partidas carlistas acaudilladas por curas, estudiantes revoltosos ó huelguistas desarmados, cualquier táctica es buena y suficiente.

Los militares invocan á menudo el *Si vis pacem para bellum;* pero deben persuadirse, lo mismo los de España que los de todas las naciones, que en ninguna parte habría ya ejércitos permanentes si su objeto único fuera lo que dice el *latinajo.* Si hay ejércitos, es porque hay anarquistas, revolucionarios y contribuyentes que jamás contribuirían por mera persuasión.

Burguete, sin embargo, con su experiencia de la guerra, ha querido modificar el reglamento en vigor, deficiente y anticuado. Pero... *Nihil novum sub sole;* su método consiste en resucitar la máxima de los militares del siglo XVIII, que decían: "La bala es loca, la bayoneta es cuerda." Esta máxima fué repudiada por los militares del siglo XIX, que daban al fuego nua importancia decisiva.

Tiene razón Burguete: ni se puede maniobrar en orden cerrado frente al enemigo, ni se consigue mucho tomando posiciones que al enemigo ya no le sirven de nada, ni siempre decide el fuego la victoria. Pero...

Y dispense Burguete que le ponga *peros,* quien no tiene ya de militar otra cosa que unos cuantos *pelos.*

No creemos que la ofensiva táctica deba recomendarse tan en absoluto. Su éxito depende, como el mismo Burguete reconoce, de la instrucción y de la iniciativa de los cabos y de los sargentos: ¿Pero hay sargentos y cabos? No hay más que reclutas con galo-

nes en las mangas, y esos no pueden tener la iniciativa que, por otra parte, es incompatible con la timidez engendrada por el hábito de la obediencia.

Laméntase Burguete y con razón, de que se ataque al enemigo pensando, aunque sea en hipótesis, en la retirada, en el fracaso posible; pero eso ya no es culpa del reglamento, sino de las reales Ordenanzas. ¿No mandan éstas, donde Burguete sabe, que se atienda ante todo á la seguridad por retaguardia? Además, si los soldados no deben dudar ni un punto de la victoria, el jefe, dígalo ó no el reglamento, debe tener previstas las contingencias más inesperadas.

Ya hemos dicho que no somos críticos ni podemos serlo de una obra militar. La de Burguete responde á una verdadera necesidad del ejército español y será fundamento de una completa reforma de la táctica. Decimos que "una completa reforma" porque en la suya conserva algunas antiguallas perfectamente inútiles, como el paso lento. ¿Es que los ejércitos del porvenir servirán también para las procesiones? El paso gimnástico, la carrera, el salto y el asalto, es lo que el soldado necesita.

No solamente la táctica sino la organización debe cambiarse muy radicalmente. Para las guerras futuras, se necesita que las unidades tácticas se basten á sí mismas. Como hubo antaño en cada batallón una compañía de granaderos y otra de cazadores, en lo porvenir las habrá de incendiarios, de taladores, de electricistas y hasta de buzos. Que todos sean fusile-

ros, que todos sean tiradores, pero que algunos sirvan para otras funciones que serán indíspensables en las futuras guerras; que tenga un cirujano cada compañía; que los capitanes sean plazas montadas y que haya cincuenta hombres montados en cada batallón de infantería. No lo digo por mí, señor Burguete, pues si yo tuviera que ir á otra guerra, me haría llevar en coche.



Los cinco sentidos

I

LA VISTA

Capitales populosas
cuajadas de monumentos,
y magníficas ciudades
que la industria y el comercio
han convertido en emporios
de riqueza y movimiento;
palacios, torres, castillos,
lugares, villas y pueblos,
todo eso han visto mis ojos,
y casi, casi lo siento.
Si compadezco al miope,
si me da lástima el ciego,
si me place tener vista
como la hermosa que tengo,
no es por ver en las ciudades

los hotelitos modernos,
los vetustos edificios,
los palacios y los templos;
ni mucho menos los parques
de apisonados senderos,
con sus árboles en fila,
tan iguales y tan secos,
que parecen arreglados
por la mano de un barbero
que les pusiera pomada
y les despuntara el pelo.
¡Que mi vista no se enturbie
mientras me dure el aliento,
para gozar mientras viva
de espectáculos más bellos:
de las agrestes montañas,
de los altos ventisqueros,
de los torrentes furiosos
que rápidos como el viento
saltan y bullen y cantan
entre los despeñaderos;
y de arboledas incultas,
de matorrales espesos,
de las encrespadas olas
de los mares turbulentos,
de las aves en el aire,
de los astros en el cielo!

II

EL OÍDO

"Quien escucha su mal oye,"
se dijo en otras edades:
aciertan algunas veces
los consabidos refranes,
que no todos los sentidos
son igualmente agradables.
También, también entre ellos
hay diferencias, hay clases;
los otros sentidos gozan
de un privilegio constante:
si un objeto nos disguta,
bien podemos no mirarle;
si huele mal una cosa,
podemos ponerla aparte;
nadie come lo molesto
para nuestros paladares,
y los cuerpos ofensivos
tampoco los toca nadie.
¿Mas cómo evitar que lleguen
los ecos más repugnantes,
los ruidos más importunos,
los rumores más infames,
las noticias más absurdas,
los mayores disparates,
á nuestros dobles oídos,
pues los tenemos á pares?

Que canten los ruiseñores
ó que los jilgueros canten,
y los oiremos con gusto,
con placidez inefable;
pero si nos cuenta un loro
lo que ha sabido enseñarle
un indiano que lo trujo
del Brasil ó de los Andes,
y que sólo boberías
cuando no brutalidades
le puede enseñar al loro,
¿hay paciencia que lo aguante?
Porque loros y cotorras
suelen ser entre las aves
como ciertos oradores,
y más vale que se callen.
¿Y qué me dicen ustedes,
si son personas formales,
de lo que cantan los grillos
cuando declina la tarde?
Pues grillos son los poetas
que os recitan sus romances
para deciros sandeces
en renglones desiguales;
dígolo por cuenta propia:
si soy grillo, ¡dispensadme!
¿Y qué piensan los artistas
y los amigos del arte
de la murga que á su puerta

lanza notas discordantes?
No son menos aflictivas
las penas que sufre en balde
la persona que se acuesta
queriendo.... multiplicarse,
si sólo se multiplican
los ronquidos formidables
de la dulce compañera
ó del compañero amable.
En fin, que por los oídos
nos vienen muchos desastres;
podéis verlo hasta en la mesa,
cuando los tapones salten
con el estridente ruido
de los comprimidos gases,
espirituales, etéreos....
como regüeldos de fraile.
Pero yo me felicito
(con algunas salvedades)
de los oídos que tengo
para que no se me escapen,
ni los enérgicos sones
de los himnos populares,
ni el zumbido de las bombas
que revienten en el aire,
ni los truenos que retumben
en las roncas tempestades,
ni el rumor de las palmeras,
ni el gemido de los sauces,

ni el murmullo de los ríos,
ni el bellísimo contraste
de la brisa rumorosa
con los roncos huracanes,
de los rumores nocturnos
con los ruidos matinales,
de los clamores del día
con los ecos de la tarde,
perdiéndose poco á poco
en los montes y los valles.

III

EL OLFATO

Orientales pebeteros
de perfumes exquisitos,
esencias artificiosas
de los palacios más ricos,
incienso que en blanda nube
llena los templos de Cristo
y predilectos olores
del harén ó del Olimpo,
sed encanto de los seres
que gastados por los vicios
odian la naturaleza
y los goces campesinos;
pero á mí que tengo sanos
y completos los sentidos,

denme las emanaciones
de los brezos y los pinos
que crecen en mis montañas
entre laureles y mirto.
Quédense aquellas aromas
con sus efectos distintos,
para reyes y magnates
y cortesanas y obispos,
que yo me rejuvenezco
y me entusiasmo y deliro
cuando siento en una playa
los olores del marisco.
Y en la soledad silvestre
perfumada por los lirios,
ó por la tierra mojada
en que brotan los lentiscos,
se me ensanchan los pulmones
y me parece que aspiro
el ambiente embalsamado
que aspiraba siendo niño
en un valle que perfuman
la retama y el tomillo.

IV

EL GUSTO

Delicados sibaritas,
que sois peritos en salsas
y conocéis los licores

por el aroma que exhalan;
vulgarísimos golosos
de poca miga y sustancia
que os hartáis de golosinas
y parecéis unas flautas;
glotones á lo Vitelio
que sois unos tragaldabas,
que para comer nacísteis,
y que siempre tenéis gana;
burgueses enriquecidos
que llenáis la innoble panza
con el villano escabeche
y la inmunda garbanzada;
pobres seres desvalidos
que mendigáis la pitanza
y que coméis cualquier cosa
y á veces no coméis nada;
príncipes de estirpe regia
y poderosos monarcas,
que os llevaréis intranquilos
á la boca la cuchara:
á todos os compadezco
por vuestra inmensa desgracia,
porque esa vida no es vida,
y así no hay gusto que valga.
¿Qué cocina hay en el mundo
tan perfecta y refinada
que compita ni de lejos
con mis sublimes patatas?

Las como guisadas, fritas,
en tortilla, en ensalada,
pulverizadas, rellenas
para que tengan sustancia,
ó asadas en el rescoldo,
y aunque con ellas me basta,
por no decir que me sobra,
para mí y la solitaria
que desde lejanos días
tan fielmente me acompaña,
aun goza de otros placeres
en mi vida atormentada
el paladar primitivo
que la suerte me depara:
con delicia saboreo
las uvas y las manzanas,
los higos y los melones,
las ciruelas y las pasas,
las cerezas y las guindas,
las brevas y las castañas;
también chupo con deleite
las exquisitas naranjas
de Setúbal, de Mallorca,
de Tenerife ó de Malta,
sandías de Lanzarote
y moscatel de Navarra;
me gustan mucho las peras
de la Rioja y de Francia,
los dátiles berberiscos,

las almendras alcoyanas,
las negras moras de Murcia
y hasta las moras de zarza,
y los membrillos de Ronda
y los de las Alpujarras;
me saben á gloria pura
estas frutas antillanas,
tan jugosas y tan dulces
y tan frescas y aromadas:
el anón es un deleite,
el mamey, no digo nada;
marañones ó pajuiles
dignos son de mejor fama,
como el refrescante coco
y la sabrosa guayaba;
reina de todas las frutas
es la piña almibarada;
la pomarrosa divina
y la chirimoya grata,
como el durazno argentino
y la andaluza granada,
con recordarlos siquiera
se me hace la boca agua.
¡Cuántas frutas deliciosas
en Sicilia y en Canarias,
en Europa y en América,
en Palestina y Arabia!

Mientras no me falte fruta
ni aceitunas sevillanas,
por las calles se pregone
el buen queso de la Mancha,
nos mande orejones Grecia
y vengan vinos de Italia,
nos den huevos las gallinas
y tengan leche las vacas
y las abejas produzcan
la rica miel de la Alcarria,
que á ustedes les aprovechen
las sibaríticas salsas,
donde han metido los dedos
para darse una chupada
la maritornes peluda
el sargento de semana,
los marmitones, los pinches
y todos los catasalsas.

Que mis patatas queridas
no se me pongan muy caras,
y me río de los gustos
de la gente cortesana.

Viva la naturaleza,
y mueran las artimañas
y todos los requisitos
de la ciencia culinaria
(porque á mí se me figura
que eso no es ciencia ni nada).

V

EL TACTO

. . . .

Estos puntos suspensivos
suplen á lo que me callo,
que hablar del "tacto" requiere
mucho tacto, mucho tacto.



Ecos de antaño

Contaba Eulogio Florentino Sanz, autor del drama *Don Francisco de Quevedo* y traductor de Heine, que cuando fué Cónsul de España en Hamburgo recibió la visita de un negociante judío con quien sostuvo el diálogo siguiente:

—Señor cónsul, yo creo que un español de calidad no fumará el tabaco malo que venden por ahí. Vengo, pues, á ofrecerle el mejor de la Habana.

—Si es legítimo será V. mi proveedor.

—¡Y tan legítimo! Puede verlo el señor cónsul.

Al decir esto, el negociante le presentó una caja, en cuya tapa decía:

Brevas de Cabanas

Don Euligio le devolvió la caja, sin abrirla, diciéndole:

—Llévesela V.; no es de la Habana.

—Ahora reconozco, le respondió el judío, que el señor cónsul entiende de tabacos....Estos, á la verdad, no son legítimos; los he traído, creyendo habérmelas con un fumador vulgar. Yo le traeré, señor cónsul, lo mejor que fuman las testas coronadas.

—Bien, pero ya sabe V. que yo sé distinguir....

—¿Me permite el señor cónsul que le haga una pregunta?

—Hágala V.

—¿Cómo ha conocido, sin abrir la tapa, que estos cigarros no son buenos?

—Pues mire V., si esos tabacos fueran de Cuba, estaría en español lo que hay escrito en la tapa; no diría "Brevas de Cabanas", sino de "Cabañas".

—Muchas gracias, señor cónsul; mañana volveré.

Y en efecto, al día siguiente volvió el activo negociante con cien cajas de cigarros, en todas las cuales se leía:

TABACOS HABAÑOS.

El 29 de Septiembre de 1868 arengaba Escalante, desde un balcón muy alto, al pueblo de Madrid. El pueblo no entendía lo que estaba diciendo el orador, así por su escasa voz como por la distancia, pero aplaudía como si lo oyera.

Y todo su discurso, al decir de los que estaban cerca, se redujo á repetir cuarenta y cinco veces las palabras que siguen:

"Mi padre fué liberal, mi abuelo fué liberal, yo soy más liberal que mi padre y que mi abuelo; ¡Viva la libertad!"

Cansado al fin de repetir la frase, tan aplaudida

por la multitud, acabó con este apóstrofe, no menos aplaudido:

"Amado pueblo, ¡el que no te conozca, que te compre!"

Un famoso economista, muy conocido en Madrid, no tanto por economista como por embustero, decía que en la sala de su casa cabían holgadamente 4.000 personas. Hablaba, además, de su biblioteca, su archivo, su billar y su museo. A los amigos les llamaba la atención que con tantas comodidades se pasara la vida en el café, y un día, con rebuscados pretextos consiguieron introducirse en su casa. Atravesaron un largo corredor en el que vieron algunas puertas cerradas, con sendos letreros que decían: *Museo, Biblioteca, Baño, Billar, Laboratorio,* etc.; no eran sino alcobas oscuras y vacías.

Al fin del corredor encontraron abierta la gran sala; era un aposento de modestas dimensiones y con pocos muebles.

—Pero, vamos á ver, le dijo uno de los visitantes, ¿es ésta la sala en que caben cuatro mil personas?

—Y más, contestó el economista; pero han de venir de tres en tres.

Me contaba el ilustre general Mansilla (argentino) que le había sorprendido mucho la seriedad con

que le dijo un caballero italiano: "A Garibaldi debe su independencia la América española".

A mí no me hubiera sorprendio eso; las he oído y las he visto más gordas.

Nada más divertido que leer en los diarios europeos y aun en revistas y libros, las noticias y los hechos referentes al mundo americano. Recientemente decía un periódico español:

"Espartero, último virrey del Perú....."

El héroe de Luchana, estuvo en América, efectivamente, cuando era teniente coronel de infantería; nunca fué virrey.

Un periódico francés, hablando del bloqueo de Venezuela por ingleses y alemanes, se expresaba así:

"Ya están bloqueados los puertos de la Guayra, Maracaibo, y otros, pero todavía no lo están Buenos Aires y los demás del Pacífico."

Grandes personajes hablando de la inmensa República Argentina, suelen decir: "Esa pequeña República..." Sí, como el Valle de Andorra ó la República de San Marino.

Otros imaginan que el Chaco es un volcán, el Cotopaxi un río y el Tequendama un dictador.

En cierta novela se cuentan las aventuras de un viajero que atravesó el Atlántico y fué á desembarcar en la ciudad de Puebla.

Y de otro que al llegar á México almorzó ¡chinampas!....El autor querría decir *enchiladas*.

Un joven recién llegado á Madrid tenía verdadero afán por concurrir á un banquete de literatos y de periodistas, porque en su pueblo había leído repetidas veces periódicos madrileños, según los cuales, en esos banquetes literarios se derrochan la gracia y el ingenio.

Por mediación de un comprovinciano suyo, que era novelista, logró al fin su deseo: estuvo en un banquete madrileño, al que asistieron artistas, escritores, poetas, diputados.....

No observó en el banquete nada de particular, salvo algún chiste del tiempo de su abuela.

—Pues señor, decía, he tenido mala suerte; mejores ocurrencias he oído yo en Ciudad Real.

Cuál no sería su sorpresa al leer en los periódicos de la siguiente mañana:

"....Ha sido una fiesta inolvidable. No hubo discursos ni se brindó *cursimente,* pero la conversación amena y chispeante, los ingeniosos chistes de que se hizo un verdadero derroche y la presencia de un ilustre joven de provincias, que es una esperanza de las letras....."

—Pues si eso es un derroche y yo una esperanza

de las letras, dijo el provinciano para su capote, me vuelvo á mi cortijo. ¡Adiós, genios!

Hablar de cosas pasadas es manía de viejos. Y el caso es que sería más natural, cuando estamos ya para morirnos, discurrir ó divagar sobre lo venidero. Para los jóvenes puede haber algún encanto en indagar lo pretérito, pues ya verán por sí mismos lo futuro; los viejos, al contrario, deben sentir curiosidad por penetrar en lo que no han de ver, que lo visto y vivido poco interés puede inspirarles.

Sin embargo, es bien sabido que todos los ancianos se complacen recordando las majaderías de su juventud, y le dan *la lata* al prójimo cuando se presta á escucharlos.

Por mi parte, preferiría conversar, discutir y aun desbarrar acerca de las cosas por venir. Ya que no he de verlas, me gustaría saborearlas aunque fuera de imaginación. ¡Pues apenas me entusiasman los sucesos que preveo, los cambios que presiento y las novedades que adivino! Me entusiasman tanto como las cosas pasadas me fastidian; en el tiempo que he vivido no ha pasado nada: llenaron el mundo monarcas de relumbrón, personajes de pacotilla, plagios artísticos ó literarios y revoluciones inocentes. Y aún siendo así, nadie me pregunta sino de aquellos tiempos que yo quisiera olvidar. Se me pide que evoque mis

recuerdos, que cuente algo de lo que he visto y sentido, que haga de sepulturero revolviendo cadáveres y profanando tumbas.

Sea...Pero ha de permitírseme que no diga nada de lo que sabe cualquiera, ni de lo olvidado á fuerza de sabido. Quisiera recordar únicamente las notas discordantes en el monótono concierto de mi siglo; siento más simpatías por los aguafiestas de todos los calibres y de todos los colores, que por los ortodoxos de todas las creencias; por los vencidos en las humanas luchas, que por los celebrados vencedores; por los originales, que por los rutinarios, por los interruptores que por los oradores.

Los interruptores....Ya tengo tema; la verdad es que yo no quiero acordarme de los discursos oídos —¡la inmensidad!—pero sí de las interrupciones.

Ya lo sé; no todas las interrupciones son felices ni todos los interruptores son bien educados; pero los hay elocuentes.

Orador tan culminante como don Antonio Maura afirma que los discursos requieren preparación; todos son preparados, más ó menos preparados. ¿Sucederá lo mismo con los interrupciones?....Algunas veces.

La interrupción preparada, quizá de acuerdo con el orador interrumpido, no tiene mérito alguno. La que tiene por objeto molestar al orador, hacerle perder el hilo del discurso y aun insultarle, es, más que incorrecta, ilícita. Pero la improvisada, la espontánea, cuando revela ingenio y no causa mortificación, me-

rece consignarse en el texto del discurso para que viva tanto como éste.

En la historia parlamentaria de España, tan fértil en frases y en malas intenciones, los interruptores han rebuscado el chiste, y no siempre han acertado; pero no he de hablar de las interrupciones registradas en el Parlamento, sobrado conocidas, sino de alguna de las oídas por mí en otras reuniones públicas.

Paréceme que el exordio resulta más extenso que el capítulo; entremos en materia.

No hablaré de todas las interrupciones que recuerdo, pues algunas—tal vez las más ingeniosas—debían toda su gracia á la oportunidad de la ocasión. Lo que en ciertos momentos era de pura actualidad, hoy parecería, por lo trasnochado, impertinente.

En el famoso club de la calle de la Yedra hubo interrupciones memorables, y me propongo recordar algunas.

Discurría una tarde cierto orador vehemente contra las tendencias allí predominantes, contra los que sin necesidad combatían la religión, contra lo que él llamaba excesos demagógicos, y dijo estas palabras:

—Los seres más inútiles son precisamente los que siempre están haciendo ruido.....

—¡Con las campanas!—le interrumpió Tresserra.

Otra noche se defendía un orador de varios cargos que se le habían hecho, y decía:

—Como Aquiles, soy invulnerable; no lo es tanto como yo el ciudadano Altadill, que se hace eco de

acusaciones injustas, y yo he de herirle en su talón vulnerable.

—Puede ser—le interrumpió Altadill—que alcance á herirme usted en un talón; y en ese caso, la altura de la herida nos dará la medida del agresor.

Una vez se presentó en el club una señora inofensiva y simpática, pero ansiosa de lucir sus dotes oratorias. Las tenía, efectivamente; pero bajó de la tribuna muy desconcertada por una interrupción que le privó de lucirse. Empezó diciendo:

—Señores, seré brevísima.....

—¡Superlativo de breva!—interrumpió una voz.

Y ya que estamos en interrupciones, me interrumpo.



La Revolución rusa

Mal llamada rusa, porque es la revolución eterna. La revolución universal no se detiene en su camino; solamente cambia de procedimientos, de forma y de teatro. Se llamó en el siglo XVI revolución religiosa, en el XVII revolución británica, en el XVIII revolución francesa, en el XIX revolución americana, y la llamamos rusa en nuestro siglo XX.

Pero no es más que un capítulo de la hstoria general de la Revolución, que vale tanto como decir *Historia del Progreso.*

Todos los progresos morales y materiales son debidos á la Revolución; por eso mismo los pueblos que no han pasado por ella viven rezagados. Ninguno más rezagado que el pueblo ruso, tiranizado por una autocracia inverosímil, y no debe sorprendernos que allí tome la lucha caracteres de crueldad odiosa; odiosa pero legítima: es la revancha de la víctima, es la ejecución de lo que sabe aquel pueblo, al que se ha mantenido sistemáticamente en la barbarie. En pueblos ilustrados, las revoluciones pueden ser humanas, generosas en sus procedimientos, justas en sus soluciones; pero no pueden menos de ser brutales y ex-

cesivas en sus medios de acción y tiránicas el día del triunfo, las revoluciones de esos pueblos sumidos en la ignorancia, explotados por un déspota, sin más ejemplos que los repugnantes de la dictadura secular y el látigo inflexible.

Han perecido heladas en Siberia generaciones enteras de rusos, finlandeses y polacos; en las escasas escuelas no se enseña otra cosa que la hipocresía, la sumisión al Zar, el desprecio de la conciencia propia. El monarca, siendo á la vez pontífice, dispone de las conciencias como de los cuerpos. Todo ruso que no haya sido ahorcado, ni fusilado, ni deportado á las minas de Siberia, debe eterna gratitud á la munificencia de un señor que pudo deportarlo, fusilarlo, ahorcarlo.

¿Y tal estado de cosas ha podido llegar al siglo XX?

Sí, pero ya no puede prolongarse; las últimas noticias dan por triunfante al Zar, por dominadas las insurrecciones, por restablecidas ó muy próximas á restablecerse la disciplina popular, hondamente quebrantada, y la militar, no menos comprometida. Pero todo esto no significa nada: cuando las aspiraciones liberales se apoderan de los corazones y arrebatan á las multitudes, las represiones son totalmente inútiles y las victorias del poder efímeras.

He dicho "aspiraciones liberales", y no republicanas, porque los revolucionarios más exaltados de Rusia—he conocido en París á más de cuatro de uno

y otro sexo—no aspiran á la República: se contentarían con una constitución monárquica parecida á la de cualquiera de las naciones monárquicas de Europa. Es más: he observado con pena, por lo mismo que soy republicano, que los estudiantes rusos, todos los rusos emigrados en París, y las mujeres en particular, no ocultan su antipatía á la forma republicana, si bien por pasiones pasajeras y no por razones bien fundamentadas.

El apasionamiento de los emigrados rusos, la animosidad que sienten contra las repúblicas y más todavía contra los republicanos, se deriva de la vigilancia de que son objeto en Suiza, de la hostilidad que se les muestra hace algún tiempo en Francia, mientras son considerados en Inglaterra y otras monarquías.

Pero lo que lleva al colmo la indignación de los liberales rusos, haciéndoles decir horrores de ciertos republicanos franceses, no es la vigilancia policiaca ni la inconsideración con que se les persigue, sino esa indigna farsa de la llamada *alianza franco-rusa*, mediante la cual ha podido el imperio moscovita contraer empréstitos para sostener campañas desastrosas como las de Asia y para tener á raya á los patriotas. Sin el oro francés, el imperio ruso ya no existiría.

Se dirá que el dinero no es republicano ni monárquico. En efecto, el oro es siempre judío; son judíos todos los banqueros, sin distinción de creencias ni de razas, y tal vez por eso mismo son maltratados por el pueblo ruso tantos pobres judíos que no son

banqueros. Sin embargo, tienen razón los liberales rusos en lamentar el apoyo que la Francia financiera viene prestando á la odiosa política imperial, pues no se trata de unos cuantos banqueros más ó menos egoístas, sino del ahorro popular, de las economías del pueblo francés, que ama la República, pero la quiere sólo para sí. Los modernos republicanos franceses no parecen descendientes de los que llevaron las ideas de la Revolución, en las puntas de sus bayonetas, á los cuatro puntos cardinales. Ellos mismos lo dicen: "la República no es un artículo de exportación". Más vale así, porque la suya es mejor que se la guarden, como dicen los emigrados rusos. De todas maneras, los valores rusos bajarán para justo castigo de republicanos especuladores. Y subirán en Rusia los valores revolucionarios; y las represiones imperiales no impedirán el triunfo de la Revolución; y veremos la República moscovita por muy poco tiempo que vivamos, bien que la República de Rusia no será precisamente modelada como la República Francesa.

* * *

¿Está vencida la revolución como nos dice todos los días el cable trasatlántico?

De ninguna suerte.

Más que la antigua *Gaceta* miente en nuestros días la electricidad.

Ignoramos, ciertamente, el verdadero estado de la

revolución; pero esta sigue su curso; podrá ser lenta en su marcha, pero es también invencible.

Nuestra ignorancia procede de que las noticias recibidas son artificiosas, amañadas, cuando no falsas. Nada importan, nada enseñan, ninguna confianza nos inspiran las estadísticas oficiales de las guerras y las revoluciones. Sabemos á qué atenernos en cuanto á la exactitud de esas cifras de muertos, heridos, contusos y prisioneros que á la prensa comunican los corresponsales; y por otra parte, ¿de qué nos sirve saber si en un combate murieron cuatro caballos ó cuatro coroneles? esos datos no nos ilustran ni nos interesan, á los que sabemos por experiencia propia que "á luengas tierras luengas mentiras", como dice el adagio.

Lo que sabemos, ó más bien adivinamos, es que la revolución de Rusia, á pesar de sus alternativas de triunfos y reveses, continúa su marcha y triunfará por fin. Es el destino de las revoluciones: triunfar. Sofocadas un día, ahogadas tal vez en sangre, aplazadas para mucho ó poco tiempo, renacen de sus cenizas y alcanzan la victoria. Un movimiento insurreccional, un motín callejero, un alzamiento impremeditado ó prematuro, son fácilmente vencidos, pueden ser dominados por la fuerza, si es que no los anula por sí misma la indiferencia pública. Pero las revoluciones que no sucumben á los primeros descalabros, porque vencidas ó vencedoras, anidan en las entrañas de un pueblo, esas en realidad no son revoluciones,

son actos de la tragedia, de la inmortal tragedia de la Revolución universal. Tócale hoy al pueblo ruso, como en otros siglos les ha tocado á otros, el escribir su página en el poema eterno de la lucha por la libertad, por el progreso, por la redención humana.

El drama ruso va prolongándose, es cierto; pero mal haríamos en extrañarlo. Se prolonga más de lo que creen los que suponen que empezó después de los desastres de Mandchuria, pues había comenzado con el siglo XIX; llevan los rusos más de un siglo de revolución. ¿Y no es un siglo menos que un minuto en la historia de la humanidad? La revolución inglesa tuvo también preparación secular, no menos largo fué el proceso de la revolución francesa, que ya se manifestó silbando en su entierro á Luis XIV, casi un siglo antes que la guillotina segára la testa coronada del pobre Luis XVI.

Todos los pueblos felicitan ó aplauden á los rusos, lo cual no impide que los maltraten, en libros ó en periódicos, los cortesanos de todas las tiranías. Es la tiranía tan internacional como pueda serlo la Revolución. A los héroes polacos se les llama salteadores y bandidos por actos legítimos de guerra; á los finlandeses los denominan traidores, porque son separatistas. ¿Y qué tiene de ilícito que no quieran ser rusos los que no son rusos?

La agitación es tan honda en Finlandia como en la misma Polonia, que se ha distinguido siempre por su hostilidad, no ya al gobierno sino al pueblo ruso.

En Polonia es más ardiente el espíritu revolucionario, que se siente avivado por el fanatismo de la independencia. Pero en la Rusia oriental revisten los sucesos, al parecer, una gravedad que excede á toda ponderación. Decimos "al parecer", porque no podemos concretar noticias; las de la prensa europea son demasiado confusas, pero bastante expresivas para que no podamos explicarnos la satisfacción del zar, la tranquilidad que los telegramas le atribuyen.

Después de todo, se lo celebramos; un hombre no debe perder la tranquilidad ni ante el patíbulo.

* * *

No ya en la isla de Cuba, no en el extremo occidental de Europa, sino en Rusia misma, se ignora cuántos y cuáles son los partidos que en Rusia combaten con furor y desgarran el imperio.

Aparte los defensores del régimen imperial, que también se descomponen en partidos varios, los que defienden la revolución comprenden partidos, subpartidos, grupos, escuelas y sectas misteriosas. No es posible enumerarlos porque los desconocemos; lo que sabemos bien es que hay, enfrente de la autocracia, monárquicos más ó menos liberales, republicanos de diferentes matices, nihilistas color de fuego, socialistas de diversas tendencias, anarquistas de diferentes colores, judíos á mal traer, campesinos incendiarios, y ¡hasta feministas!

Aquí una digresión.

Los feministas, hombres ó mujeres, luchan en otros países por la emancipación de la mujer, oprimida en todas partes por leyes que forjara la tiranía del hombre. Es justo emancipar á la mujer, víctima de tradiciones brutales, códigos crueles y pérfidas costumbres, ya que en todas las épocas se abusó de su debilidad; pero esto de la debilidad no puede referirse á las mujeres rusas, que son capaces de matar al Verbo. Para los hombres quisiéramos en otras partes la fortaleza de las mujeres rusas, que ellas solas se emanciparán. Y gracias que no haga falta fundar el masculinismo, ya que en Rusia es el macho lo más débil.

Volvamos á la cuestión.

El número incalculable de partidos, los encontrados intereses de las distintas clases, la diversidad de razas y de pueblos, el desnivel que se nota en la cultura y más que todo la inmensidad del imperio, nos indican desde luego cuál ha de ser la solución del conflicto.

Si triunfara el imperio; si, contra todas las probabilidades, el zar conservara la corona ó esta se pusiera en la frente de un nuevo monarca, el resultado de la revolución sería necesariamente la monarquía federal.

Sí, como todo hace creerlo, se proclamara la República, esta sería federal, ó vendría la disolución.

Rusia dejaría de ser, desaparecería esa nacionalidad, si no la afirmaban los recios lazos de la Federación.

En ambos casos, los *Estados Unidos Eslavos* quedarán constituídos en la misma hora del triunfo.

Polonia, Caucasia, otras regiones, dejarían de ser rusas á no reconocérseles su autonomía. Provincias enteras, si no las conserva el pacto federal, se harán independientes. Las que no puedan lograr su independencia, antes se someterán á Suecia, á Alemania ó al Japón que continuar unidas á la Rusia fanática y degradada.

La humanidad camina en pos de la Libertad, hasta en la ignorante, en la atrasada Rusia; ¡pero cuántos dolores, cuántas luchas, cuántos crímenes para llegar á la meta!

* * *

Los grandes territorios poco poblados, ó completamente despoblados, que existen en el mundo, pudieran poblarse ahora. Los países que procuran fomentar la inmigración dictando leyes más ó menos acertadas, tienen la gran ocasión de atraer á los que están de sobra en la desgraciada Rusia. Los judíos, particularmente, son arrojados del imperio con una crueldad y una injusticia que no fueron mayores en la Edad Media.

Pero no solamente los judíos: todos los rusos que profesan ideas de libertad, emigran á bandadas, buscando refugio donde pueden. Algunos se quedarán

en Europa ó se transportarán con sus familias á Argel; quizá no sean escasos los que vayan al Africa del Sur, donde Inglaterra busca también inmigrantes; con todo, la mayoría de los que Rusia expulsa de su seno preferirán ahora encontrar en América un asilo.

Ya, en la del Norte, son numerosos los rusos albergados, singularmente judíos; acostumbrados al clima de su tierra, no todos se atreven á emigrar á los países tórridos. Sin embargo, no falta corriente emigratoria hacia el Brasil; Cuba también podría si le conviniera, atraer eslavos y judíos, como los atraen — aunque tibiamente — la República Argentina y Chile.

¿Quiere esto decir que esté vencida la Revolución y que se dispersan los revolucionarios?

De ninguna suerte; los emigrantes de Rusia no son revolucionarios, ó lo son en corto número. Son más bien los que padecen persecución y ruina por efecto de la situación actual, que todo lo trastorna, que paraliza los negocios, que se aleja, más cada día, de la normalidad.

Por otra parte, los habitantes de Rusia pasan ya de 100 millones; por muchos que emigren serán más los que se queden, los que sigan combatiendo por la libertad, los que no cejarán ni en Rusia ni en Finlandia, ni en Polonia, hasta que hagan rodar el trono de los zares y quizá la testa del último de todos.

La crísis rusa no puede tener más solución que la ruidosa caída del régimen imperial. Cuanto más

se retarde esta caída, será más sangrienta y más estrepitosa. En todas las clases de aquella sociedad se entiende así, puesto que de todas ellas salen conspiradores, combatientes y dinamiteros.

No le quedan al zar más que sus propios siervos, los que llaman lealtad al servilismo y fidelidad á la ignorancia, ó los míseros asalariados de los cuales ni debe fiarse ni se fía. Los hombres que piensan, los que sienten, los que saben, las mujeres mismas, están del lado de la Revolución. Por eso han muerto con las armas en las manos, ó asesinados en las prisiones, ó ejecutados en los patíbulos, soldados, oficiales, jefes ......¡hasta de cosacos!..... popes que han desafiado la excomunión del Sínodo, damas que se han sobrepuesto á las mil preocupaciones de sociedad y de casta, obreros y campesinos vengadores de sus hermanos y sus padres, marinos heroicos y mujeres mucho más heroicas todavía. En Polonia hasta los niños matan; lo mismo que matan mueren; en pueblos que así se portan no puede haber más resultado que el triunfo.

* * *

No hemos de hablar solamente de motines en las calles, de cosacos, de dinamiteros y de víctimas. Todo eso nos interesa mucho, pero hay más. Debemos pensar también en las consecuencias internacionales de la revolución, que, vencida ó vencedora, ha de influir grandemente en la política general de Europa y en los destinos del mundo.

No lo ignoran los tiranos; el zar no es el único en Europa que tiranice á los pueblos; y aun pudiera alegar en su favor, hasta cierto punto, la irresponsabilidad á título de imbécil.

Tanto piensan los monarcas en los sucesos de Rusia, que se está forjando en estos momentos mismos una nueva Santa Alianza. Por iniciativa del epiléptico emperador de Alemania, que es hombre de iniciativas, se ha celebrado la conferencia de Schaenbrunn, llamada de los tres emperadores. No han concurrido más que dos, los de Alemania y Austria; pero este último representaba al tercero, al zar de *casi* todas las Rusias.

¿Por qué no concurrió personalmente el zar?

Las crónicas dirán, seguramente, que por el estado de su imperio, que le obliga á permanecer encerrado en su palacio; tal vez agreguen que por no ser necesaria su presencia, ya que ha puesto su porvenir en manos de sus colegas de Austria y Alemania; pero la verdad es que su ausencia responde á los planes de los otros dos emperadores. No era posible que trataran éstos, en presencia del de Rusia, de los proyectos que los dos abrigan.

¿Quién lo duda? Guillermo de Alemania, so pretexto de defender su parte de Polonia, quiere intervenir con sus ejércitos en la Polonia rusa; por iguales motivos intervendrán las tropas de Francisco José, que también á Galitzia puede extenderse la agitación polaca. Pero no aspira Guillermo á engrandecer el terri-

torio alemán por la parte de Polonia, aunque le convenga aparentarlo. Su objetivo es apoderarse de las provincias bálticas de Rusia, cuya población es más germana que eslava. No solo aumentaría con esa adquisición el litoral de su imperio, que es bien escaso, y consiguientemente sus marinos, sino que en las costas del Báltico estaría seguro de encontrar un partido anexionista, y gustos alemanes, y gentes deseosas de separarse de Rusia. En Polonia sería muy diferente, porque el pueblo polaco es enemigo de Rusia, pero más lo es de Alemania. La Polonia alemana ha sido siempre más tiranizada que la Polonia rusa, lo cual parece un colmo: hasta la lengua patria, lo que más aman los hombres, está prohibida en la Polonia alemana y se tolera en la Polonia rusa.

La ocupación, por los prusianos, de la Polonia rusa no sería más que un pretexto; consideraciones de orden estratégico les harían ocupar las provincias rusas del mar Báltico al mismo tiempo que la parte rusa de Polonia. Y en las provincias del Báltico, se instalarían definitivamente.

Persiguen los emperadores, en primer lugar, el propósito de ahogar la revolución en Rusia. Los de Alemania y Austria se contentarían, en último caso, con impedir que pasara las fronteras. Aspiran los dos últimos, el de Alemania particularmente, á la adquisición de nuevos territorios; el de Rusia, con tal de salvar la corona y la cabeza, tal vez se resignaría á mermas territoriales. Pero en la política de Rusia pue-

la vida amenazada; los ministros están condenados á morir; al monarca mismo le llegará su hora.

Las mujeres rusas y polacas matan y mueren con sereno pulso. La participación del sexo débil es una garantía de triunfo para los pueblos rebeldes, y su participación en Rusia es indudable. No pasa día sin que se honre el cable submarino y se regocije la electricidad transmitiendo ejecuciones y más ejecuciones de polizontes rusos, de instrumentos del zar y de enemigos del pueblo. La serie sangrienta nos va pareciendo interminable; el estallido de una bomba es un vulgar incidente; el despanzurramiento de un gobernador un suceso normal é inevitable.

Muchos días, leyendo los cablegramas, recordamos á aquel famoso alcalde de la ciudad de Reus que, en 1835, le decía al ministro de la Gobernación:

"Continúa con el mayor orden la matanza de frailes."

Porque, en efecto, las matanzas en Rusia van haciéndose ordenadas, normales, casi pacíficas.

Donde las dan las toman.

Hace mucho tiempo que el verdugo viene siendo, en Rusia, el primer funcionario del imperio. Con semejante ejemplo siempre ante los ojos, hasta los más tímidos han aprendido á matar.

Y lo hacen los discípulos con más perfección que los maestros, pues sabido es que en 1817, al ser ahor-

cado un patriota en Petersburgo, se rompió la cuerda, cayó á tierra el sentenciado y exclamó con pena:

"¡Pobre país, donde no saben ni ahorcar!"

Los tiempos han cambiado; hoy matan bien, hasta las señoritas.

¡Pobre humanidad!



La autonomía de Irlanda

Se creyó en Inglaterra y en todo el mundo que no pasaría el año 1906 sin que Irlanda fuera autónoma. Hacíalo creer la vuelta del partido liberal, no por ser este más autonomista que el conservador, pues lo son ambos en igual medida, sino por las circunstancias y los antecedentes.

En efecto; Gladstone cayó del poder, la última vez que fué ministro, por haber ofrecido el *home rule*, aspiración secular de todos los naturales de la verde Erin; y parecía natural que al tornar al gobierno los liberales vencidos con Gladstone, cumplieran con Irlanda lo que es en realidad un compromiso de honor.

Sería, de todos modos, algo más que un compromiso: un acto de buena política, de previsión y de pacificación.

Los irlandeses también esperaban que los liberales, por prudencia y por justicia, enmendaran los yerros del funesto Chamberlain.

Pero transcurre el tiempo, y el gobierno inglés haciéndose el distraído. El año toca á su fin y la autonomía de Irlanda no parece. Diríase que los políticos británicos han aprendido de los españoles.

Inglaterra ha tenido la habilidad y la fortuna de otorgar la autonomía á sus más distantes y más diversas colonias, lo mismo insulares que continentales, y no se la quiere conceder á una isla adyacente, una isla hermana. Torpeza inconcebible.

En Inglaterra, no es Chamberlain el único enemigo de las libertades irlandesas.

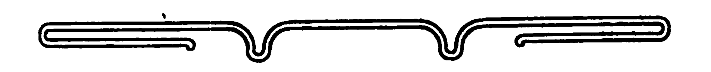
El pueblo, que en Inglaterra no es una manada, que ha conocido las ventajas de la libertad y de la autonomía, que juzga á sus gobernantes sin apasionarse mucho, considera sin embargo que los irlandeses no son merecedores de la libertad y los tiene por separatistas, Si lo son de veras, será precisamente porque se les niega lo que se da á las colonias.

No pocos ciudadanos de la vieja Inglaterra y de la vecina Escocia desprecian á los hijos de Irlanda por su fanatismo religioso; los consideran católicos exaltados, papistas intransigentes. Es verdad que son católicos en su inmensa mayoría, pero su exaltación y fanatismo es obra de los ingleses. Como estos son protestantes, no se necesita más para que aquéllos acentúen su catolicismo; el odio á sus tiranos les hace oponer un fanatismo á otro y mostrar, en todo lo que pueden, su disconformidad con los dominadores.

Lo cual no impide, por cierto, que Irlanda sea para el imperio británico la cantera de donde extrae sus mejores soldados y sus más denodados marineros. Efecto quizá de la miseria, que origina también una constante y creciente emigración. La legendaria Erín

es un Edén despoblado. En los últimos veinte años se ha reducido á la mitad su mermada población.

No se comprende que un pueblo tan práctico y unos políticos tan sagaces como los ingleses prolonguen su resistencia á las seculares y legítimas aspiraciones de los irlandeses; el régimen federal sería seguramente, como se verá tarde ó temprano, la salvación de Irlanda con notoria ventaja para la misma Inglaterra. En la federación está sin duda la solución del problema, no ya en la Gran Bretaña. sino en todos los países. No hay entidad que no necesite ser autónoma, las territoriales y todas las entidades, que sin autonomía no hay personalidad. El problema de Irlanda tiene semejanzas con el de Cataluña; en Cataluña y en todas las regiones españolas, en Irlanda y en el mundo entero, se resolverán las crísis por la federación. Así lo enseña la Naturaleza misma, la universal maestra, con la eterna armonía de las fuerzas naturales; armónicas por autónomas, federadas por necesidad; así lo vemos en todo lo que existe, desde el admirable cuerpo humano, federación de elementos anatómicos, hasta la inmensa, la infinita federación de los astros en la eterna armonía del Universo.



La Fe

Unos la han perdido y lo confiesan; otros también la han perdido y siguen aparentándola; algunos mienten al decir que la han perdido, porque nunca la tuvieron.

No es necesario añadir que nos referimos á la fe republicana, y á los españoles.

Son tres las categorías de hombres sin fe, de republicanos que, por no tenerla, son entes inútiles y aún perjudiciales. De las tres categorías, la más perniciosa es la de aquellos que fingen una fe desvanecida, una fe que, si anidó algún día en sus corazones, es hoy considerada por ellos mismos como ilusión juvenil sin consistencia, como recuerdo vago de la juventud, como capricho fugaz. No es verdadera fe ni lo fué nunca la que cede al golpe de los desengaños, la que se disipa al choque de los intereses, la que se modifica ante enseñanzas vulgares de eso que llaman la experiencia.

¡La experiencia, otra ilusión! Así llaman los viejos á la decrepitud y los jóvenes á la impotencia. Es un nombre vano, que encubre esterilidades ó flaque-

zas; una expresión sin realidad; una careta de la cobardía.

Si existe la experiencia, es un estorbo; pero ni siquiera existe. ¿Ni de qué puede servirle á una colectividad la menguada experiencia individual de quien la haya de veras adquirido? *Non bis in idem.* De casos análogos ó idénticos se deducen enseñanzas varias y aun contradictorias. La misma empresa que á un individuo le dió feliz resultado, pudo ser un fracaso para otro; lo que sucedió el siglo pasado no es forzoso que se repita en este. A las personas que invocan su experiencia, debemos clasificarlas entre las numerosas calamidades públicas.

La Historia, y no la experiencia individual de un cualquiera, es lo que hace para las naciones, al decir de algunos, función de experiencia colectiva. Tampoco esto es verdad. La Historia no enseña nada. Los hechos más veraces, cada cual los interpreta á su gusto, y tal vez la crítica los tache de leyendas.

Lo que decimos para las naciones puede aplicarse á los partidos. El hombre de partido que no tenga abnegación es cantidad negativa, como el republicano que no tenga fe es cantidad despreciable.

Tened fe, jóvenes republicanos, fe que no se entibie, que no calcule ni ceda, en la libertad, en la democracia, en la república, en la federación. Mantened viva la fe revolucionaria, la confianza en el pueblo y en vosotros mismos. No dudéis un instante de la eficacia, de la proximidad ni de la urgencia de la re-

volución. Vivid seguros de que alcanzaremos la victoria; creed en ella aún el día de la derrota y en el momento mismo del desastre, que no son las derrotas un obstáculo, sino más bien un estímulo; dudad, si acaso, cuando sintáis desalientos, pero al sentirlos, alejaos de nosotros, no contaminéis á los republicanos, que no merecéis el triunfo ni sois dignos de vivir entre revolucionarios. No merecen la República los vacilantes, los tibios, los calculadores, los que llamáis expertos; la merecen y la conquistarán los que están dispuestos á todos los sacrificios.



¡Viva!

La vida es amor y odio. No vive quien no ama; y sin la salsa del odio, hasta el amor es desabrido, pues la existencia exige esos contrastes. ¡Qué monotonía, que insipidez, qué tristeza las de una vida sin luchas ni pasiones!

Las pasiones colectivas son reflejo de las individuales. Si éstas son vehementes, aquéllas lo son más; pero si son débiles, en la colectividad resultan forzosamente atenuadas y minúsculas.

Sus pasiones personales pueden llevar á un hombre á la gloria ó al patíbulo, cuando son pasiones masculinas y hondas; no lo llevan á ninguna parte si son artificiosas, pasajeras ó superficiales.

Y las colectividades no pueden ir tampoco, no van á parte ninguna, sin el impulso de varoniles pasiones.

Así luchan por su libertad los pueblos que sienten hondo, y no lo hacen ni aún por la existencia los pueblos que se acostumbran á la postracción, al servilismo y á la indiferencia del esclavo.

Alguien dirá que no llega pueblo alguno á ese indiferentismo escéptico, á esa degradación pasiva y cí-

nica, y menos á un vasallaje sin protesta. Pues á quien lo diga le responderé que, ante todo, es necesario saber qué se entiende por pueblo.

No faltan definiciones, pero todas malas, incompletas, inexactas ó confusas.

Véanse algunas:

"Conjunto de los habitantes de un país."

"Gente común y ordinaria."

"La hez social."

No es exacta ninguna de las tres definiciones; pero aceptando la primera, entendiendo que es pueblo ese monstruoso conjunto, esa amalgama de honrados y bribones, de aristócratas y menestrales, de vagos y de obreros, de pobres y de ricos, de sabios y de ignorantes, de mujeres y de hombres... Si ese conjunto inarmónico, repugnante é incivilizable, es lo que políticos, estadistas, pensadores y sociólogos han llamado "pueblo," y aun "pueblo soberano" (sin soberanía), en ese caso declaro francamente que odio al pueblo con toda la intensidad de mis pasiones. Si eso es pueblo, me importará bien poco su exterminio. Aun los elementos más útiles y sanos resultarán impotentes, confundidos entre burgueses menguados, sofistas y ladrones.

Odio al pueblo, si eso es pueblo.

Gozo de la vida porque soy apasionado. Tengo grandes amores y siento odios profundos. Pero tanto como detesto y aborrezco y odio á ese conjunto abigarrado que denominan pueblo, amo al pueblo de veras, al que yo concibo, al que yo sirvo; á la plebe indocta,

sin ciencia ni dinero, de la que han salido *voluntariamente* los defensores de todas las causas justas, é *involuntariamente* los de las causas injustas; á la masa innúmera de esclavos ante la ley; á los hombres cuyo plebiscito armado acabará con las explotaciones redimiendo á la vez á los explotadores. Que no son los explotados los únicos necesitados de redención y amor.

Quien haya tenido la paciencia de leer estas líneas, comprenderá por qué soy enemigo de esas aglomeraciones que con pretextos más ó menos hábiles quieren continuar la confusión, mantener juntos á los opresores y á los oprimidos, ofuscar á la plebe con promesas de autonomías ilusorias, para después fusilarla.

Mientras siga entendiéndose que del pueblo forma parte todo el mundo, seré enemigo del pueblo.

Pero gritaré con todo mi corazón:

¡Viva la plebe!



Carta y respuesta

La primera es de un amigo, la segunda de mi propia mano.

He de extractar la carta, sin lo cual mi respuesta no se entendería.

Y publico esta correspondencia de índole particular, porque los cargos de que me defiendo no han sido formulados solamente por mi amigo, sino también, y públicamente, por alguno de mis adversarios.

Dice la carta, no con más dureza, pero con más amplitud:

"No te reconozco.

"Siempre te tuve por hombre de recto juicio; pero empiezo á creerte alucinado.

"He leído atentamente algunos libros tuyos; en ellos hay de todo; pero ya no volveré á decir que Dios está en todas partes, pues positivamente no está en tus libros. En ninguno de ellos he encontrado, ni una sola vez, el santo nombre de Dios.

"Y eso indica de una manera bien clara que lo has omitido intencionadamente, deliberadamente, es decir, que eres un fanático.

"Pero de esto nada te diría, que si tú no hablas de Dios ni por casualidad, su existencia, su necesidad y su grandeza no necesitan para demostrarse ni de tus malos versos ni de tu mediana prosa.

"Lo que me pone en la mano la justiciera pluma, es lo que acabo de leer en un periódico: versos tuyos, ó con tu firma al pie, que me han escandalizado, porque son crueles, porque son verdaderamente criminales, pues aconsejas el crimen á infelices que pueden seguir tus consejos perniciosos.

"¡Mira que ya tienes muchos años!"

* * *

Para contestar, invertiré los términos.

Los versos que tanto han escandalizado á mi iracundo amigo, son los siguientes (y lo sé porque me manda el recorte:)

DE VERANO

Bajo el ardiente sol de Andalucía
derrítese el incauto segador,
trabajando lo mismo que una bestia
desde que nace hasta que muere el sol.
Y una vez la faena concluída,
y cobrado el misérrimo jornal,
se encamina sediento hacia la choza
donde sus hijos sin comer están.
Mientras comen á oscuras unas hierbas

que el mayor de los niños recogió,
pregúntales el padre suspirando
cómo han pasado la jornada atroz.
Y la madre responde: "los chiquillos
también han trabajado sin parar,
el menor afilando los cuchillos,
el mayor aprendiendo á degollar."

Por estas pobres rimas se asusta y escandaliza un amigo de la infancia, que hasta me llama viejo, como si él no lo fuera tanto como yo; somos de la misma edad.

Pero además de viejo y algo chocho, es propietario andaluz; por consiguiente, no ha debido alarmarse con el toque de degüello de mis endecasílabos, pues él ve mejor que yo que los segadores infelices no saben leer; escribí esos renglones para él y para los demás propietarios andaluces, con la esperanza de que se enmienden y no sean merecedores de la degollina.

Mis consejos, si en realidad lo son, ó más propiamente mi leal aviso, responden á la necesidad que siento de aconsejar, de advertir á los explotadores para que se moderen.

Los explotados, las sacrificados segadores andaluces, ya lo he dicho, no saben leer.

Si supieran leer, no leerían versos.

Y si leyeran versos, no habrían de ser precisamente los míos.

Por contento me doy si los leen y entienden los

que están provocando una degollación. Y puede haberla, aunque yo no la deseo; ¡pues si escribo con la intención de evitarla! Por desgracia, no hay quien haga caso de lo que se dice en verso.

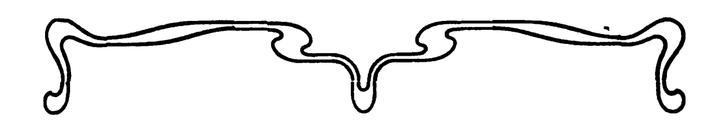
Y vamos al otro punto.

Es verdad: no hablo de Dios ni "en hipótesis," como decía Laplace; no hablo nunca de dioses, pues no pretendo tratar de las cosas que no entiendo.

Yo no sé una palabra de Dios, de su existencia, de su grandeza ni de su necesidad.

Me parece bien (ó no me parece mal) que discurran sobre eso los filósofos y los metafísicos, pues tienen su público especial que acaso los entienda.

Pero los que no escribimos para lectores sabios, sino para todo el mundo, haríamos mal en discutir esos temas. Hasta nombrar á Dios es arriesgado, pues la generalidad de los lectores al ver su nombre, lo conciben inmediatamente á su semejanza y á su imagen; piensan en un Dios de blanca barba, con sombrero de panamá ó de copa, unas gafas verdes y un bastón de nudos, lo cual es irreverente; á lo menos, me parece inútil; de todas maneras, perturbador del entendimiento humano.



Contraste

Espléndido salón, bellos tapices,
del Arte y la Natura los primores,
en aromas, colores y matices
de hermosos cuadros y fragantes flores.
Consejeros y socios de la empresa
en mullidos sillones reclinados,
trabajan sin descanso en una mesa
cubierta de licores y de helados.
Entre cuentas y cuentos
ven transcurrir las horas,
cual fugaces momentos,
de risas bienhechoras.
Un señor secretario,
más empinado que una estatua ecuestre
va cortando del libro talonario
los gajes del trimestre.
Y se va cada cual por su camino
bendiciendo su sino.

* * *

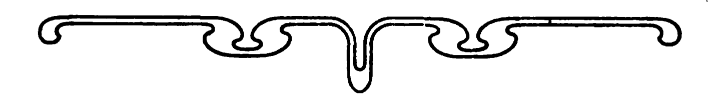
Como dantesca sombra se desliza
á la luz resinosa de una tea
una figura negra que horroriza;
parece un hombre, dudo que lo sea.
Desnudo y encorvado y sudoroso,
famélico y sediento,
se agita sin reposo
en peligro constante de hundimiento,
ahogándose en la estrecha galería
donde parece un siglo cada hora
al que trabaja allí desde la aurora
hasta que muere el día.

* * *

¡Cuántos parias así viven y mueren
condenados á torpe servidumbre,
porque así lo requieren
la sociedad, la ley ó la costumbre!

* * *

A media noche duerme el accionista
sobre blandos colchones,
y aun en sueños le pasan por la vista
dividendos, monedas y cupones.
El minero en su mísero tugurio
sobre el jergón dormita,
y en sueños ve como feliz augurio
su constante ilusión: la dinamita.



Al lápiz

Don Juan Retortijón y Estercolera
es un burgués de muchas pretensiones,
porque tiene en su casa la friolera
de veinticinco ó veintiséis millones.
Generoso protege (con usura)
al desvalido, al ciego y al anciano,
y sus ganancias repartir procura
con el Sumo Pontífice Romano.
Lauros merece por su amor al arte,
pues colecciona en singular museo,
cuanto puede existir en cualquier parte
de cursi, de ridículo y de feo.
Cientos de libros tiene encuadernados
en preciada y suntuosa estantería,
y su ciencia deslumbra.... á los criados
cuando ven la copiosa librería.
Oyendo repetir á cada instante
que es todo un erudito, se lo cree;
pero si coge un libro del estante
se le cierran los ojos..... y no lee.

Ostenta en sus panoplias armaduras
que estuvieron tal vez en las Cruzadas,
con morriones de todas las hechuras
y cruces de magníficas espadas.
Mas no las heredó de sus abuelos,
que sólo usaron armas de Albacete
cuando el uno en Granada hacía buñuelos
y era el otro en Melilla un Rinconete.
Y si tiene, por flautas ó por pitos,
panoplias y sirvientes, oro y plata,
lo ganó con esfuerzos inauditos
en sus felices tiempos de pirata.
¡ Cuántos que saben de su negra historia
las aventuras de maldades llenas,
parece que han perdido la memoria
pues lo apellidan ínclito Mecenas!
Pero hay una justicia que no falla
en castigar los crímenes y el vicio:
Don Juan Retortijón, por ser canalla,
será al fin Senador...... y vitalicio.
Por tipo de usureros y bribones,
ni él merece mención ni yo la hiciera;
pero es también el rey de los melones
Don Juan Retortijón y Estercolera.



Reservado

Si hubiera tantos sabios, tantos justos
y tan preclaros genios en el siglo
como cuentan las crónicas mundanas
y la prensa periódica y los libros,
no estarían los malos en sus glorias
ni los buenos se vieran perseguidos
ni la injusticia reinaría soberbia
ni el mundo fuera hacienda de los pillos.
Esos que bullen, gozan y se ufanan
explotando á los pueblos desvalidos,
no son justos ni sabios ¡ni personas!
por más que los adule el servilismo.
Y no es porque los hombres degeneren
como pregonan cuatro advenedizos,
sino que están los buenos y los sabios
en los presidios



Tristes impresiones

Cartas, periódicos, noticias de todas procedencias, nos inundarían de tristeza el alma, si un alma republicana y española no fuera superior á todas las tristezas.

Para todos los desengaños existe el consuelo de la fe; para todas las impurezas de la vida el puro resplandor de un ideal.

Nuestros correligionarios esparcidos por todas las repúblicas de América tienen puesta la esperanza en el próximo advenimiento de la República de sus amores. Y creen unánimemente que la República se conquistará, en España, como en todas partes, por los sacrificios de una revolución.

No piensan lo mismo algunos de los correligionarios que siguen influyendo en los actos del partido, que continúan en España, que al fin emigrarán, pero que, entre tanto, unos juegan á los conspiradores y otros se dejan manejar incautamente por los sayones de la monarquía.

Pensábamos aquí, lo esperábamos, teníamos perfecto derecho á creerlo y esperarlo, que mientras sona-

ra el momento decisivo, proseguiría la lucha de republicanos y monárquicos, lucha de ideas preparatoria de la acción definitiva, ya en las polémicas del periodismo, ya en las contiendas de la propaganda, ya en la activa organización de fuerzas.

¡Qué desilusión! Basta examinar la prensa de Madrid y Barcelona, reflejada en una gran parte de la prensa de provincias, para ver con claridad que ha cambiado por completo la materia de debate y que no cambiarán tan pronto ni las armas que se emplean ni el terreno de la lucha.

En España no se discute ya—por el momento—la República ni la Monarquía; no hay lucha entre monárquicos y republicanos, entre socialistas é individualistas, ni siquiera entre evolucionistas y revolucionarios. El tema de discusión es el vaticanismo, pero mal planteado: lo que se discute es, por ahora, "si la monarquía debe ser anticlerical ó clerical." Y los republicanos, en gran número, aceptan el problema en esos términos, dándole fuerzas, ó prestándolas, á la odiosa monarquía.

Y no son pocos los republicanos que luchan entre sí, con encarnizamiento, ya en pro, ya en contra, del neoregionalismo de la Unión Republicana. De estas luchas domésticas sale beneficiada, igualmente, la insostenible institución monárquica.

Insostenible por sí misma; apuntalada hoy por la indiscreta política de los que tienen la misión y el deber de derribarla.

Los hombres que hicieron la Unión republicana confiesan que la hicieron únicamente para la revolución. El programa político de la expresada Unión, si es que alguno tenía, se encerraba todo entero en el discurso de Castellón de la Plana; era un discurso unitario, más bien antifederal, y ahora resulta el Sr. Salmerán, autor de aquel discurso, más regionalista que los viejos federales.

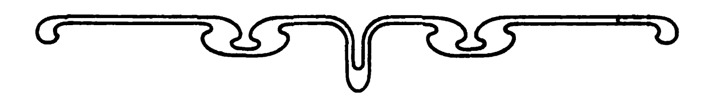
Sí; pero los federales queremos la autonomía de las regiones para que sean libres; no la querrán para eso los neoregionalistas, que han buscado su fuerza—en Cataluña á lo menos—entre los enemigos de la libertad, explotadores de la clase obrera y serviles aduladores de la monarquía borbónica y del clericalismo.

El Sr. Salmerón y sus amigos, dicho sea en su honor, están lejos de conocer á sus nuevos auxiliares, que ni son demócratas ni han de serlo nunca, ni son populares ni es posible que lo sean. Hay entre ellos algunos liberales que proceden del federalismo; hay también carlistas que son á su manera liberales; pero el alma de esa solidaridad insolidaria es la plutocracia barcelonesa; ¡quién sabe lo que busca ese elemento realista y pernicioso!

De buena fe, no puede querer la autonomía. Si de repente se reconociera la autonomía de Cataluña, como sería justo y acertado, los magnates de la solidaridad saldrían huyendo. El pueblo, que los conoce, no olvida ni su historia, ni sus explotaciones repugnantes. Los verdaderos autonomistas, que son federales y repu-

blicanos, colgarían de cada farol un autonomista nuevo, no por vengar agravios ni por castigar pasadas culpas, sino para impedir que proclamaran rey de Cataluña á cualquier principillo extranjero y averiado.

Malas impresiones, ¿no es verdad? Pues no importa. Suceda lo que quiera y procedan como les parezca los directores del republicanismo, la República se impone; la Revolución es tan inevitable como necesaria; España proclamará la República—y miel sobre hojuelas—si no quiere resignarse á que se la lleven los demonios.



España

No pasan años por ella, ni siglos, ni catástrofes.

Allí está, lo mismo que la dejamos, tan hermosa como la vieron los fenicios, con sus cumbres nevadas, sus playas armoniosas, los mismos ríos, ora mansos, ora turbulentos, y sin haber cambiado como no sea de caciques.

Los caciques y otros tiranuelos pasan.. y salen otros. Los recaudadores de tributos mueren (ó los matan), pero son substituídos. Hasta las brujas, que podrán no ser las mismas de Carlos II el Hechizado, parecen las mismas, son idénticas.

Impera la Glosocracia, como dice Costa, y esto es moderno; en el país del "Chitón," una vez perdido el miedo á los esbirros inquisitoriales se pasó del mutismo á la garrulería. Es cosa bien natural: unas lenguas atadas tantos siglos, al sentirse sueltas se despachan á su gusto.

Bueno, pues siga la charla.

Pero es lamentable que todas las discusiones giren sobre el mismo tema, un tema añejo que ya no se dis-

cute más que en España: lo que llaman nuestros paisanos "el problema religioso," cuando no es religioso ni problema. Pero la cuestión allí es pasar el rato, y que no falte lo que llaman los gaditanos "conversación de Puerta de Tierra."

La prensa no puede menos de sentirse contagiada por esa conversación; leyéndola, parece que han resucitado Aranda ó Macanaz, cual si no hubieran ocurrido desde entonces varios pequeños sucesos, tales como la revolución francesa, las Cortes de Cádiz, la emancipación de América y la pérdida definitiva del poder papal.

Entre todas las brujerías, supersticiones y calamidades que en España persisten, lo más inaguantable, increíble y afrentoso es el caciquismo.

Un mal que tiene remedio, pero que no se aplica.

Una plaga excepcional y puramente española.

Reyes, emperadores, presidentes—menos presidentes que reyes ó emperadores—eso es lo que se ve en Europa al frente de los Estados. Y todas las naciones, republicanas ó monárquicas, de la vieja Europa, se hallan sujetas á leyes más ó menos anacrónicas, pero que á todas obligan. No hay más que una excepción: España.

Es España, en efecto, un país excepcional; diríamos que es un país privilegiado si todo se redujera á no tener en realidad ni alcaldes, ni gobernadores, ni jueces, ni ministros, ni rey, ni presidente. Pero ¡ay! tiene caciques.

Los caciques lo son todo, todo lo pueden. Nadie los elige, nadie los nombra; su nombramiento se lo deben á sí mismos; su poder es absoluto, omnímodo, á veces hereditario; sus funciones son importantísimas y de una inmensa responsabilidad. Pero á la altura de la responsabilidad, al nivel de la función, está la augusta abnegación del cacique; ni cobra dietas, ni reclama sueldos, ni dimite. Un cacique español jamás renuncia.

¡Renunciar un cacique! ¿Háse visto jamás inverosimilitud de tal calibre ni cobardía tamaña? No; el buen cacique—y todos son buenos, ¡pero buenos!—vive resuelto á morir en su puesto, agarrado á la presa como un lobo, primero que ceder ante un rival.

Porque, sépase bien: el cacique no teme nada del rey ni de sus ministros; nada tampoco del pueblo, que le idolatra; mucho menos de códigos, que para él no existen; á quien teme es al rival ó rivales que esperen sustituirlo.

Hemos dicho que los códigos no existen para El. No es El quien hace las leyes, pero El las interpreta, las ejecuta ó las suprime.

Europa envidia las cosas buenas de España, desconocidas allende la frontera: las mujeres de cadencioso andar y de miradas ígneas, aunque sean amas de cura; los peros de Ronda y las mandarinas de Valencia; los higos de Fraga, los melocotones de Campiel y el chocolate (sin cacao) de Astorga; hasta los ajos del país de Romanones que, según Pérez Galdós, son los mejores del mundo. Pero no nos envidia, que sepamos,

lo mejor que poseemos: el cacique. Y es porque no lo conoce.

Cuando Europa se penetre de lo que es un cacique, habrá caciques en todas las naciones europeas Con el régimen caciquil, los Gobiernos viven descansados, los pueblos se ahorran las molestias de elecciones y escrutinios, y si un juez pretende hacer justicia ó procesar ladrones, se le destituye para que escarmiente.

O se le manda á Canarias.

* * *

El lector se preguntará, sin duda, que á qué viene todo esto. Si es español, no le he contado nada nuevo, pues todos y cada uno están al cabo de lo que es un cacique; no lo ignoran los enriquecidos ni los arruinados, porque á estos últimos los arruinó el cacique de su provincia ó el subcacique de su pueblo, y á los primeros los enriqueció la protección ó la complicidad del cacique máximo ó del caciquillo.

Estoy, pues, en el caso de decirle á ese lector impertinente, que todo esto viene á lo que verá si prosigue la lectura.

El del caciquismo es un tema tan inagotable como la paciencia de los españoles; pero aquí no lo trataríamos nunca, si no nos hubiera llamado la atención la siguiente frase de un orador catalanista, defensor elocuente de la novísima Solidaridad:

"Tiene por objeto la Solidaridad Catalana, dijo, acabar con el repugnante caciquismo, siquiera en Cataluña."

Leer este parrafillo en un periódico y levantarme de un salto, fué todo uno. Me levanté de un salto para mirarme al espejo, temeroso de haberme quedado bizco. No era el caso par menos, pues los personajes más visibles del catalanismo, los inventores de la Solidaridad; ¡todos son caciques ó caciquillos!

Hay entre ellos caciques industriales, caciques políticos ó electorales, caciques eclesiásticos, forenses y pictóricos, así regionales como provinciales y municipales; pero todos caciques. En tales gentes, es un colmo de generosidad combatir el caciquismo.

Aprovecho la ocasión para decir que, siendo enemigo en absoluto de la pena de muerte, no veo más que un remedio para acabar con todos los caciques, sean ó no solidarios; donde quiera que se les encuentre, escupirles á la cara; ponerle á cada uno en la fachada de su casa un letrero que diga: "Caverna de los crímenes;" y hacer una lista de sus sirvientes, de sus aduladores, de sus instrumentos, de sus cómplices, para que vayan á poblar las islas del golfo de Guinea cuando llegue el día de todas las revanchas.



República á la vista

Siento carecer en este instante de un texto de consulta, ya que mi flaca memoria no me permite recordar el apellido de cierto senador americano; un ilustre senador que discurría como todo el mundo, por lo cual se equivocó.

Transcurría el año 1860. La lucha entre esclavistas y abolicionistas iba tomando cada día más graves caracteres, y el senador á quien hago referencia, al pronunciar un discurso en el Senado, dijo estas palabras, poco más ó menos.

"Los abolicionistas parecen imaginar que nosotros queremos perpetuar la esclavitud: no es cierto; nosotros también creemos que no debe haber esclavos y estamos bien seguros de que algún día será libre la raza de color. Pero ese día se halla tan lejos de nosotros, tan fuera de nuestros horizontes, de nuestras costumbres y de los intereses nacionales, que la visión más penetrante no alcanza á descubrirlo. Tiene el siglo otras conquistas que hacer; dejemos esa reforma para lejanos siglos."

Un año después, coincidendo con la elevación de Lincoln á la presidencia, empezó la guerra civil que puso definitivo término á la repugnante esclavitud.

Y digo esto, porque no pasa día sin que yo recuerde las palabras de aquel senador iluso dirigidas á los *ilusos* abolicionistas. Su visión era de bien poco alcance; del alcance que tiene en política y en sociología la visión de los prudentes, de los moderados, de los cautos.

Sucede así,, en España, que muchos hombres políticos y otros que no son políticos ni siquiera hombres, dicen que ellos no pecan de sectarios ni de fanáticos de la monarquía, pero que la República está demasiado lejos, que no la veremos nosotros ni nuestros hijos, que no se vislumbra en lontananza ningún indicio de revolución.

Les espera el mismo chasco, positivamente, que al senador miope de los EE. UU. Las señales de revolución, no las ven nunca los cautos, los sensatos, los prudentes, ó las ven un poco tarde.

No sólo afirman ciertos españoles que la República es una ilusión de cuatro visionarios, sino que atribuyen la dificultad de establecerla, de hacerla aceptar por todos ó casi todos, precisamente á lo contrario de lo que es realmente una dificultad. Dicen, en efecto, que el país opone resistencia al republicanismo por sus exageraciones radicales, y que necesitamos la ponderación de elementos más pacíficos....

¿Pero todavía nos quieren más pacíficos? Por ser-

lo demasiado, por ser culpablemente pacíficos, no hemos conquistado la República. Y la ponderación que necesita la democracia republicana es un poco de radicalismo y una firme voluntad, ya que predominan los elementos mansos.

Todo el mundo conviene en que la República no ha de traerse por la propaganda, por la persuasión, por el candor de unos cuantos apóstoles baratos; pero se critica precisamente á los que quieren salirse de esos procedimientos ó reforzarlos por otros. La propaganda no es incompatible con la acción y la acción también es propaganda. ¿Qué propaganda más eficaz, más seria que la de los rusos?

No es ejemplos, no, lo que nos falta; los tenemos fuera y dentro; lo que hoy hacen los rusos lo hicieron antes los mismos españoles. Espanta el número de ejecuciones, deportaciones y encarcelamientos con que se defiende el zar; más encarcelamientos, más deportaciones y más ejecuciones ordenó Fernando VII. Y así como cayó en España, para siempre, el absurdo régimen absolutista, caerá con estrépito la autocracia rusa.

Para traer á España la República no es menester que seamos tan estrepitosos como los moscovitas; pero es indispensable que como ellos hoy, como nuestros padres en las épocas de Fernando VII y de Isabel II, estemos dispuestos á morir por nuestros ideales.

Es evidente que los imitadores del senador americano, de aquel que no vislumbraba el fin de la esclavitud, que los españoles herederos de su modera-

ción, no distinguirán de lejos ni de cerca la República Española. Es una prueba de que son cortos de vista. Los que la tienen mejor no necesitan gemelos ni telescopio para verla venir á pasos de gigante.

¡Si está á la vista!



¡La Demagogia!

El insigne D. Bartolomé José Gallardo señalaba en su tiempo la graciosa anomalía de que algunos clérigos predicaran contra el lujo en un púlpito de aldea, ante un concurso de pobres aldeanas desgreñadas, remendadas y descalzas.

Discurría con su habitual donaire sobre esa incongruencia, propia sin duda de predicadores; y con más gracejo pudiera escribir hoy, si oyera predicar á los propagandistas de la democracia. Los sermones de estos últimos, en sus excursiones veraniegas por campos y ciudades se parecen á los que pronunciaban los curas de aldea en tiempo de Gallardo, contra los excesos abominables del lujo.

Quien haya leído en la prensa española del último trimestre, no solamente los discursos de casi todos los republicanos, sino los artículos *revolucionarios* de los periódicos *idem,* habrá observado la propia anomalía señalada por D. Bartolomé. Sí, porque si en efecto resultaba un poco fuertecillo criticar el lujo de gentes haraposas, de pobres mujeres sin zapatos y de niños en cueros, ¿qué diremos de los republicanos que reco-

rren la Península predicando con vigorosa elocuencia contra la demagogia? ¡Como si en España hubiera demagogos! ¿Y qué diríamos de los que condenan con acentos tribunicios los excesos revolucionarios, donde no hay tales excesos, ni hubo nunca revolucionarios, ni habrá revoluciones?

Pero, quién sabe. Tal vez nos equivoquemos al decir que no habrá revoluciones; lo que podemos afirmar es que antes de ahora no las hubo; que los demagogos en España brillaron por su ausencia, aunque recordamos que se prodigó ese título en el reinado de Isabel II á Becerra, á Calvo Asensio, á Sagasta; y que la demagogia desenfrenada y furibunda es algo parecido al lujo deslumbrador de las más hambrientas aldeanas.

Quizá prediquen de buena fe los que se ponen el parche antes que exista de veras el grano demagógico. Alguno de ellos consideró demagogo á Ruiz Zorrilla, que era un republicano muy conservador; él mismo lo declaraba, diciendo que pretendía gobernar en España con los procedimientos y doctrinas de los *torys* ingleses y que no llegaría ni de lejos al programa político de Gladstone.

A cualquier cosa la llaman en España revolución, radicalismo, demagogia, etc. Baste recordar que Castelar, allá en su juventud, fué condenado á muerte en garrote vil ¡por demagogo!

Desengáñense nuestros amigos: los republicanos españoles son unas malvas pacíficas, yerbas inofensi-

vas, plantas inodoras. Excelentes padres de familia, amantes de la patria, consecuentes electores, si á veces dan algo que hacer á la policía es porque la policía no tiene nada que hacer y en algo ha de ocuparse. Todo esto lo digo por la masa general, paciente, subordinada y temerosa del ruido, que en cuanto á los encumbrados—diputados, concejales, senadores y predicadores—de esos diré que, además de reunir las mismas dotes generales de seriedad, formalidad y consecuencia, poseen una gran cultura y gobernarían con más desinterés que los monárquicos.

La energía necesaria tampoco les faltaría, no tanto contra caciques, personajes rebeldes y obispos sediciosos, como contra los nuevos demagogillos que tal vez salieran después de proclamada la República. Ya lo anunciaba hace tiempo un buen amigo del que escribe estas rayas. "Proclamada la República, á todo el que chiste lo deslomo." Pero bueno sería que ese y otros amigos ayudaran á traernos la República antes de ofrecernos su deslomante política lumbar.

Solo entonces practicarán ese programa enérgico, ablandando los lomos del que chiste, porque hoy no chista nadie. Como que no se encuentra un demagogo, ni un revolucionario, ni un indisciplinado, que es precisamente lo que más se necesita.

En España no existe la demagogia.

¡Si la creáramos!



La disciplina

Gran cosa ¿no es verdad?

Todo el mundo proclama la conveniencia, la necesidad, la excelencia de la disciplina, que es sin embargo la causa principal de todas nuestras desdichas, del descrédito momentáneo del partido, de la postración evidente de la patria.

Se habla de disciplina social, de disciplina militar, de disciplina mental y de otras cien disciplnas, y se ignora en general qué es disciplina. Ciertamente que no faltan las definiciones, pero suelen ser falsas; de lo que resulta que unos la confunden con la sumisión y la paciencia, otros con la subordinación rayana en servilismo, debiendo ser no otra cosa que la armonía de muchas voluntades, con la satisfacción resultante para todos y para cada uno del cumplimiento del deber que nos dicta la razón.

Aun entendida la disciplina tal como deben de entenderla hombres libres y partidos democráticos, deja de ser útil, deja de ser aceptable, cuando se lleva al abuso. El abuso de una cosa buena siempre es mala

cosa. La disciplina racional, dictada por la conciencia propia, es condicional, es limitada. Impone la obediencia, pero una obediencia razonada, no ciega; una obediencia voluntaria, no forzosa; una obediencia que termina cuando la conciencia nos dice que es perjudicial.

Esa mal llamada disciplina que pretende impedir la libre discusión, más que disciplina es tiranía. Todo el mundo tiene derecho á pensar y á proclamar lo que piensa. La humanidad tiene el derecho y el deber de discutirlo todo, desde lo primero hasta lo último, desde lo grande hasta lo chico, desde Dios hasta el rey.

Hemos dicho que la disciplina es la causa principal, quizás la única, de todos nuestros males. ¡Quién lo duda! En todo tiempo, el exceso de disciplina trae consigo el de subordinación, mata las iniciativas, perturba la misma autoridad que se quiere enaltecer, pues centuplica sus responsabilidades. ¿Existe nada más abrumador que la responsabilidad del que ha de hacerlo todo?

En las democracias deben ser compartidas las tareas y consiguientemente las responsabilidades. ¿Se trata de conspirar? Pues se practica la división del trabajo: no es útil, no es siquiera posibile que un mismo hombre conspire con los paisanos y con los coroneles, con los sargentos y con los generales. ¿Se trata de elecciones y de otras luchas pacíficas? Pues no á todos los distritos llega el influjo de un hombre. ¿Se intenta hacer una revolución? Pues hay tarea para

muchos; el que ha de escribir proclamas ó manifiestos, puede no ser capaz de comprar caballos y organizar escuadrones; el que organiza las masas no tendrá tiempo. de pronunciar discursos.

La disciplina es una traba: la historia nos lo enseña. No se ha realizado jamás un hecho glorioso que no empezara por romper la disciplina. Hernán Cortés no hubiera conquistado nunca el imperio mejicano, su nombre no hubiera llegado jamás á nuestro oído, si no hubiera desobedecido las órdenes de Velázquez. Prim no hubiera inmortalizado su nombre, con honra y con provecho de España, si no hubiera evacuado el territorio de Méjico por su propia voluntad, contra los planes y aun las órdenes del gobierno de Madrid.

Los españoles nos envanecemos con el recuerdo de nuestra guerra de la Independencia; y la independencia nos la hubieran arrebatado Murat y Napoleón, y no hubiese habido guerra, si Daóiz y Velarde, no hubieran roto valerosamente las ligaduras de la disciplina. El 2 de Mayo puede considerarse día glorioso, porque en esa fecha memorable quedaron quebrantadas las disciplinas todas: la social, la militar, la política... ¡hasta la mental!

Nos enorgullecen las hazañas de la indisciplina en 1808, como nos avergüenzan las derrotas, y las capitulaciones de noventa años después, en Cuba y Filipinas, derrotas y capitulaciones que debemos á esta disciplina refinada de los decadentes. De las Antillas y de Filipinas pudimos salir vencidos, pero con honra; perdi-

mos hasta la honra por natural efecto de la disciplina.

Grandes colectividades, como los ejércitos, necesitan el lazo de una disciplina vigorosa, pero sin vendas en los ojos ni mordazas en las bocas ni nudos en los brazos. La disciplina debe romperse cuando se ve y se siente que conduce á la catástrofe y al deshonor. El ejército francés, vencido en Sedán, hubiera podido retirarse combatiendo, pero capituló por disciplina; ¡lo quiso el emperador! Un solo regimiento se negó á capitular; faltó á la disciplina y se salvó con armas y banderas.

Los republicanos españoles pecaron siempre, y hoy más que nunca, de disciplinados. Los más refractarios á la disciplina, la relajan solamente con sus murmuraciones, portándose como díscolos, no como dignos. Murmurar es propio de mujerzuelas; la murmuración es una necedad. Lo digno, lo útil, *lo necesario,* no es murmurar en la sombra como lo hacen muchos, sino rebelarse en pleno día, como al fin habrán de hacerlo cuantos de veras amen la República.



Los legalistas

Me los sé de memoria.

Es inútil decir que aquí nos referimos á España, á los partidos españoles, sin alusión directa ni indirecta á la política ni á los partidos de Cuba.

El partido republicano español, aunque numeroso y fuerte, resulta débil para toda empresa revolucionaria por el influjo que tienen en sus actos los llamados legalistas.

Y dicen éstos, cuando contienden con los revolucionarios:

"Tienen ustedes razón al decir que podemos derribar la monarquía por un acto de fuerza; pero nosotros no queremos recurrir á la violencia ni á la rebeldía. Ante todo, es preciso respetar las leyes; si damos el mal ejemplo de desacatarlas, harán los monárquicos exactamente lo mismo cuando hayamos traído la República. Sublevaciones, pronunciamientos, motines, ¡qué antiguallas! En Europa ya no se usan esos desafueros, enteramente impropios de la civilización y de la disciplina. Levantar guerrillas de partidarios en montes y llanuras, es un procedimiento absolutista;

ni los carlistas pueden hacerlo ya. Es una guerra, la de partidarios, indigna del siglo XX, y nosotros somos legalistas, modernistas, incapaces de intentar sangrientas é inmorales aventuras. Somos, como decía Castelar, hijos de la razón y la filosofía, por lo cual no imitaremos nunca á los sectarios apasionados, á los amantes de la tradición, á los trabucaires del carlismo. Pues qué, ¿no hemos alcanzado ya las libertades de imprenta y de reunión? ¿No tenemos el Parlamento y en él la inmunidad? Pues allí está nuestro puesto; allí convenceremos á nuestros adversarios, conquistaremos la opinión y transformaremos el país: el Derecho triunfará por fin, si lo respetamos en todas ocasiones.''

Todo esto, pero mucho mejor dicho, y otras cosas igualmente razonables, es lo que alegan los republicanos legalistas.

Lo confieso, es muy sensato discurrir así; todo eso es muy legal, demasiado legal; muy cómodo, excesivamente cómodo; muy fácil, facilísimo. Y la monarquía no puede pedir más.

Confieso también, aunque ruborizándome, que estoy conforme con esos argumentos. Álzarse en armas es una diablura, faltar á la ley un crimen, levantar partidas una temeridad. Pero todo es relativo, como decía D. Hermógenes; los legalistas condenan esas temeridades, esas diabluras, esos crímenes, porque imaginan sin duda que vivimos en perfecta civilización. Y este es el error de mis ilustres correligionarios los señores legalistas.

Es evidente que en una sociedad civilizada no hay derecho á perturbar el orden ni á esgrimir otras armas que las del entendimiento; pero esos señores, ¿creen de veras que están civilizados? Esta civilización rudimentaria, embrionaria, criminal, ¿merece por ventura que nadie la respete?

Iba á decir que en España no hay tal civilización, pero desisto, porque sería soberanamente injusto referir únicamente á España lo que es aplicable á todas las naciones. El siglo XX las ha sorprendido á todas en pleno refinamiento, sí, pero no de civilización y de cultura, sino de injusticia y de barbarie. Los progresos materiales nos engañan miserablemente. La luz eléctrica nos ciega y nos deslumbra, por lo cual no advertimos las tristes sombras de la iniquidad reinante. No es civilizada la sociedad que conserva las anticuadas, las antiquísimas, las injustas leyes de hace veinte siglos, con todos sus errores y brutalidades. Todavía están en pleito el derecho á la vida, el derecho á la libertad, el derecho al honor. También están en litigio los derechos del niño, de la mujer y del vago. Se pretende hacer el trabajo obligatorio, sin ver que los más dignos son precisamente los que no se prestan á ninguna esclavitud, los que se niegan á trabajar por otros y para otros. Legislaciones absurdas han dividido á los hombres, desde que hay leyes y legistas en el mundo, no en buenos y malos según la naturaleza, sino en explotadores y explotados, en señores y siervos, en tiranos y oprimidos. ¡Y esas legislaciones, engendros

de la ignorancia, la violencia y el despojo, es lo que tanto respetan los republicanos legalistas!

Será tal vez porque tienen casi todos el oficio de interpretar las leyes, encontrando en ellas mismas recursos para violarlas, y se han acostumbrado á sus horrores, se han identificado con sus yerros, se han familiarizado con todas las injusticias y niegan hasta su propio derecho de rebelión defensiva y reivindicadora.

Están equivocados si creen que es justo mantener ficciones y respetar sofismas; ni hay tales parlamentos, ni existe en España la libertad de reunión, ni es libertad de imprenta la que está sujeta á cien limitaciones arbitrarias.

Cuánto más valiera que los legalistas, con su modesta pretensión de reformar las leyes poco á poco, agravándolas cada vez más, se apartaran definitivamente de los antilegalistas, ó que estos—y sería mejor—dejaran de hacerles caso.

Nos llamarán salvajes ó inciviles. ¡Ojalá mereciéramos esos calificativos tan honrosos! Más valdríamos si inciviles y salvajes fuéramos, que siendo unos míseros degeneralos sometidos á la explotación de los más viles y capaces de creer á los sofistas y de dejarnos gobernar por ellos.

¡Con cuánta candidez nos llamamos todavía revolucionarios! No podemos serlo, mientras escuchemos á los legalistas.

Sangre nueva

Un cablegrama de Europa fechado el 10 de Septiembre nos cuenta que en España ya no se puede vivir; hasta veinte sociedades obreras han dirigido peticiones á los gobiernos de las Repúblicas hispano-americanas, para que se les faciliten los medios de emigrar. Una de las peticiones ofrece al país que pueda utilizarlas, nada menos que seiscientas familias laboriosas. Béjar, la industriosa Béjar, es una de las ciudades en que los obreros intentan recurrir, como última esperanza, al desconsuelo de la emigración.

Cuando una ciudad fabril, tan rica y populosa como Béjar se encuentra en ese caso, júzguese lo que estará sucediendo en otras poblaciones menos activas, en comarcas pobres y desventuradas, en la esquilmada y sedienta Andalucía, tierra que por su hermosura y su fertilidad sería el jardín del mundo, el verdadero Canaán, la tierra de promisión para todos los trabajadores, si no la hubieran convertido en un desierto, en un infierno, los caciques, los gobiernos y los frailes.

Y no hablamos de los bandoleros, porque el bandolerismo actual es una creación de los caciques, un

instrumento electoral, un vestigio de "las más gloriosas tradiciones patrias."

Conservadores honrados confiesan que los obreros andaluces están inicuamente explotados y que sus salarios pudieran ser mayores sin perjuicio de la propiedad.

Ahora deben recordar los obreros y los campesinos andaluces, como asimismo los de todas las demás regiones, la propaganda que hacían entre ellos, en tiempo de la República, los fabricantes, los propietarios, los ricos, generalmente monárquicos.

—Hacéis mal, les decían, en afiliaros á partidos políticos y asociaciones obreras: ¿qué os importa la política? ¿vais á ser ministros, ni siquiera alcaldes? Lo que os importa á vosotros y á vuestras familias es tener trabajo, que no os falte el salario, votar lo que os diga *el amo* y estar bien con el cura. La República, la libertad y el socialismo son zarandajas que interesan á los políticos, á los vagos y á los vividores, pero no al pueblo. El pueblo no necesita más que cobrar, y para eso le bastan dos cosas tan sencillas como sudar y obedecer.

Estas y otras muchas predicaciones egoístas encontraban eco en las clases ignorantes, que son todas las clases. Los sofismas burgueses han causado un inmenso daño á la nación. Ya han visto los trabajadores que la indiferencia en lo político ha dado el poder á sus malos consejeros, á los explotadores del proletariado, á los enemigos de la patria, sin ventaja alguna

para ellos. Si el pueblo no toma parte, y muy activa, en las contiendas políticas, si no se interesa en los problemas sociales, si se desentiende de todas las cuestiones de general interés, posponiendo los intereses públicos á sus conveniencias personales, no debe extrañar que luego resulte mejor servida la conveniencia ajena que la propia.

Y los burgueses mismos si tuvieran conciencia y amor patrio, se arrepentirían de sembrar en las masas la indiferencia política, de la cual resulta que cuando quieren buscarle el pulso á la nación no se lo encuentran. Tal vez se lo hayan buscado algunos con la intención de sangrarla; pero aún así, más vale tener pulso.

Los electores no acuden á los comicios: ¿cómo se quejan, ni con qué razón, de que sean elegidos los enemigos del pueblo?

Saben que la verdad no sale de las urnas, que sus votos se falsean, que si protestan de las ilegalidades van á la cárcel ó á presidio, y no creen que elegir determinada persona para concejal ó diputado valga la pena de perder la libertad, el sosiego, la paz de la familia.

Pues sí vale la pena. Un concejal amigo de los pobres, pobre él mismo, trabajará por la supresión del bárbaro y odioso impuesto de consumos; un concejal instrumento del cacique, tratará de conservar ese impuesto... por cien mil razones. Un diputado que tenga la evidencia de que debe su representación al voto po-

pular, habrá de interesarse por el pueblo; si se la debe al gobierno ó al cacique, hará lo que le manden el cacique y el gobierno.

Bien sabemos que la dignidad y el pundonor es lo que aleja de las urnas á muchos millares de electores, que no quieren ser burlados en los falsos escrutinios. Pero ese alejamiento, como protesta, es poco. Para ese caso, procede la rebelión. ¿Es que ya no hay en España fusiles, ni espadas, ni corazones?

Quizá estén en lo cierto los que se contentan con emigrar en masa, los que dirigen memoriales á los presidentes de las repúblicas sud-americanas, porque después de haber derramado lo mejor de su sangre en las guerras coloniales y de no haber comido en ningún tiempo, ni tendrán fuerza para esgrimir las armas, ni voluntad de esgrimirlas, ni conciencia del derecho, ni dignidad, ni honor.

Hace falta sangre nueva.

Y pulso.



Allá va eso

En la segunda mitad del siglo XVIII, nadie creía que estaba tan cerca una revolución.

Voltaire, Rousseau, Diderot, todos los enciclopedistas, hacían la crítica de aquella sociedad. Sus obras no eran leídas por el pueblo, que ni sabía leer. Por otra parte ¿qué le importaba la lectura á un pueblo que no comía? El pueblo francés del siglo décimo octavo se alimentaba de hierbas y raíces.

Las obras de los grandes publicistas, de los pensadores, de los revolucionarios, eran leídas por los magnates y se hablaba de ellas en la corte. Los cortesanos, los hombres más apegados al antiguo régimen y algunos burgueses ilustrados, no cesaban de repetir:

¡ Qué bien escribe este diablo de Voltaire! ¡ Cuánto sabe ese Buffon! ¡ Qué lástima que pierdan el tiempo con tales fantasías!

Aquellas fantasías fueron bien pronto realidades; se vieron realizadas y aun rebasadas por la revolución; no querían tanto ni los propios enciclopedistas.

Algunos de estos hubieran protestado, si no hubiesen muerto casi todos al surgir los grandes acontecimientos del 89 y del 93.

¡Quién sabe si los que hoy desdeñan ciertas propagandas, creyéndolas utópicas, tendrán una sorpresa el día menos pensado!

Hoy también se escribe para los intelectuales, que no creen, que no esperan. Los proletarios, ó no saben leer ó no tienen tiempo que consagrar al estudio y la lectura. Es verdad que, si no leen, adivinan.

Todas las propagandas son fructíferas: engendran revoluciones; todas las revoluciones, aun las malogradas—y todas parecen malograrse—dan su fruto á su debido tiempo. El triunfo de una revolución trae consigo los abusos de las clases vencedoras, y estos abusos preparan otras revoluciones más perfectas. Es una fortuna, pues á fuerza de revoluciones progresa la humanidad.

La misma revolución francesa, desnaturalizada por los burgueses que la aprovecharon para su emancipación, ha influído hasta el punto de mejorar físicamente la raza. Las mujeres francesas, en la actualidad bonitas, eran feas y picadas de viruelas hasta que vino á hermosearlas, no tanto la vacuna como la revolución. Había francesas muy guapas en la corte; las mujeres del pueblo—véanse los retratos de otros siglos—no parecen abuelas de las burguesas de hoy.

¡Y se quejan de las revoluciones pretéritas y futuras las damas que sin ellas estarían horrorosas!

¡Y no las deploran menos, con ingratitud notoria, los ilustres personajes más ó menos aristócratas, cuyos abuelos eran destripaterrones, venteros de encrucijada ó ladrones en cuadrilla!



Política española

Esta frase parecerá tal vez incomprensible, pues si hay una política francesa, que consiste en liberalizar, en radicalizar progresivamente la República; si hay una política alemana, siempre encaminada á mantener en Europa la preponderancia del imperio; si hay una política británica, mantenida por todos los gobiernos y por todos los partidos de Inglaterra y que es al mismo tiempo industrial, comercial, militar y colonial; si tienen todos los Estados una política fija ó preferente: redentista en Italia, que suspira por la posesión de Trieste; africanista en Bélgica; de expansión constante en los Estados Unidos; si todos los gobiernos, cuando no todos los pueblos, practican una política determinada, España no tiene ya política ninguna, como no sea la de resolver trimestralmente las crisis ministeriales periódicas. Por consiguiente, si hemos de hablar de política española, tendremos que referirnos al general López Domínguez, hoy, como á D. Antonio Maura ayer y tal vez mañana.

Esto no quiere decir que nuestra España no haya tenido en otros tiempos una política propia. Con la

casa de Austria, que fué su deshonor y su ruina, la de imponer el catolicismo á todo el mundo (y no pudo imponerlo); con la casa de Borbón, aun no extinguida, la de perder territorios y gobernar las colonias de modo que se perdieran, y en los últimos tiempos, la de servir al Papa y obedecer al Nuncio. Estas políticas, ya lo sabemos, no eran españolas, eran dinásticas; pero España fué constantemente la víctima, el instrumento odioso, el brazo hoy mutilado de todas sus dinastías.

De la política española actual, por consiguiente, poco podremos decir: que gobierna este verano el general López Domínguez, como en cada estación gobierna un personaje. Hay gabinetes de verano, de otoño, de invierno y de primavera, cada uno con su programa que no llega á realizar ninguno. López Domínguez, sin que presumamos de profetas, creemos que tampoco ha de realizar el suyo por lo mismo que es liberal y simpático, todo lo simpático y todo lo liberal que puede ser un programa de gobierno dentro de la monarquía.

Pretende el ministerio hacer una política anticlerical, emanciparse de Roma (que ejerce en España una verdadera tiranía), mejorar los servicios públicos y fomentar la instrucción. Es bueno el programa, pero quedará incumplido.

Los detractores sistemáticos de las instituciones, los escarmentados por el fracaso de otras tentativas de liberalización, dirán que López Domínguez, si no realiza el programa, podrá disculparse con las resistencias

palatinas y hablar otra vez de los obstáculos tradicionales. Pero nosotros, con ser republicanos constantes é intransigentes, declaramos que no es el veto constitucional, que no serán los obstáculos históricos ni las influencias cortesanas los que harán fracasar la política del actual gobierno. Para el general López Domínguez como para el personaje que le substituya y para todos los que le precedieron, el verdadero obstáculo está en los hombres políticos. Los políticos monárquicos no pueden vivir alejados del poder; tan pronto como se constituye un ministerio, sea cual fuere su significación, empiezan todos á conspirar contra él, á suscitarle dificultades, á forjar intrigas. No están contentos más que cuando se plantean las crisis ministeriales, que siempre son laboriosas por la imposibilidad de hacer ministros á todos los pretendientes. Y los excluídos de la combinación que resuelve cada crisis, empiezan al instante á preparar nuevas crisis para servir al régimen. Buenos servidores tiene el régimen monárquico; estoy por creer que mucho mejor le sirven los republicanos, ciertos republicanos, que pecan de legalistas, de formalistas, de ilusos y de inocentes.

* * *

Se oye decir con frecuencia que los políticos españoles están desacreditados.

Brava injusticia.

El descrédito resulta de la comparación con los

políticos de otras naciones; pero son los nuestros, para gobernar *á la española*, superiores á todos los demás.

Unicamente los republicanos lo hacen mal, juzgando á la española; pero es que no son políticos, sea dicho en su honor.

Los republicanos son... republicanos. Persiguen lo ideal, no lo real; prefieren la peor de las repúblicas á la mejor de las monarquías, tal vez convencidos de que las monarquías *todas son peores*.

Pero los políticos monárquicos, afortunadamente para ellos, desgraciadamente para España, ni son monárquicos ni republicanos: son políticos. Aspiran al poder, y son capaces de gobernar con la república y con la monarquía, con la libertad y con la autoridad, con la centralización ó con el federalismo.

Para ellos, la política es el arte de gobernar á la nación y de explotar al pueblo.

Por eso defienden ó combaten todas las ideas, afirman ó niegan todos los principios, gobiernan ó desgobiernan con todos los monarcas y con todas las constituciones, según las circunstancias, las corrientes de opinión.... y el apetito.

Así pudo Sagasta, gran político, gobernar con la revolución y con la restauración, con la monarquía de D. Amadeo y con la de D. Alfonso, con la república del 3 de Enero y con la rebeldía que triunfó en Sagunto.

Así pudo Cánovas, político eminente, practicar en

Cuba y en la misma España varias políticas opuestas, gobernar con regímenes contradictorios.

Así gobiernan con la monarquía López Domínguez, Montero Ríos, Moret, el propio Maura, que todos gobernarían con la república si les conviniera tamaño *sacrificio.*

Los republicanos defendemos siempre la república, no admitimos jamás la monarquía, no gobernaríamos nunca sin la voluntad del pueblo. Antes pereceríamos que sacrificar nuestra conciencia de republicanos; si la opinión popular, en un momento dado, fuera contraria á la república, no nos someteríamos á la opinión.

Por eso no gobernarán en ningún tiempo con la monarquía, sea cual fuere la voluntad del pueblo, sean cualesquiera las necesidades de la patria, ni el grandilocuente Salmerón, ni el austero Azcárate, ni el intrépido Lerroux, ni ningún republicano español. Todos son malos políticos; mejor dicho, no son políticos. No somos buenos ni malos políticos, porque somos ante todo y sobre todo, y siempre hemos de ser, republicanos.

Con razón repiten los monárquicos lo que es ya una muletilla: "que no tenemos sentido político los republicanos españoles." Más vale así; ellos, en cambio, poseen todos los sentidos imaginables, menos el patriótico. Porque la patria exige de los políticos y de los sectarios, de los gobernantes y de los gobernados, de los estadistas y del pueblo, algo más y mucho más

que el egoísmo instintivo, la satisfacción de vanidades, la posesión del poder; exige el desinterés individual ante los intereses de muchas generaciones; la previsión de catástrofes posibles, que todavía pudieran evitarse; la enmienda de los añejos errores, para evitar que se repitan los desastres iniciales de nuestra decadencia.

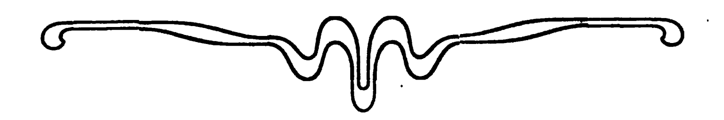
No lo decimos por las desdichas recientes, que aún siendo muy sensibles, se reducen á mermas territoriales. Mucho más interesan, ó deben de interesar, á los patriotas, las pérdidas morales: mengua de la dignidad, en un pueblo antes altivo y hoy sometido á los caciques rurales mas innobles; escepticismo del pueblo, derivado del contagioso de los intelectuales; desconfianza en el porvenir de la nación, que se justifica por la imprevisión y el egoísmo de los clases dirigentes; intolerancia religiosa llevada á lo insufrible, en el país en que durante siglos convivieron judíos, cristianos y moros. No seríamos justos si achacáramos á la monarquía todos estos y otros males, pues en la Edad Media fué la monarquía, fueron las dinastías aragonesa, navarra y castellana, las que reconstituyeron la nacionalidad, las que estirparon el caciquismo de entonces (que era el feudalismo), las que consintieron la libertad religiosa. Pero sí culpamos á las dinastías intrusas, á las monarquías austriaca y gálica, de la decadencia que agota á España desde hace cuatro siglos. Empezó la casa de Austria decapitando á Padilla y á los comuneros; la casa de Francia, comenzó desmembrando el territorio nacional en el tratado de Utrecht, mo-

delo del de París. Desde entonces nos afrenta la bandera inglesa en Gibraltar.

Pero seamos todavía más justos é imparciales: no culpemos tampoco á las monarquías modernas, que todas las instituciones dan de sí lo que está en la fatalidad de su naturaleza; han hecho el mal, porque no podían hacer el bien.

No culpamos, pues, á la monarquía; pero sí á los monárquicos. Estos son los responsables ante la posteridad de la ruina y el deshonor de España, de sus desdichas pasadas y de sus venideras desventuras. Y entre los monárquicos, los más culpables, quizá los únicos, son los hombres políticos. Su política sin horizontes es una gran política; y son grandes políticos—ya lo hemos dicho al comenzar—por lo mismo que tienen un objetivo: el poder; un ideal: el poder; un fin: dar fin á la historia y á la existencia de España.

Y los republicanos somos pésimos políticos—también lo dijimos antes—porque no queremos el poder para nosotros, sino para el pueblo, porque no tenemos otro objetivo que la República, ni otro fin que la victoria de la democracia.



Italia

Nos lo dicen los cablegramas de Europa: todas las naciones de lengua latina andan revueltas.

Francia establece por fin la separación de las Iglesias, con protesta de la católica, pero sin que que se quejen la protestante ni la mahometana, la mosaica ni las otras. En Italia se hacen demostraciones hostiles al Vaticano, á los gritos de viva Francia, viva Clemenceau, viva la raza latina. En España, se multiplican las manifestaciones anticlericales, se grita ¡muera el Nuncio! y caen á silbidos los ministros y los ministerios que enseñan poco ó mucho la oreja clerical.

¿Y qué diremos de Portugal? Allí se acusa al rey en pleno Parlamento de verdaderos delitos; los diputados salen entre bayonetas, pero son aclamados por la multitud; y no toman las demostraciones públicas un carácter anticlerical, como sucede en Francia y en España, porque los portugueses no necesitan nuevos actos para que el mundo conozca su hostilidad tradicional á todo lo que sea clericalismo, papismo ó jesuitismo.

En Italia ha habido manifestaciones contra el

papado, contra el Papa mismo; las de Roma, señaladamente, han sido tumultuosas. El laconismo cablegráfico no nos permite apreciar los pormenores, que serán sin duda interesantes; pero bien se conoce la gravedad del tumulto en el hecho de que tomara las armas, saliera á las calles y ocupara los puentes la guarnición de Roma, que es nutrida.

Millares de ciudadanos tomaron parte en la demostración, llevando á su cabeza hasta una docena de diputados radicales, socialistas y librepensadores; la masa popular no pudo llegar al Vaticano, porque las tropas se habían posesionado de todas las avenidas. Pero es bien seguro que los soldados de Italia sentían en sus corazones repercutir los clamores y las maldiciones de la muchedumbre.

Todas las democracias han comprendido ya que "el enemigo es Roma," entendiendo por Roma el Vaticano. Todo el mundo ha penetrado el sentido de la famosa frase de Gambetta, y mejor que nadie lo siente y comprende el pueblo de Garibaldi y Manín, de Mazzini y de Cavour.

Se ha hablado muchas veces de la conveniencia, de la necesidad, para el sosiego de Italia y la tranquilidad del Papa mismo, de trasladar la sede pontificia á un lugar más adecuado. Esto mismo ha de repetirse ahora, sin resultado alguno. Pueblos *ad hoc* no faltan; pero mientras haya religiones, el jefe de la católica permanecerá en Italia. Se ha propuesto en más de una ocasión que se establezca en Malta, en Ibiza, en Tole-

do, en Quito, en Saratoga, porque no se ha pensado en algo que lo impide. Y lo que impide la traslación del Papa, es el tesoro histórico y artístico del Vaticano, el archivo de los Papas. Ningún Papa se prestará jamás á abandonar su Archivo, ni en Italia habrá gobierno alguno que se lo deje llevar. No habrá nunca en Italia una generación capaz de consentir que los papas se lleven á otro país la mayor riqueza histórica del mundo.

Pero nada es eterno: la única eternidad, la de los siglos, acabará con el Vaticano y todo lo que guarda entre sus muros, como el contínuo beso del Adriático ha minado los cimientos de la ciudad de Manín. Venecia amenaza ruina, sus monumentos artísticos y sus tradiciones medioevales se hallan á pique de desaparecer. Y si todavía recorren los canales sus celebradas góndolas; si acuden los viajeros á extasiarse en la contemplación de tantas maravillas, y los poetas, imitadores infortunados de Byron, á admirar á las dulces venecianas, "hijas de aventureros, esposas de artistas, madres de héroes," pronto llegarán los tiempos en que sea la reina del Adriático un montón de melancólicas ruinas.

Toda ruina es inspiradora de tristezas; pero cuando Venecia haya dejado de existir, cuando sus propias ruinas se hayan convertido en polvo, irán todavía los viajeros más sentimentales á meditar sobre el polvo de las ruinas de la más gloriosa de las modernas repúblicas.

Podrá ser olvidada la veneciana república de la Edad Media, mercantil, guerrera y oligárquica; pero no se perderá la memoria, mientras haya hombres libres en la tierra, de la república libre de Venecia, que supo con el heroico Manín, luchar un año entero contra los ejércitos y los cañones austriacos, en 1848, el año inolvidable de las revoluciones europeas.

Se malograron entonces las repúblicas; el Papa fugitivo pudo volver á Roma; Garibaldi fué vencido, Venecia hollada, el Piamonte reducido á la impotencia.....

Pero se acerca el día de todos los desquites populares; el Vaticano tiembla, se bambolean los tronos carcomidos, se agitan las muchedumbres ansiosas de revancha, y el cable trasatlántico nos consuela de intensas amarguras al comunicarnos las palpitaciones de la democracia revolucionaria.

¡Cable, no duermas!



Injusticia popular

¿Será verdad que no hay justicia en la tierra?

Vamos creyéndolo, al ver lo que les ocurre á los pobrecitos frailes.

Y á las monjas.

Y á los jesuitas.

Y á los curas.

Y á los prelados.

Y al Papa mismo.

En todas partes se vuelven contra ellos, como si fueran culpables.

En España lo hemos visto repetidas veces: ocurre un alboroto por cualquier cuestión electoral, y se grita ¡fuera el Nuncio!

Hay un motín por los consumos, impuesto infame que no es cosa de la Iglesia, y los amotinados apedrean todo convento que encuentran á su paso.

Llega el sorteo de mozos para reemplazo del ejército, y las madres que van temporalmente á quedarse sin sus hijos, en vez de clamar contra los poderes públicos, singularmente contra el Legislativo que votó la ley, descargan su furia sobre el Seminario ó silban á los canónigos.

El famoso presupuesto de 43 millones para el clero, del que tanto se quejan los economistas (sin ser ellos los que pagan), apenas si basta para reponer cristales rotos, vidrieras pulverizadas y alguna vez, para reparar los daños que ocasionan ciertos ensayos prematuros de imprudente chamusquina.

Y cuenta que estas cosas no suceden únicamente en España. Ahora mismo, por legislar en Francia como les parece conveniente, el pueblo de Roma quiere acometer al Papa.

¿Qué es esto?

¿Será verdad lo que dicen los marineros de Cádiz y los pescadores de Rota, de Chipiona y del Puerto de Santa María?

¿Que qué dicen?

Pues dicen que de todo lo que sucede en el mundo, hasta de los temporales, tienen la culpa los jesuitas.

¡Pobres jesuitas! Ellos y todos tienen bastante con sus propias culpas; como dijo el otro, no es menester calumniarlos.

No, ellos no son culpables del mal tiempo, ni de los malos tiempos, ni de lo que diga Merry del Val, ni de lo que haga Clemenceau. No son culpables ni de su propia existencia.

Creedlo, ciudadanos: si á pesar del rey Carlos III y de su celebérrima pragmática hay todavía jesuitas en el mundo, la responsabilidad—á lo menos en España—es toda del bello sexo.

Es claro que no lo digo por doña Belén Sárraga,

cuyos pies beso, ni por otras españolas muy excepcionales; no hay regla sin excepción.

Lo digo por las que educán sus hijos para frailes. ¡Pobrecillas!..... en el pecado va la penitencia.

¿No comprenden esas damas que sus amados hijos destinados á la Iglesia, pueden llegar á obispos y salir con cardenales? Mírense en el espejo de los infelices Nozaleda y Guisasola.

Destinar un hijo á clérigo, es en nuestros días imprudencia temeraria. Están lejanos los tiempos en que me decía mi difunto padre: "Si quieres pasarlo bien en este mundo, hazte presbítero; si quieres ser útil á la humanidad, muérete."

Y como no me he muerto, sigo estorbando en el mundo y dando jaqueca al prójimo. Hasta que reviente.

El consejo de mi padre, que era volteriano, podía carccer de autoridad; pero es el caso que no me lo ha dado él solo. En mis viajes encontré á un sujeto que me aconsejó lo mismo; era jesuita, no me cabe duda; lo conocí en Lovaina. !Ojalá hubiera seguido su consejo! Yo sé por qué lo digo.

Vuelvo á mi tema de la injusticia popular.

Está amenazada España de un grave conflicto en Africa, de una campaña en Marruecos, de ser víctima una vez más de ambiciones dinásticas y de errores gubernamentales. Parecería natural que hubiera demostraciones públicas, airadas protestas contra los go-

biernos que quieren meternos en otro berengenal. Pues nada de eso.

Hay, sí, un mitin en cada pueblo, discursos en todas partes; pero no se dice una palabra de la cuestión marroquí.

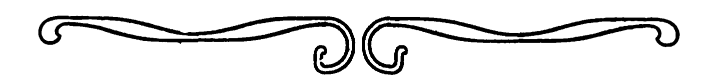
Todos los clamores son contra los curas.

No lo comprendemos.

Pero.... ¿no seremos nosotros los equivocados?

Acaso esté en lo cierto el instinto popular.

Y me alegro de no ser presbítero.



Cosas del mundo

Muchas que suelen llamar las gentes "cosas de España", son cosas de todos los países.

En todas partes hay leyes soberanamente injustas, usos igualmente bárbaros, costumbres idénticamente perniciosas, modas á cual más ridícula, preocupaciones rayanas en locuras, pretensiones homólogamente insanas.

Es imposible que hablemos aquí de todas, porque esas cosas de España.....y del Universo, no caben ni en veinte libros.

Por hoy nos limitaremos á una de esas cosas, una de tantas manías, la más extravagante: la que consiste en que algunos caballeros se creen conservadores, como si no lo fueran los demás, y la de otros que se tienen por radicalísimos, siendo tan conservadores como los primeros.

En el mundo entero con pocas excepciones, y en España sin excepción ninguna, todos los políticos son conservadores. Y los no políticos lo son todavía más. Resabios de educación frailuna, atavismos históricos

ó anemia intelectual, lo cierto es que no se encuentra un liberal en el mundo.

En España, á lo menos, el que esto escribe conoce revolucionarios que se han batido por la libertad, y otros—no muchos—que desean batirse; pero ni estos ni aquellos han sido nunca verdaderos revolucionarios ni liberales de veras, sino conservadores, archiconservadores, impenetrables á todo sentimiento de transformación y de justicia humana.

Es muy graciosa la indignación de algunos liberales cuando oyen decir á un clérigo que "el liberalismo es pecado", sin reparar que ellos dicen á su vez: "la federación es un peligro, el socialismo una amenaza, la anarquía una utopia", es decir, que todos y cada uno tienen por *pecado* aquello que no entienden. Es que no hay liberales, que todos los hombres tienen mucho de clérigos, que impera la teología, y que vivimos como en la Edad Media creyendo en la nigromancia.

Hace falta una revolución, dicen algunos ciudadanos al observar las cosas que suceden. Y yo digo lo mismo cuando oigo discurrir á esos y á los otros cuidadanos. Sí, porque discurren todos ó la mayor parte punto menos que como trogloditas, como entes primitivos con pretensiones de civilizados. Hace falta, en efecto, una revolución, y aún cien revoluciones simultáneas, para que aprendan á discurrir los hombres y las mujeres.

El mundo necesita una catástrofe,
al mundo le conviene un terremoto,
como cien Martinicas reventando
en explosión de odio.
O que la mar anegue el Himalaya,
derrita el sol los témpanos del Polo,
y nos caiga una lluvia de planetas
convertidos en polvo.

. . . .

En el pensamiento no hay pecado; pero tantos siglos de creer en brujas tienen perdida la mentalidad de los que, por eso mismo, discurren todavía como en el siglo VII. .

Saltemos de una vez adonde sea necesario.

Cuanto más allá, mejor.



1907

El año misterioso, el año enigma......

¿Qué traerá consigo el nuevo año?

Así me interrogaba esta mañana el Sr. Ruiz de la Peña, y yo le dije sin vacilación:

"Ignoramos lo que sucederá esta tarde, lo que ocurrirá dentro de cinco minutos, ¿cómo quiere usted que sepamos desde ahora lo que pasará el año que viene?"

En efecto, si no estamos seguros de conocer lo pasado, ¿cómo pretendemos saber lo porvenir?

Pero consolémonos, que los ignorantes somos muchos. Nadie sabe lo que traerá consigo el año venidero; de nuestra ignorancia participan los diplomáticos más calculistas, los políticos más previsores y aun el Papa infalible.

¡Qué digo! No el pobre Papa, si no el propio emperador Guillermo y el mismísimo Roosevelt, están á obscuras de lo que sucederá el año que viene, y aun la semana más próxima.

Ignorancia universal, sin duda beneficiosa, que

para casi todos ha de traer el año cosas nada apetecibles.

No somos pesimistas, sino todo lo contrario. Estos augurios se fundan en recuerdos del pasado, que todos los años son lo mismo; todos nos traen por un gusto seis disgustos, por un goce dos tormentos, por un acierto varias equivocaciones.

Y para demostrar que no somos pesimistas, solo haremos una afirmación; la contenida en el refrán "no hay mal que por bien no venga". Pocas son las desdichas que en el tiempo y el espacio no se transforman en venturas.

Lo que ocurre es que los hombres se apuran ó se afligen por míseras bagatelas. Todas las pequeñas contrariedades del mundo y los naturales sinsabores de la vida, nos parecen en el primer instante verdaderas desventuras. ¡Si yo mismo pasé la pena negra al encontrarme un día con que mi chaleco nuevo tenía los ojales más chicos que los botones!

Pero hay una receta para no apurarse casi nunca; al ocurrirnos cualquier contrariedad, preguntémonos á nosotros mismos: ¿nos acordaremos de esto cuando pase un año? En la mayoría de casos, nos responderemos echándonos á reir.

Y es que en el mundo no sucede nada de particular, sino lo que sucederá en todos los mundos. No hay más desgracia en la vida que la muerte prematura de un ser amado; todo lo demás es baladí. Apurarse por un dolor de muelas, por llegar tarde á una cita ó por

haber perdido veinte y cinco duros, ¿no es insensato?

El señor Ruiz de la Peña—¡qué curioso!—pretendía esta mañana saber lo que traerá consigo el nuevo año.

Repito que nadie sabe lo que el año ha de traer consigo; pero sabemos lo que no traerá.

El año 1907 no puede traer lo que no ha traído, ningún año:

Seriedad á los políticos.

Patriotismo á los banqueros.

Desinterés á los frailes.

Veracidad á los diplómatas.

Sentido común á los poetas.

Previsión á los cubanos.

Paciencia á los nipones.

Marcialidad á los chinos.

Prudencia á los yanquis.

Probidad á los venteros.

Tiento á los rusos.

Pulso á los polacos.

Juicio á los hombres.

Formalidad á las mujeres.

¿Pero traerá siquiera la República Española?

Sí, ciertamente, con tal que aporte un poco de buen sentido y un mucho de coraje para los republicanos españoles.

Porque una y otra cosa nos están haciendo mucha falta.



Hembras y machos

La prensa española y aun toda la europea ha examinado el caso del guardia de orden público que resultó mujer. No comprendemos, nos nos explicamos la extrañeza de los periodistas, porque ni el caso es único ni es nuevo. En todos los siglos hubo hembras que para poder vivir se disfrazaron de hombres, y es seguro que ahora mismo andan vestidas de hombres millares de mujeres.

Posible es que suceda igualmente lo contrario; es famosa en España la Monja alférez, que militó con bastante lucimiento en el Perú y en Chile, y si no han tenido fama los alféreces ni los capuchinos que en pasados siglos se disfrazaron de monjas, será porque ocultaron su metamorfosis en el fondo de un convento. Y no lo pasarían del todo mal.

Doña Catalina de Eraso (creemos recordar que este era el nombre de la Monja alférez), tuvo en su siglo y aún en los siguientes más de cuatro imitadoras, como ella imitaba, sin que nos quepa duda, á las monjas traviesas y á las señoras andantes de siglos anteriores.

No se registran esos cambios en España solamente; prescindiendo de la antigüedad, que nuestra erudición no va tan lejos, se sabe que en la Edad Media hubo hombres esforzados que eran en realidad excelentes madres de familia; húbolas en Italia, en Escocia, en Francia.... ¡qué sé yo!

En Francia, especialmente, las crónicas recuerdan repetidos casos. El caballero de Eon, célebre agente de Luis XV, pasaba en el mundo por señora. En concepto de tal, se introdujo en la corte moscovita y fué lectora de la emperatriz. Y nos hemos quedado sin saber de cierto si era caballero ó caballera, porque después de haber sido la "lectora" de una imperial majestad, fué "embajador" del rey de Francia en las cortes de Rusia y de Inglaterra. Los últimos años de su vida los pasó con faldas.

La condesa Dashen en sus *Memorias* habla de una mujer barbuda que vivía en el *chateau* de Versalles, en la época de la Restauración de los Borbones, la cual mujer tenía mucha amistad con damas y damiselas de la corte; pero luego se supo que las barbas no mentían, pues aquella hembra, además de ser varón, era un pillo redomado y todo un asesino.

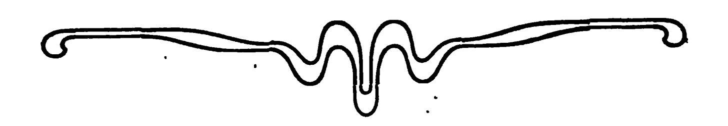
Es inútil seguir citando ejemplos; basta lo dicho para que todo el mundo se persuada de que *nihil novum.*

En España no deb nadie sorprenderse de que un guardia civil ó de orden público sea en realidad una hembra, pues ha de llegar el día en que sea preciso

alistar hembras, con enaguas y todo, porque falten en absoluto los machos.

Aquí se me ocurre una ideica... y se la ofrezco á los revolucionarios.

¿Por qué no se dedican ustedes á buscar *prosélitas* que empuñen el fusil? ¿No serán más rebeldes las hembras que los hombres? Positivamente lo serían, porque donde los machos se portan como hembras, no pueden faltar hembras que sepan conducirse como machos.



¡ Impíos !

Está la aldea silenciosa
como triste sepultura:
¡se murió aquel pobre niño
el de las melenas rubias!

Por allí viene su madre
sofocada por la angustia
y con las lágrimas secas
sobre las mejillas mustias.

Se compadecen los hombres
de tamaña desventura,
las vecinas más parleras
se han quedado como mudas,
los chicuelos no alborotan
ni para jugar se buscan
y reina por todas partes
el silencio de las tumbas.

Ya ni las hojas se mueven,
ya ni las fuentes murmuran,
ya ni los pájaron cantan

en la cercana espesura;
sólo cantan en la iglesia
unas cuantas aleluyas:
cuando se mueren los niños
no cantan más que los curas......

El 11 de Febrero

Esta fecha republicana, conmemorada anualmente por los republicanos españoles, nos inunda de melancolía. Puede ser para la gente moza aurora estimulante; para los viejos presenta las palideces tristes de una puesta de sol. Especialmente los que fuímos actores ó testigos de aquella proclamación de la República, la recordamos y debemos recordarla con profunda pena.

El 11 de Febrero de 1873 se proclamó la República en España, proclamación debida á una Asamblea monárquica. Es, por lo tanto, una fecha gloriosa para los republicanos evolucionistas; una triste fecha para los que defendemos el procedimiento revolucionario.

Pero no se envanezcan los evolucionistas; no debimos aquel triunfo al proceso de la evolución: lo debimos á la voluntad del rey D. Amadeo.

Aquel príncipe de la casa de Saboya aceptó la corona de Castilla, porque se la ofrecieron los liberales de España; dos años después la renunció, convencido de que no se puede ser liberal y rey á un tiempo mismo. Los partidos españoles, á los monárquicos nos referimos, le hicieron la vida amarga, El mismo lo diio

más de una vez: "el partido más decente es el republicano."

Aquellos realistas que habían perseguido á muerte á los republicanos, fueron desleales á la monarquía, lo fueron al monarca y lo fueron más tarde á la república. Ellos la trajeron, sí, pero no desinteresadamente. La gobernaron á su guisa para deshonrarla; se inspiraron en sus egoísmos; y cuando la República desapareció, evolucionaron al revés: volvieron á ser monárquicos, exceptuados los hombres del grupo zorrillista. Ruiz Zorrilla, que defendió á su rey hasta el último instante, no quiso luego traicionar á la República y fué uno de sus adalides más perseverantes y gloriosos.

Gobernaron la República los mismos hombres de la monarquía: los republicanos la gobernaron conjuntamente con sus adversarios de la víspera, y así *no* pudieron gobernar. que no hay acción útil ni gobernación posible sin gobiernos homogéneos.

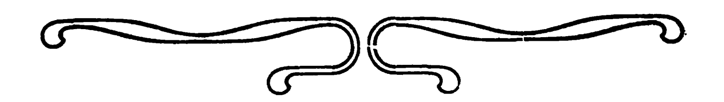
Pero no hagamos historia, y menos historia triste. Limitémonos á recordar que el 11 de Febrero es la más republicana, ya que no la más feliz, de las fechas españolas, y que aquella república, desventurada por la forma en que vino y por la carencia de gobernantes revolucionarios, ni perdió sus territorios, ni se humilló á potencias extranjeras, ni firmó tratados vergonzosos, ruinosos, humillantes, como el de París.

De todas suertes, es de sentir que los republicanos hayan sido impotentes hasta hoy, ó no hayan sabido,

ó algunos quizá no hayan querido crear otras fechas más gloriosas, más dignas de ser conmemoradas.

Pero..... *sursum corda!* Esa fecha gloriosa que todavía no ha llegado, llegará. Algún día registrarán las crónicas el advenimiento de la segunda república, de la que ha de ser establecida, y conservada revolucionariamente, única manera de que viva y se arraigue. Llegará pronto, no lo dude nadie, que ya se vislumbran en horizonte cercano sus primeros resplandores; ya aparece casi á nuestra vista tendiéndonos los brazos, cual pidiendo el concurso de los buenos; ya se siente su influjo bienhechor, que su solo nombre levanta los corazones, eleva los pensamientos, purifica las conciencias.

¡Viva la República!



La luz del ideal

> **Un deseo perenne, insaciable,**
> **de virtud é ideal perfección....**
>
> ***Ricardo Murphy.***

Caminante extraviado en el desierto
sin encontrar vereda ni camino,
ó viajero perdido en las montáñas
entre bosques, torrentes, precipicios,
ni me puedo orientar como las fieras,
ni me es fácil llorar como los niños,
ni el hilo mitológico de Ariadna
me sacará jamás del laberinto
de torceduras dudas y de anhelos,
terrores, esperanzas, pesimismos,
que en lo moral me agobian y me matan,
cual consumen y matan en lo físico
las pestilentes charcas de las costas,
los agudos picachos de los riscos,
las arenas sin fin de los desiertos,
los volcanes, las cumbres; los abismos.

* * *

Vive la humanidad... y mata al hombre
desoyendo el rumor de sus gemidos;
á prematura muerte lo condena,
si no por privaciones, por hastío;
su vida es una ráfaga, un relámpago,
un rápido momento fugitivo,
en esta sociedad rudimentaria
que no defiende ni á sus propios hijos.
Y la embrionaria humanidad ignora
al cabo de sus años.... y sus siglos,
si el hombre torpemente abandonado
en la senda fatal de su destino
es capaz de llevar en su cerebro
la humanidad, el orbe, lo infinito.

* * *

¡Las masas ignorantes! dice el vulgo
de oradores, banqueros y políticos:
¿por ventura ellos saben otra cosa
que lo poco en las aulas aprendido?
¿Y qué culpa le toca al ignorante
si no le dieron preceptor ni libros
ó lo educaron rutinariamente
por anticuados métodos empíricos?
Ni libros ni maestros tiene el hombre
á quien le tasan hasta el pan y el vino,
y á quien tienen las leyes y los sabios
cargado de cadenas y de grillos.
¡Y cuánto más penosa la existencia

del que la debe á los ajenos vicios,
y sin padre, sin madre, sin afectos,
nace en la Inclusa, muere en el Hospicio!
Los fuertes, y los ricos, y los sabios,
¡todos, todos, merecen el patíbulo!

* * *

No merecen los pobres mejor suerte
si proceden no más por egoísmo,
si estudian ó trabajan ó combaten
por su solo provecho, ó por instinto.
Pero el hombre que luche con denuedo
en esta sociedad de descreídos,
con voluntad y pensamiento propios,
guiado por su propio raciocinio,
contra reyes, gobiernos, sacerdotes,
convenciones y leyes y prejuicios,
merecerá del mundo venidero
estatuas de metal ó de granito.

* * *

En las tinieblas de la noche oscura
sigamos adelante con ahinco
salvando los obstáculos tremendos
de la superstición y el fanatismo,
que entre tantas miserias y dolores
se ve á lo lejos fulgurar el brillo
de una luz que nos llama y nos atrae

como el faro que alumbra á los marinos,
como la antorcha que el pastor enciende
para marcar la senda del aprisco.
Esa es la luz que en la callada noche
le da aliento al cansado peregrino,
cuando busca en las sombras el sendero
que conduce al descanso apetecido;
esa es la que mantiene la esperanza
del que marcha entre duros torbellinos;
es la luz ideal que los creyentes
con fe y perseverancia perseguimos.
Y si la apaga el huracán furioso
ó la matan la lluvia y el granizo,
no podremos tocarla, pero al menos
podemos afirmar que la hemos visto.
¡Vedla, mortales, disipando nubes!
(al mismo tiempo que dictando ripios)

Un cuento

Y.... ¡quién sabe!

Hay cuentos que son historias, como abundan las historias que parecen cuentos. O que realmente lo son.

El Sr. Vadollano, español emancipado de toda servidumbre, exceptuada la doméstica, vivía como un potentado en París y en hotel propio, gastando allí las rentas que ganó siendo vista de aduanas en Manila.

Ejercitó sus manos en Manila, porque era además de vista un eminente prestidigitador.

Se emancipó, hemos dicho, gracias al dinero ajeno que pasó á ser suyo; se emancipó, repetimos, de todas las tiranías sociales, pero no de su mujer. Y no es que ella fuese una *tirana,* al contrario, era una filipina fea. Su tiranía, que para él llegó á ser inaguantable, consistía en la admiración constante, inacabable, perpetua á su marido. Todo lo que él hacía, á ella le parecía admirable; todo cuanto decía, á ella la pasmaba llenándola de orgullo. ¡Qué hombre! exclamaba cada tres minutos; ¡qué varón! pensaba para sí cada veinte y cuatro horas; ¡qué genio! murmuraba cada vez que á él se le antojaba decir ó hacer alguna majadería.

El único aspecto bajo el cual no había podido admirar la filipina á su esposo, era el de héroe; no había tenido ocasión, porque cuando los yankees sitiaron á Manila, sus fazañas consistieron en practicar una liquidación—en la que no perdió nada—y meterse en una iglesia para pedirle á Dios.....¡quién sabe lo que él le pediría! Probablemente, que salvara su liquidación; porque si le pidió el exterminio de los protestantes, no le hizo caso el Dios de los católicos, de los vistas de aduanas y de las cuentas oscuras.

Pero vamos al cuento.

Los señores Vadollano acababan de almorzar en paz y buena armonía, cuando él se levantó; y después de estampar un casto beso en la frente de su dama, tomó el sombrero y se dispuso á salir.

—Yo también voy á salir, dijo ella; te acompañaré hasta la puerta del club.

—Imposible; tengo mucha prisa, porque he de ir al Banco, á la Bolsa y á la Embajada rusa, todo ello antes de las cinco.

—Bueno, bien, anda con Dios.

....

Serían las cuatro.

El se encontraba en mangas de camisa en un cuarto del hotel de la "Virtud," en conversación con una dama que no era filipina.

De repente oyeron voces, carreras, alboroto inusitado.

—¿Qué pasará? dijo ella alarmadísima.

—No sé, contestó el ex vista; voy á preguntarlo.

—Oigo unos gritos de mujer; ¿será la tuya? ¿habrá seguido tus pasos?

Vadollano abrió la puerta, y sin necesidad de preguntarlo comprendió que el hotel estaba ardiendo. Oyó repetidas voces de ¡fuego! ¡fuego! ¡socorro! ¡Dios nos ampare! Las llamas envolvían todo el hotel, los huéspedes aullaban despavoridos, el humo inundaba corredores y escaleras.

No había que esperar auxilio alguno; los bomberos mismos tardaban en llegar En aquel instante crítico, la señora del cuento—que no es cuento—se desmayó como vieja asustadiza, monja histérica ó poetisa romántica.

Pero el ex vista no pensó en rezar, como había hecho devotamente en Manila, sino que, echándose á cuestas á la compañera desmayada, atravesó con ella como pudo por las llamaradas y las humaredas y sin saber como se plantó en la calle.

Se había amontonado mucha gente, y en el instante mismo en que el señor de Vadollano depositaba su preciosa carga en los brazos de un agente público, se le apareció su esposa, su eterna admiradora, su buena filipina.

—¡Bravo! clamaba ésta abrazándolo con ilusión. ¡Eres un hombre! ¡un héroe! ¡el héroe de la jornada!

Y agregó, dirigiéndose á la multitud:

—¡Es mi marido!

—Pasaba por aquí, dijo modestamente el señor

de Vadollano, y al oir que demandaban socorro, penetré en el hotel y llegué á tiempo de salvar á esta señora.

El gentío, que iba aumentando, tributó una ovación al héroe desconocido; ovación descomunal.

Y su esposa repetía con satisfacción y orgullo:

—¡Es mucho hombre!... ¡Si lo sabré yo, que vivo con él hace diez años!.... Un héroe; lo que se llama un héroe.....



Incoherencias

Todos los políticos, sin distición de partidos ni de escuelas, quiren armonizar la libertad y el orden.

Pero todos, cuando surgen las revoluciones y las grandes crísis, juzgan necesario sacrificar el orden á la libertad ó la libertad al orden.

Y todos optan por el sacrificio de la libertad.

Mi hombre sería, si en algún momento se hicieran incompatibles la libertad y el orden, el que sin vacilación ni timidez sacrificara el orden, la paz, la sociedad y el planeta por salvar la libertad.

Sin libertad no hay pueblo ni dignidad ni honra.

Por eso la libertad debe ser en todas ocasiones intangible.

* * *

Cuando á los hombres serios y solemnes se les llena la boca hablando del orden y de la necesidad de mantenerlo, ya se sabe que se refieren al orden material.

Porque el orden moral.... ni lo conocen.

* * *

El tiempo, los desengaños y las decepciones, producen desalientos, pero pasajeros, fugitivos. Es impo-

sible no tener confianza en las ideas y fe en lo porvenir, cuando se recuerda lo pasado.

Mil veces oí decir, allá en la malograda juventud, que la unidad de Italia era una utopía, la de Alemania un absurdo, el poder papal eterno y la abolición de la esclavitud un ensueño irrealizable.

Y todo se ha realizado.

Italia es una.

Alemania es una federación.

El poder temporal del papa ya no existe.

Los ilusos no eran los que anunciaban esas cosas, los que pronosticaban la eficacia de la acción y de la libertad, sino los que auguraban la eternización de lo entonces existente. Y siempre sucederá lo mismo.

Quien tenga fe en la Humanidad y en la Justicia, no abrigará dudas en ningún instante, no capitulará con la idiotez, con el egoísmo ni con el error. Los que sólo creen en la estabilidad de lo presente, en lo que se ve y se toca, y únicamente luchan por los intereses, se rendirán á sus enemigos cuando éstos alcancen la victoria. Capitulan siempre con los victoriosos, para explotar una victoria que aparentaron temer. A título de conservadores, son dueños del mundo en las horas fugitivas de su menguada existencia, como los augures del Progreso, mártires de un día, son en definitiva los motores de la civilización, los héroes de la Historia, los bienhechores del linaje humano.

* * *

Lo más triste en el mundo no es que algunos piensen mal, sino que muchos, pensando bien, transijan con el error.

* * *

¿Cuál es la religión de nuestros padres?

¡La religión de nuestros padres! Esta es una frase hecha de las que más me han hecho cavilar.

Sí; porque los fenicios, los cartagineses, los romanos y los moros, todos ellos eran nuestros padres y sus religiones eran diferentes.

Por otra parte ¿cómo vamos á saber cuál era la religión de nuestros padres, si no sabemos cuál es la de nosotros msimos?

No lo digo por mí, pues sé perfectamente que no profeso ninguna. Lo digo por mis contemporáneos, que unos se dicen católicos y no me lo parecen, otros se tienen por cristianos y no se les conoce, algunos se declaran librepensadores y van á misa.

De lo cual resulta una especie de anarquía religiosa dentro de la unidad de la religión.

Y no me parece mal.

* * *

Un padre puede saber más que sus hijos; pero todo hombre tiene la obligación social de saber más que su abuelo.

* * *

Dos cosas degradan y prostituyen á los hombres, á las familias y á las sociedades: la pobreza extremada y la riqueza excesiva.

La ruina de España se debe en parte á los tesoros de América, á la miseria moral proviniente de aquella abundancia de oro. Llegaban los galeones de América abarrotados de oro, plata y pedrería; ¡cuánto más discreto hubiera sido llevarlos cargados de tierra vegetal para cubrir los terrenos áridos y pizarrosos que abundan en España!

* * *

¿La francmasonería?—Una gran fuerza motríz cuando tiene aplicación. En España es una fuerza perdida: no la aplicamos á nada. En pasados tiempos hizo grandes cosas.

Entré en la masonería lleno de ilusiones y de juvenil confianza; pronto dejé de concurrir á las Logias, pues descubrí una cosa que me llenó de ira; allí tenía que considerar hermanos á seres cuyo trato no puede convenirme: á príncipes y reyes.

* * *

¡Qué hermoso es un motín!

No conozco espectáculo más atractivo que el de un pueblo amotinado.

Pero hay motines espontáneos y los hay también artificiales.

Estos últimos, fáciles de provocar en las grandes

poblaciones, me gustan menos; y aún pudiera decir que no me gustan nada. Suelen ser injustos, siempre son ineficaces y representan una inmoralidad.

Los que me encantan, los que no repruebo ni atajaré jamás, son los que surgen *de abajo*, sin orden, sin concierto, sin premeditación; los que provoca el pueblo, ya ofendido en su dignidad, ya excitado por una pasión vehemente, ya exaltado por un sentimiento de justicia.

* * *

Cuando se discurre sobre las miserias y las privaciones del proletariado, se suele decir que los pobres en bienes materiales tienen compensaciones en la esfera del sentimiento. En efecto, ésas serían compensaciones si los ricos carecieran de sensibilidad; pero esto no puede afirmarse de una manera absoluta.

Por otra parte, jamás he creído en la ley de las compensaciones. Y ahora recuerdo una cosa: cuando yo era mozo, les gustaba á las viejas conversar conmigo, y aun danzar; ahora que soy viejo, las chicas no me hacen caso. Conque no veo la compensación.

* * *

La Libertad es mi ensueño, la Fraternidad mi religión.

Y no creo en la Igualdad; la considero imposible.

Podría ser la igualdad entre los hombres, aun no siendo iguales ni las fuerzas ni las capacidades ni las

fisonomías; también cabría la igualdad, aun siendo desiguales las fortunas; pero nunca existirá, siendo como son desiguales las conciencias.

Por mí lo digo; yo no podría vivir, si llevara en la conciencia lo que á otros les tiene sin cuidado. ¿Cómo ni cuándo ha de ser igual á mí el que adultera substancias alimenticias, el que falsifica los medicamentos, el que anuncia lo que no es verdad, el que se lucra y se ufana con perjuicio de tercero, y menos todavía el que se humilla ante los poderosos?

* * *

La nada y lo infinito son inconcebibles para el hombre. De esta insuficiencia del entendimiento humano surgió la idea de Dios, ó la hipótesis de su existencia. Para la humanidad, Dios es una X. Esta incógnita, es muy probable que no se despeje nunca.

Los que más hablan de Dios son los poetas; en sus versos, Dios es un ripio. Y, por otra parte, no hay que hacer caso de lo que se dice en verso.

Creo que hay un Dios soberano, cada vez que observo lo mal arreglado que está el mundo.

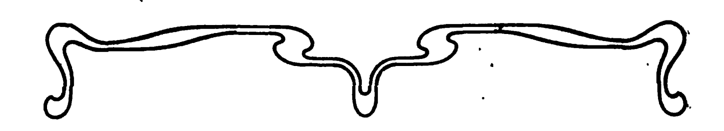
* * *

Suponed un fraile anciano á la puerta de un convento humilde charlando con un soldado curtido, lisiado y roto.

¿Quién haría caso de semejante pareja?

¿No se prestaría más atención á una cortesana radiante de belleza y á un sietemesino vestido á la última moda?

Sin embargo, el fraile pudiera ser Carlos Quinto, y el soldado podría llevar en la mente el plan del *Don Quijote.*



1891 - 1901

I

La ví pasar cual astro fugitivo
envuelta en gasas, con gentil andar;
advirtió mi presencia y mi sorpresa:
lo conocí muy bien en su ademán.

II

Ansiando verla y anhelando oirla
entré sin esperanza en el salón:
allí estaba, radiante de belleza,
y pasé por su lado, ¡y me miró!

III

Sombra nocturna, soledad y calma,
ecos lejanos de rumores mil,
y cercanos latidos de su pecho
que yo conté con loco frenesí.

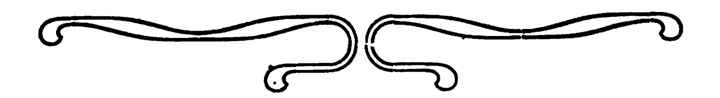
IV

—Adiós.... —Adiós.....
La sombra se disipa,
brilla en oriente la primera luz,
como brilla en su frente nacarada
un rayo de placer y de inquietud.

. . . .
. . . .

V

Está la calle solitaria y muda
como en aquellas noches de placer,
y la casa agrietada.... ¡como ella!
y amenazando ruina...... ¡cómo él!



¡Fuego!

Los artículos de Nakens, en los que el insigne preso denuncia las deficiencias de la cárcel de Madrid, han sorprendido á cuantos imaginaban que una cárcel española es un lugar habitable. ¿Y cómo había de serlo una cárcel, en un país donde son inhabitables y aun asquerosas las escuelas públicas, las oficinas del Estado, las habitaciones de la gente obrera y aun muchas de las viviendas de la burguesía?

Lo que dice Nakens de la cárcel madrileña es aplicable, con agravaciones, á todas las cárceles y á todos los presidios, y con atenuaciones, á los cuarteles militares, á las casas de la gente pobre, y aun á las de personas y familias relativamente acomodadas.

Si son atendidos, como es de desear, los artículos de Nakens serán beneficiosos; pero dudamos que produzcan el efecto apetecido. Lo que importa no es reaccionar solamente contra la incuria, la ignorancia, la mezquindad y la rutina de la Administración, con relación á las cárceles, sino que es preciso clamar y alborotar igualmente contra la incivilidad universal.

Decimos "universal," porque no es solo en España donde se vive y se muere de una manera absoluta-

mente indecorosa. No se llega en todas partes á los extremos de suciedad, al desconocimiento de la higiene pública y al menosprecio de la individual que se observan en España; pero en todos los países de la vieja Europa y de la joven América se vive todavía de una manera impropia de los actuales conocimientos humanos.

La propaganda de los higienistas y la divulgación de ciertos conocimientos han influído algo, pero poco, en la comodidad y el bienestar de las gentes. Se tropieza, por una parte, en dificultades económicas; en la estrechez á que viven condenados los gobiernos, los municipios, las familias; por otra parte, en la fuerza que tienen las costumbres. No ya los consejos de los sabios, sino las leyes mismas, encuentran en todas partes una poderosa resistencia.

Por eso es de aplaudir y de admirar lo que hacen en España algunos coroneles, cuyos regimientos, acuartelados en conventos antiquísimos, parecen bien alojados. Grandes esfuerzos y mucha perseverancia acusan los resultados por aquellos jefes obtenidos; pero aún así, la limpieza y el bienestar de las tropas son menos efectivos que aparentes. Jefes y oficiales han conseguido que estén las paredes blancas, los techos limpios, los suelos baldeados, y que los soldados no escupan en el suelo, pero eso no quita que las camas se hallen demasiado juntas y que los edificios estén desmoronándose; cada cuartel es un criadero de ratones, un falansterio de ratas, un nido de pulgas, un plantel de chin-

ches, un foco de infección. No hay en los cuarteles ni telarañas, ni piojos como en las cárceles, ni moscas tan temibles como las de las casas de beneficencia, donde se albergan los decrépitos y los enfermos, los hambrientos y hasta los leprosos; pero son construcciones demasiado viejas y suelen estar enclavadas en el centro de ciudades populosas. Las inmundicias, los insectos, los miasmas pestilentes desalojados de un edificio, van á aposentarse en otro ó flotan en la atmósfera que respira todo el mundo.

Por esto mismo no basta recurrir á la piqueta; la demolición de un cuartel ó un hospital no acaba con las moscas, las chinches ni las ratas, que huyendo del derribo se dispersan por la población. Y toda ciudad, mientras subsistan las actuales anticientíficas y bárbaras urbanizaciones, será un campo de muerte. No basta la piqueta, que apenas si destruye; hace falta el fuego, que destruye y purifica.

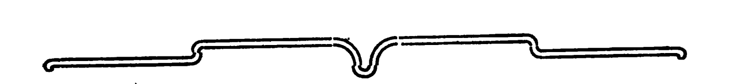
Antiguamente, y aun hace pocos años, las gentes necesitabn aglomerarse; únicamente en las ciudades grandes podía cultivarse el pensamiento, no había cultura posible fuera de las grandes aglomeraciones.

Pero ya en nuestros días, cuando el vapor y la electricidad han suprimido la distancia y acortado el tiempo, cuando están al alcance de cualquiera el ómnibus eléctrico y aún el automóvil, cuando disponemos casi de balde, no sólo del telégrafo, del teléfono y aun del heliógrafo, sino del aeróstato y de la dinamita, es verdaderamente inconcebible que sigamos viviendo

amontonados, sin bastante luz, sin ventilación bastante, en alojamientos insalubres, en callejones mortíferos, en aposentos cuadrados y esquinados. Las aristas interiores de los aposentos son depósitos de miasmas, las cornisas y ornamentos exteriores son recipientes de pestíferas basuras. Todas las construcciones deben ser de superficies curvas, interior y exteriormente; ningún edificio debe distar menos de 200 metros del más próximo; cada hospital, por grande que sea, estará destinado á una especialidad y todos serán provisionales, para ser periódicamente destruídos; ninguno se reedificará donde haya existido antes, ni se permitirá la construcción de casas que excedan de dos pisos. Toda casa debe tener patios amplios, agua abundantísima, aparatos de desinfección, telégrafo, imprenta y pararrayos. Por algún tiempo, siquiera los siglos que se tardará en establecer la paz universal, no estará de más tener en cada casa una ametralladora que alcance á las cercanas viviendas. ¿Quién, sin conocerlos, se puede fiar de sus vecinos? Es más fácil librarse de microbios que de bandidos humanos.

De todas suertes, creemos que basta con lo dicho para convencer al más cerrado de que deben ser incendiados inmediatamente, ó lo más pronto posible, no solamente las cárceles, presidios, cuarteles y conventos sino todas las ciudades de ambos mundos. Lo que sobra en el planeta es el terreno para edificar, para que cada uno edifique su vivienda; pero es indispensable, para levantar la nueva, que cada cual aplique la mecha des-

tructora, la incendiaria tea ó el salvador fulminante, al suntuoso palacio ó la choza maloliente en que hoy convive y se pudre con chinches, burgueses, microbios y cucarachas.



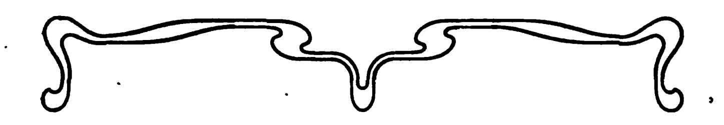
Canto senil

Iba yo á su cita
corriendo, volando,
por una vereda
que cruza el barranco,
y me parecía,
loco de entusiasmo,
el camino corto
pero el tiempo largo.
Saltaba la cerca...
Después otro salto
al ver el postigo
por ella entornado,
y en él su silueta
de contornos vagos
anunciando besos,
prometiendo abrazos.
Los reflejos tibios,
los albores pálidos
que anuncian el día
cuando canta el gallo,
abren el postigo,
y otra vez al campo,

y otra vez la senda
que cruza el barranco.
Pasaron los días,
corrieron los años,
y los rizos negros
se volvieron blancos.
Ya no me conocen
en aquellos campos,
ya no se me tienden
con amor los brazos.
Allí está la cerca
lo mismo que antaño,
pero me saludan
cada vez que paso
las miradas torvas
de los nuevos amos,
los niños huyendo,
los perros ladrando.
Desde lejos miro,
miro desde un alto,
y aunque la silueta
de perfiles vagos
no está en el postigo
tendiendo los brazos,
revive en mi mente
como por encanto.
Han desvanecido
muchos entusiasmos
las vicisitudes

y los desengaños;
pero la figura
de contornos vagos
vive en mi memoria
con eternos rasgos.

———



La estátua de Pi y Margall

"El Ayuntamiento de Barcelona ha acordado conceder cincuenta mil duros para la estatua que se ha de erigir al hijo más ilustre de la ciudad condal, quizá el más grande de los españoles del siglo XIX".

No dice más el periódico del que hemos copiado la noticia, pero es indudable que á Pi y Margall se refiere.

El autor insigne de tantas obras maestras, el prosista sin rival y político sin tacha, tendrá en la ciudad que fué su cuna el monumento que se le debía.

En Madrid, donde murió, tiene ya un suntuoso mausoleo; algún día se le alzará una estatua en cada pueblo autónomo. Es lo menos que se debe al gran apóstol de la autonomía, deuda que le pagarán tarde ó temprano todos los municipios y las regiones todas.

Cuando aun era tiempo, fué incansable y elocuente defensor de la autonomía de las colonias. Su federalismo era verdad, aplicándolo hasta á la familia; sus dos hijos varones se casaron, el mayor con una filipina, el menor con una hija de Cuba. El casamiento es una federación. El régimen federal hubiera

casado para mucho tiempo á las colonias hoy emancipadas con el pueblo que las ha perdido.

Escribió Pi y Margall en los últimos meses de su vida dos folletos no tan conocidos cual corresponde á su mérito; el primero es un admirable estudio sobre *La Belleza;* y el segundo trata de la estatua de *Guatimozín.* Una noche, leyéndonos este último (que todavía estaba inédito), discurrió largo rato acerca de las estatuas que se dedican á los hombres célebres. Le oíamos con encanto sus contertulios íntimos; aquella noche estábamos presentes Joaquín Pi y Arsuaga, Jerónimo Palma, Leopoldo Barrios y el que escribe estos renglones. Pensaba Pi que las celebridades, sobre todo las políticas, son pasajeras, efímeras, fugaces, por lo cual no debe honrarse con mármoles y bronces á ningún muerto famoso, hasta cincuenta años después de fallecido. En efecto, con la estatua se le hace un disfavor al hombre cuya estatua provoca esta pregunta:

¿Quién era ése?

No así á los hombres que por justos, por bienhechores, por sabios, conservan el renombre y la popularidad medio siglo después de haber desaparecidc.

En cincuenta años, borra el implacable olvido la memoria de los que hacen más ruido en el planeta. Aquellos cuya memoria subsiste, esos merecen la estatua. Y Pi y Margall era uno de los hombres cuya fama ha de crecer á medida que transcurra el tiempo. En vida fué el apóstol, el maestro, el ídolo de los

federales; con el tiempo será la admiración de los hombres. Sus contemporáneos, desgraciadamente para ellos, no le comprendían; generaciones vendrán que han de tributarle verdadero culto.

No obstante los respetos que inspiraba, se vió más de una vez calumniado, perseguido, atormentado por difamadores. Desde el día de su muerte comenzaron para él la reparación y la justicia. Los federales de Madrid creyeron que ellos solos acudirían á su entierro, y se sorprendieron al verse acompañados por una imponente muchedumbre. Es que, al cerrar los ojos, empezaban para él los testimonios de su inmortalidad.

Con tanta sorpresa como gratitud vieron entonces los federales de España, que aun fuera de España era venerado Pí. Las dos primeras coronas depositadas á sus pies, y puestas más tarde sobre el ataud, eran la ofrenda bien agradecida por los federales españoles, de dos ilustres cubanas; llevó la primera la señorita habanera Laura Galt, la segunda la señora Piedad Zenea de Bobadilla. Creemos que representaron tan digna como espontáneamente los sentimientos de la sociedad cubana.

Era de esperar que la estatua del maestro no se hiciera esperar media centuria. A Barcelona le habrá cabido el honor de levantar la primera; dentro de cincuenta años, su posteridad le habrá elevado muchas.

Las merec como pocos.

Estatuas

Desde que el arte existe se han elevado muchas. Las hubo famosas en la antigüedad y dignas son de fama algunas de las modernas. Pero entre las modernas, las más merecedoras de fama son las malas; como que son demasiado malas para no hacerse famosas.

Esto no quiere decir que fueran buenas todas las antiguas; de los escultores griegos se conservan las mejores, que las peores han desaparecido barridas por el tiempo ó demolidas por los bárbaros. Que no serían tan bárbaros, cuando supieron respetar las buenas.

Está bien que las generaciones concedan la apoteosis del mármol á los varones ilustres que las enaltecieron; siglos enteros hubieran sido infecundos, si algunos de sus hijos no los hubieran honrado; y la posteridad tiene el deber de remediar la injusticia cometida por gentes olvidadizas ó por siglos ingratos, con las mujeres extraordinarias ó con los grandes hombres.

Pero no se abuse: que no se prodiguen el bronce, el mármol ni el granito; que no nos precipitemos á declarar inmortales á personajes que acaban de morir; y, sobre todo, que no se exponga al ludibrio de

las gentes á sujetos de venerable memoria, dedicándoles estatuas que hacen reir, que de ninguna manera podrían hacer llorar.

Si las generaciones están en su derecho dedicando estatuas y monumentos públicos á las grandes figuras del Arte, de la Ciencia ó de la Historia, ¿por qué no han de tener igual ó mejor derecho las familias á honrar con iguales testimonios de admiración, de amor ó de gratitud á papá, á mamá y al abuelito? Lo tienen, si lo hacen á su costa; de ninguna manera si le imponen esa carga al Erario nacional, á la hacienda municipal ó al particular peculio de los amigos y de los criados, como ha sucedido alguna vez.

Y sería muy bueno que se extendiera y generalizara, en las familias pudientes, la costumbre de erigir estatuas á los suyos, bien en jardines y parques particulares, bien en los sitios más públicos, porque eso habría de favorecer á los artistas y al arte.

Con eso, además, se romperían los rutinarios moldes que imponen al escultor los que le pagan: el Estado, el Ayuntamiento, el Comité ejecutivo de la obra, etc. Y así tendríamos estatuas y monumentos originalísimos, gracias á la inspiración del genio ó á la libertad de ejecución. Y veríamos la estatua de un magnate montado en un borrico, la de un prócer nadando entre dos aguas, la de una pensadora en una bicicleta, la de un poeta doméstico bebiendo sidra, la de un militar sentado en el trapecio.

Una contribución municipal daría rendimientos

apreciables, si se le exigía por los ayuntamientos á cualesquiera familias que quisieran honrar á su familiares muertos con escultóricos testimonios de amor ó de amistad.

La vanidad de la gente no tiene límites, de modo que abundarían los contribuyentes por caprichos estatuarios; saldríamos de las eternas estatuas ecuestres y pedestres, pues las veríamos cuadrúpedas ó danzantes, modernistas y hasta sin pies ni cabeza; por último, estarían más y mejor decorados los pueblos y los caminos, pues cada mojón kilométrico pudiera ser la estatua de un padre de almas, de un hijo de familia ó del pariente que nos enriqueció.

Por supuesto, esa vanidad no sale de las familias que todavía no han tenido estatua; mi familia y yo estamos exentos, porque ya la hemos tenido; por si alguien lo pone en duda voy á demostrarlo.

Mi querido amigo Luis Maffiotte, el más erudito de los canarios y el menos canario de los eruditos, me ha dicho que en el siglo XVI y en Gran Canaria fué perseguido por la Inquisición y quemado "en estatua" un tal Eduardo Estévanez.

Es el único Estévanez que ha tenido estatua, y basta con aquélla.

———



Un libro más

Tal el título del que acaba de publicar nuestro querido amigo D. Manuel Linares.

Y es, en efecto, un libro más, pero no uno de tantos.

En un volumen de 300 páginas ha reunido Linares sus más importantes obras periodísticas; los artículos que tan justa celebridad le dieron al estamparlos en la *Revista Económica,* artículos de polémica, de propaganda y de crítica, y otros que se refieren á Canarias.

Estos últimos siguen siendo de pura actualidad, como si acabaran de escribirse, y han pasado tres lustros desde que se escribieron. Sí, de actualidad, porque en aquellas islas tan desventuradas sigue usándose el tratamiento servil que en 1890 combatió Linares; y en cuanto al fanatismo religioso de los campesinos, que es más bien hipocresía religiosa, no solamente perdura: se va agravando. ¿No ha de agravarse con la invasión contínua de frailes y de monjas? A nuestras islas Canarias les toca su parte alícuota en los detritus que recoge España, barridos de Francia ó expulsados justamente de las islas Filipinas.

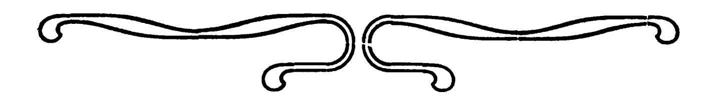
La mayor parte del libro, y la más interesante, se refiere á Cuba. Las campañas de Linares en la prensa habanera son dignas de conservarse, aunque no puedan apreciar todo su mérito los que no conocieron por sí mismos las dificultades de la obra. Tiene Linares el mérito, mejor diríamos la satisfacción, de poder coleccionar en un libro todos sus artículos del tiempo ya lejano en que los escribiera, sin modificar en ellos ni una frase ni quitar una tilde. A buen seguro que no coleccionarían los suyos sin profundas modificaciones los que en tono profético y enfático predecían y anunciaban sucesos y soluciones que no se han realizado ni ese es el camino.

¡Con cuanto gusto he leído los juicios de Linares sobre ciertos hombres! Al leerlos me rejuvenecía. No se tema que yo levante la losa de ningún sepulcro ni que prive á ninguno de mis adversarios del piadoso olvido que merece; pero se siente la más íntima satisfacción al ver confirmados los propios juicios por escritores de la integridad y el talento de Linares.

No citaré siquiera el nombre de aquel periodista que, refiriéndose á mi modesta persona, escribía sin disimular su complacencia: "¡Por fin se marchó de Cuba!" Pero he de hablar de Villergas, para protestar de una afirmación errónea de Linares. Dice mi querido compatriota que "el satírico Villergas, tan reaccionario y tan insolente en Cuba, era en la Península revolucionario y demagogo." No, amigo Linares; fuí amigo particular de Villergas, y no hay nada más

lejos de mi intención que inferirle ni sombra de un agravio; pero conste que Villergas fué en España exactamente lo mismo que en América. Se titulaba republicano, pero conservador, esto es, castelarista; la menor cantidad posible de republicano, sin cantidad ninguna de demócrata ni la menor tendencia revolucionaria. Perteneció en las Cortes Españolas y fuera de ellas al grupo de republicanos que se creían los mejores y que, en su mayor parte, se pasaron á la monarquía. No lo hemos hecho ni lo haremos nunca los que ellos tenían por exaltados y por demagogos.

He leído *Un libro más* con todo el interés que merece: con el mismo interés que inspirará su lectura á cubanos y españoles, así á los testigos de los sucesos narrados, que recordarán pasados tiempos en la enérgica prosa de Linares, como á la gente nueva y á los recién venidos, que aprenderán historia verdadera. Unos y otros desmentirán al poeta, pues no dirán: "cualquiera tiempo pasado fué mejor".



Candidatos, Candiditos y Candidotes

Ya tenemos á Maura en el poder y, por consiguiente, en perspectiva unas nuevas elecciones.

Los períodos electorales son divertidísimos para el observador indiferente ó desinteresado; fecundos en emociones para los hombres políticos y aún para sus mujeres; fructíferos para el Estado, pues aumentan hasta lo inverosímil los ingresos de la hacienda pública.

La renta de correos y la de telégrafos se cuatriplican, excediendo en esa proporción á lo que se presupuso. La industria de imprimir obtiene beneficios no menos considerables. En cuanto á los cafés, hoteles, fondas y ferrocarriles, llegan á resultados asombrosos.

Parece increíble que los ministros de Hacienda, generalmente apurados, no hayan comprendido cuánto crecerían las rentas nacionales—á España nos referimos—imponiendo un tributo á los candidatos espontáneos y procurando que las elecciones sean todavía más frecuentes.

Cada tres meses unas elecciones generales, y *superavit* seguro.

Casi no queda un español que no sea, ó haya sido, ó pretenda ser candidato á la diputación; cuando menos á la senaduría. ¡Qué fuente de ingresos tan copiosa! ¡qué beneficios tan incalculables! ¡qué pueblo tan imbécil!

Pero más imbécil ó más cándido es el candidato, sobre todo el que gasta su dinero, y aún el ajeno, por el gusto de figurar en una candidatura que, si es de oposición, resulta infaliblemente derrotada.

Hay hombres, sin embargo, que no pudiendo ser diputados ni siquiera senadores, se contentan con ser candidatos á la diputación ó á la senaduría.

Y así adquieren el derecho, que nadie les disputa, de poner en sus tarjetas:

FULANO DE TAL
Ex candidato

No era más inocente, á la verdad, aquel ciudadano de Sevilla que se contentaba con el título sonoro, yo lo ví en su tarjeta, de

Individuo del cuerpo electoral
por derecho propio.

El candidato es un animal que no pudo clasificar Buffon. El gran naturalista, hombre del antiguo régimen, no conoció ni presintió siquiera al moderno candidato.

Pero nosotros, habiéndolo conocido, no sabemos tampoco si es mamífero, volátil, pisciforme ó multiforme.

De todas maneras, sabemos que en la escala zoológica, aparece en uno de los últimos peldaños.

Es cándido, simplemente cándido, si por ser candidato se gasta su dinero.

Es candidito si presenta su candidatura por iniciativa propia.

Es candidote, cuando permite que lo presenten, precisamente para que sea derrotado.

En las elecciones próximas, como en las pasadas, todos van á ser cándidos, candiditos ó candidotes.

Lo serán los candidatos, como siempre, y lo serán también los electores.

A no ser que unos y otros, los electores y los candidatos, cuenten de antemano con el triunfo.

Porque tienen asegurado el triunfo los candidatos que sean vaticanistas y los electores que tengan buenas estacas.

A los electores de oposición, estas últimas les son indispensables como arma defensiva; porque si no, se quedan sin voto y hasta sin cutis.



Triste aniversario

El 25 de Marzo de 1903, en memorable Asamblea, se pactó la Unión republicana, proclamando jefe de la misma al Sr. Salmerón (D. Nicolás).

Había en España una poderosa corriente de opinión favorable á la Unión republicana; todos los republicanos la pedían; todos la aplaudieron cuando quedó acordada. En cuanto á jefatura, la de Salmerón era la única indiscutida y aun indiscutible.

Pero no fué verdadera unión lo que pactó la Asamblea; pactó el fracaso. Quedamos fuera de la Unión los que más la perseguíamos: los federales.—Precisamente el único partido republicano que tenía bandera, tradición, programa, historia.

El partido federal hubiera ido á la Unión y jamás hubiese discutido la jefatura acordada, porque los iniciadores de la Asamblea hicieron saber dos cosas, por nadie desmentidas:

Primera: Que la Unión sería revolucionaria y sin más objeto que reinstaurar la República.

Segunda: Que no se trataba de formar un partido más, cosa fácil pero inútil, sino de acordar la

unión de los partidos y concertar sus fuerzas para la faena revolucionaria.

Hubieran ido, pues, los federales, sin la malhadada idea del Sr. Salmerón, que tuvo el desacierto, en Castellón de la Plana, de pronunciar un discurso proclamando las cuatro unidades, tan famosas como las tres de los viejos dramaturgos. Un discurso cuatriunitario y archiconservador, porque Salmerón entonces no era autonomista como pretende serlo, ahora, en Cataluña.

El discurso de Castellón, que tuvo gran resonancia, fué considerado por todo el mundo como programa definitivo de la Unión republicana. Desde aquel momento desistieron de englobarse en la Unión los autonomistas verdaderos, los antiguos federales, que tanto habían trabajado por llegar á una concordia. Era imposible que aceptaran un programa tan opuesto al suyo.

Pero tan fuerte era ya la corriente unionista, que muchos federales se adhirieron á la Unión con la esperanza inocente de que hiciera algo. En España no puede hacerse cosa alguna mientras la totalidad ó la inmensa mayoría de los demócratas no acepte el programa federal. Sin embargo, la Unión de Marzo deslumbró al país. Vieron en ella los neutros, los egoístas y aun los monárquicos una fuerza tan irresistible, que los que no se agregaron al movimiento, ó lo aplaudieron ó se asustaron. Estaban temerosos los realistas y entusiasmado el pueblo.

No sólo entusiasmado, sino fanatizado; Salmerón era el ídolo de las multitudes; por experiencia propia lo aprendí en Valencia.

¿Qué hizo de aquella fuerza el jefe de la Unión republicana?

Bien poco, pero no toda la culpa es suya; la unión era demasiado amplia; entraron en ella los hombres más refractarios, no ya á la revolución, sino á las innovaciones más sencillas, á las más inocentes novedades; y los platónicos más eminentes, y los más *sensatos* evolucionistas, y los conservadores más conservadorísimos del Universo mundo.

Quien hubiera intentado por su propio impulso iniciar una revolución ó hacer una tentativa, inmediatamente se hubiera visto acusado de díscolo, de ambicioso ó de instrumento del gobierno para quebrantar la Unión. Aun sin hacer otra cosa que conspirar casi platónicamente, los que han hecho ó pretendido hacer tarea revolucionaria—muy pocos—han sido maltratados por los inconscientes, por los envidiosos y por los serviles.

Ya ha caído la venda que cegaba muchos ojos; ya sabe todo el mundo que el señor Salmerón, cien veces más revolucionario que la derecha del partido, se ha dejado influir por esa misma derecha, y hasta por los carlistas y los clericales, como está demostrando en Cataluña.

¡Y pensar que Salmerón (y otros) se vieron acla-

mados con delirio en ciudades populosas, por masas populares dispuestas al sacrificio!

Cuando un hombre ve ante sí, en Barcelona, en Zaragoza, en Madrid mismo, cien mil republicanos, cincuenta mil, veinte mil, que lo aclaman con entusiasmo visible, ese hombre no tiene que hacer más que una cosa: dirigir á la multitud estas palabras:

"¿Habéis deseado alguna vez pelear y morir por la República?"

"Pues ha llegado la hora: ¡á las armas!"

Quien así no proceda, podrá ser un grande hombre, un filósofo eminente, un orador insuperable y un excelente padre de familia; pero no verá en su vida la República, ni los demás la veremos por mucho que se prolongue nuestra vida inútil.

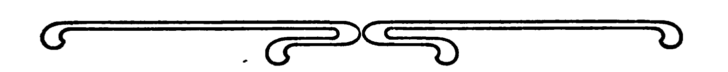
No debemos criticar á nadie por flaquezas ó errores en que todos incurrimos; lo que censuraremos con la acritud necesaria mientras nos dure la vida, es que se haya engañado—esta es la palabra justa—á las multitudes populares con mentidas promesas de revolución. Los que la temen no pueden desearla, ni en caso de victoria dirigirla. Cuando un hombre se siente evolucionista, cuando un partido ó un grupo es evolucionista y nada más, el honor de este partido y el deber de aquel hombre consisten en decir muy alto:

"No pensemos en revoluciones y violencias; propaguemos las ideas con prudencia, cordura y gran respeto á la legalidad; seamos europeos."

¡Europeos! Eso es lo que nos falta para acabar-

nos de hundir. Pero los republicanos que se expresaran de este modo, serían siquiera políticos honrados; lo que no han sido al anunciar y ofrecer revoluciones que no esperan, ó consentir que se anuncien y prometan con su autorización.

El 25 de Marzo es fecha triste para la Democracia y la República: olvidémosla.



Suspirando

¡Por qué nacemos, para qué vivimos,
á qué nos afanamos sin sosiego,
si pasamos los hombres por el mundo
como pasan las nubes por el cielo!

De las nubes no queda ni la sombra
en el espacio azul que recorrieron;
de los hombres, la tierra que pisaron
tampoco guarda rastro ni recuerdo.

Ni siquiera sabemos si la vida
es una realidad ó es un ensueño,
un celaje, una nube, de un suspiro
tenue rumor sin eco....

Párrafos sin ilación

Es cosa de reir, si no diera gana de llorar, la formalidad con que ciertos políticos invocan la memoria de Pi y Margall, su talento, sus méritos, sus virtudes, y al mismo tiempo la eficacia de la autonomía, después de haber combatido la de las colonias y llamado á Pi loco de atar, soñador incorregible, político funesto, sin sentido político, sin sentido común, sin condiciones de gobernante, de legislador ni de jurisconsulto.

Al propio D. Francisco, si resucitara, le daría vergüenza el que se hayan hecho apologistas suyos los que antes fueron sus enemigos, sus difamadores.

* * *

Algunos españoles para insultar á otros, los denominan rifeños.

No es un insulto.

Más vale ser rifeño, que monaguillo del Nuncio, afeminado ó servil.

Ya quisiéramos tener nosotros la virilidad y el patriotismo de los bravos rifeños.

Inglaterra ha clavado su bandera en territorio

español: en Gibraltar. España se ha establecido á su vez en territorio de Marruecos: en Melilla. Pero hay una diferencia: los ingleses dominan pacíficamente en Gibraltar y *sus alrededores,* mientras los españoles apenas si asoman sus narices por las aspilleras de la rifeña plaza.

Ambas posesiones, la inglesa y la española, fueron adquiridas por las artes de la guerra; la fuerza las rindió. Pero estas conquistas han sido sancionadas por tratados internacionales y se consideran posesiones legítimas de sus debeladores. Sin embargo, los rifeños —más patriotas que los españoles y más dignos—protestan á balazos; protesta secular del patriotismo, que no tiene en cuenta la firma ni el sello del Sultán estampados al pie de los tratados internacionales.

Por otra parte, Inglaterra se estableció en Gibraltar con un fin político, y lo cumple. España está en Melilla para perder el tiempo y el dinero. Podríamos y debiéramos, desde las plazas de Africa, europeizar el imperio marroquí; desgraciadamente, ni nosotros en Ceuta y en Melilla sabemos europeizar, ni los moros pueden africanizarnos, que sería mucho mejor.

¡Qué lástima!

* * *

Desde que Balzac, ó tal vez otro, pues no estamos seguros de quien fuera, escribió la frase que se ha hecho célebre de "abrir las ostras por la persuasión," han aumentado considerablemente los que insultan á los monárquicos llamándolos *mariscos.*

Y no solamente á los monárquicos sinó á los monarcas mismos, á los reyes, á los emperadores, á los papas.

Justos como siempre, declaramos que un tirano dista de ser una ostra, y si la ostra misma no se deja persuadir por ninguna clase de razonamientos, menos se persuadirán un rey, un emperador ni un papa.

¿La persuasión? ¡Qué papa!—Lo que persuade, lo que convence, lo que abre las ostras y las monarquías, es el cuchillo afilado de la cocina ó de la revolución.

No hay manera de tragarse una ostra sin abrirla, ni medio de abrirla sin proporcionado esfuerzo.

Hacen falta el esfuerzo y el cuchillo.

¿No es verdad, reyes?

¿No es cierto, realistas?

¿No es evidente, monárquicos y ostras?

* * *

Una cosa es ó no es.

En la verdad no hay graduaciones; lo que no es verdad, seguramente es mentira.

Los hombres del justo medio no están nunca en la verdad.

Si un hombre dice que dos y dos son cuatro, y le replica otro que dos y dos son cinco, inmediatamente sale el discreto y oportunista del justo medio con la transacción: dos y dos son *cuatro y medio.*

* * *

Lo primero que debió España á la dinastía borbónica, fué la pérdida de Gibraltar.

Y ha llegado una época en la cual ya no cabe Inglaterra en el Peñón; necesita para su defensa las montañas próximas, para su tráfico la totalidad de la bahía. La guarnición normal ya no puede revolverse dentro del recinto y el vecindario va creciendo.

Por consiguiente, Inglaterra está obligada á optar entre dos resoluciones: abandonar la plaza, ó ensancharla.

Quien conozca á los ingleses, ya presumirá cual ha de ser la resolución que adopten.

* * *

Cada vez que en la Habana me hablan de Mr. Magoon, y eso es todos los días, pienso en el Nuncio del Papa; el Nuncio en Madrid, por supuesto.

Y es porque Mr. Magoon, en la Habana, hace lo mismo que en Madrid el Nuncio.

¿Que qué hace el Nuncio en Madrid?

Lo que le da la gana.

* * *

A un escritor francés le ha sorprendido mucho que los sargentos primeros coman un plato más que los segundos, pues no cree que el apetito de los militares sea proporcional á los galones.

También le ha chocado que las raciones varíen; que al soldado se le dé una, al oficial dos, al jefe tres.. Es que el jefe tiene tres estómagos y cuatro el general.

Todas estas cosas de la administración militar y naval, en Francia y fuera de Francia, obedecen á la necesidad de no relajar la disciplina. ¿Qué dirían los soldados de un general que, como ellos mismos, tuviera un solo estómago?

La jerarquía reclama esas distinciones. En los hospitales militares puede recetársele una purga, lo mismo al coronel que al corneta; pero nunca se les da la misma. ¡Pues no faltaba más! Para el soldado aceite de ricino, para el jefe limonada purgante.

Ahora que los reclutas llegan á los regimientos un poco maleados por la propaganda antimilitarista, es necesario que se convenzan pronto en el cuartel de la superioridad indubitable de los dignos jefes que los han de llevar á la victoria (ó á la derrota, pues se han dado casos). ¿Y cómo convencerlos? Pues haciéndoles ver desde el primer día que no son iguales. Un general que tiene cuatro estómagos, no puede menos de tener cuatro cerebros y hasta cuatro patas.

En buena lógica debiera hacerse lo contrario: darle menos de comer y menos sueldo á un general de 60 años que no puede ya con los calzones, y pagarle con esplendidez á un teniente de 25 años, á un soldado de 20, á cualquier trompeta de caballería que tenga cuatro novias.

* * *

El ejército alemán es el primero del mundo..... según dicen admirados los que solo saben admirar el éxito.

Concedamos esa primacía; pero reconózcase de buena fe que los triunfos de Alemania en la poblada y civilizada Europa no se han reproducido en los climas tórridos de Africa.

Ahora están aprendiendo á su costa los germanos los que otros tenemos bien sabido. Las colonias de Africa son una especie de grano, pero grano maligno, que le ha salido al imperio; y las campañas contra los hereros y otros súbditos involuntarios de Guillermo II, son otras tantas derrotas con honores de desastres.

Los soldados alemanes son instruídos y valientes, pero demasiado rubios para las guerras de Africa. Los oficiales saben mucho de estrategia, de castrametación y de balística, pero no están familiarizados con el sol. Por eso cada correo de Africa le lleva una sorpresa dolorosa al gobierno de Berlín.

Ahora se convencerán prusianos y no prusianos, de que no es lo mismo guerrear en Francia y en Bohemia, con marchas en ferrocarril, ganando batallas con botas de charol, alojándose todas las noches en magníficas ciudades y tomando duchas en los alojamientos, que batirse con los negros de Africa en su propio territorio, sin comer, sin dormir, sin sendas practicables y sin recibir aplausos de la prensa ni cartas de la novia.

Las guerras coloniales son las verdaderas guerras; las de Europa, entre ejércitos regulares, no pasan de ser una broma de mal gusto.

Deploramos las derrotas de los alemanes en sus nuevas colonias; pero no nos sorprenden. En cuanto á las victorias de los hereros, ni nos sorprenden ni las deploramos.

* * *

La inteligentísima y valerosa raza de los árabes, ¿á qué debe su decadencia, su actual inferioridad, notoria, visible, incuestionable?

A la religión, al fanatismo, á la inmovilidad.

Aplíquense el cuento las naciones sometidas á religiones inmutables.

* * *

Según cuenta un diario de New York, al ser conducido al cementerio el cadáver de un señor Mittel, fué el ataud alcanzado y destrozado por un tranvía. No quedó menos destrozado el cuerpo del difunto.

Lo más curioso del caso, y en lo que no dejarán de fijarse los supersticiosos, es que en toda su vida no había entrado el señor Mittel en tranvía ninguno; les tenía más miedo que á la peste; se le oyó decir en muchas ocasiones que aborrecía ese medio de locomoción.

¿Era un presentimiento? ¿O fué la venganza del desdeñado tranvía?

Puede ser, que no son sensibles únicamente los seres animados. Hay objetos materiales que tienen positiva sensibilidad y no soportan desaires ni desprecios.

¿Hay cosa más prosaica, más material que el dinero? Pues el dinero también es sensible á los desprecios, á los desdenes del hombre. El hombre que lo desdeña no logra jamás echarle la mano encima, pues se va con los que lo buscan, lo miman y lo adoran.

Siendo sensible el dinero, ¿por qué no ha de serlo un carro?

* * *

En toda la extensión que recorre el Sena dentro de París, se ve una crecida cantidad de pescadores de caña sentados tranquilamente, y al parecer pescando, en los malecones de las dos orillas.

Desde luego llama la atención la circunstancia de que se sitúan con perfecta regularidad, equidistantes entre sí, como á cincuenta metros cada uno del inmediato, por lo que no ha faltado quien sospeche que no son tales pescadores, sino jornaleros contratados por el Ayuntamiento par dar animación y amenidad á las márgenes del río. Confirma la sospecha y la generaliza el hecho positivo de que ninguno de ellos pesca nada.

Tal vez por eso ha dicho un humorista que el pescador de París es.... "una caña con un imbécil en cada punta."

¿En cada punta? Eso quisiera el pescador, pues en una de las puntas se ve muy bien al imbécil, pero en la otra ¡ni un pargo!

Mientras dura la veda, se observa desde los puentes cómo abundan y saltan los peces en el río; pero el

mismo día que se publica el bando levantando la veda, todos los peces desaparecen y no los pesca nadie. Tal vez sepan leer y escribir, que en París se van civilizando hasta los peces.

* * *

Los hombres públicos y las mujeres bonitas tienen dos reputaciones; es difícil saber cuál es lá acertada y justa, si por acaso lo fuere alguna de las dos.

* * *

¡Cuánto pesa la civilización!

La carga que lleva encima el hombre civilizado es realmente abrumadora.

Además de sus ropas, de las que indudablemente sobra más de la mitad, y sin contar los broches innecesarios y los botones inútiles, véase lo que exige la vida civilizada:

Un portamonedas (lleno ó vacío).

Una cartera para billetes de Banco.

Otra cartera con documentos privados.

Un tarjetero.

Una petaca.

Una boquilla para los tabacos y otra para los cigarrillos, en sendos estuches.

Unas tenacillas.

Una fosforera.

Un par de lentes.

Unos gemelos de campo ó de teatro.

Tijeras y cortaplumas.

Un reloj con cadena y varios dijes.

Algún anillo para adornar los dedos.

Un alfiler de corbata.

Un peine para el bigote y acaso otras menudencias que no pueden nombrarse, cada objeto en su respectivo estuche.

Un llavero, con pocas ó muchas llaves.

Un termómetro.

Un barómetro.

Una brújula.

Y para defensa de estas propiedades individuales nuestras, la civilización nos obliga á llevar constantemente un revólver—por si acaso—y una docena de civilizadoras cápsulas de buen calibre.

¡Magnífica civilización!

* * *

Moda y contagio son sinónimos.

La humanidad ha progresado, no cabe duda; pero si nos fijamos en una parte de ella, más bien parece que va degenerando.

Se diría que el hombre no es descendiente del mono antropoide, sino ascendiente del mono civilizado que aparecerá en lo porvenir. El cual porvenir está más próximo de lo que algunos creen, pues ya son muchos los verdaderos monos entre los seres que todavía tienen apariencia humana, elocuencia, calcetines, memoria, pañuelo, títulos, renombre y capital.

* * *

¡Francia!..... Un gran país, donde todo el mundo es propietario; y allí vale la pena el serlo, porque las leyes se han hecho en beneficio de los propietarios y en perjuicio de los que no lo son, es decir, de cuatro miserables.

En todas partes han legislado en su provecho las clases vencedoras; pero en Francia es un colmo lo que hacen los burgueses, que son á la vez propietarios y legisladores.

El inquilino puede mudarse de casa pagando un trimestre más del tiempo que la ocupa; si no quiere pagar ese trimestre, ha de anunciar que se muda con tres meses de anticipación, durante los cuales ha de abrir su puerta á cuantos quieran ver sus aposentos para alquilarlos. El objeto es que el propietario alquile antes que su inquilino se mude.

De esta reglamentación resulta que el mismo día en que un inquilino desaloja su vivienda la ocupa otro. No hay manera de desinfectar ni aun ventilar los cuartos. Es una indecencia impropia de París, aunque digna de los propietarios, que han conseguido--si no en toda Francia, á lo menos en París—que se hagan en un día todas las mudanzas.

Los días en que pueden mudarse los vecinos de París son cuatro cada año: el 15 de Enero, el 15 de Abril, el 15 de Julio y el 15 de Octubre.

Fué un 15 de Enero cuando presencié el hecho que me sorprendió en una ciudad civilizada, hecho

que parece más propio de un *vaudeville* que de la realidad y que referiré sucintamente.

Mi estimable vecino M. Dupont había despedido su casa desde el mes de Octubre: llevaba tres meses franqueando la puerta á cuantos querían registrar su casa, por ley ó costumbre tan incómoda como indecente; debía mudarse el día 15 de Enero, y tampoco podía mudarse antes aunque hubiera querido, porque en la propia fecha y no antes se desocupaba su nueva habitación.

Y le sucedió á M. Dupont una cosa que, tarde ó temprano, le sucede á todo el mundo: se murió el 14 de Enero á las once de la noche. Su familia pidió un plazo de tres días para mudarse y el propietario no lo concedió porque ya tenía alquilado el piso; tampoco el nuevo inquilino pudo esperar ni una hora después de las doce del día 15, porque entraba otro inquilino en el piso que él dejaba. El entierro del señor Dupont no podía efectuarse antes del día 16, lo que obligó á la familia á hacer la mudanza el 15, llevándose el cadáver entre los muebles, metido en un saco y en el carro de mudanzas, desde la casa mortuoria hasta la casa del enterramiento.

Ego vidi.

* * *

En el invierno de 1905 pasé unos días en la Mancha, y no quise alejarme sin hacer una excursión á la magnífica Sierra Morena. Desde un cortijo que yo co-

nocía de mejores tiempos le escribí una carta al gran Benot. He aquí un fragmento de la carta:

"No sé en este momento lo que sucede en Madrid, de lo cual me alegro mucho. En estos picos no hay más que lobos, pero lobos sin levita.

"Hay algo más: sendas tortuosas, barrancos, derrumbaderos, ¡y no los aprovechamos! El olor del tomillo me rejuvenece; pero estos rejuvenecimientos metafóricos no sirven para nada; todo es viejo en torno mío: los hombres y las cosas, las conversaciones y los pensamientos. Me acompaña un simpático *maestro de sierra,* cazador desde hace medio siglo, que ha visto muchas cosas, pero no ha visto nunca ni Madrid ni el mar, y quisiera verlos, aunque los aborrece de todo corazón: á Madrid, porque allí se elaboraron las leyes y se dictaron las órdenes que le dejaron "huérfano de hijos"—como dice él en su expresivo lenguaje;—al mar porque se tragó los hijos que regresaban anémicos de Filipinas, después de haber combatido en defensa de cosas que no les importaban.

—De mis dos hijos varones sólo me quedan las escopetas, me dijo.

"Y me enseñó dos viejas escopetas de pistón, de las cuales dice que no se desprenderá.

"Se enjugó una lágrima, añadiendo:

—Serán para mis nietos, los hijos de mi hija; ellos serán los vengadores.

—En estos tiempos—le observé—las escopetas son poco eficaces.

—Menos eficaz ha sido el mauser en las guerras últimas—replicó el maestro de sierra;—mis hijos, con estas escopetas, no hubieran perdido ni una bala; pero con el mauser, ¿qué habían de hacer, los pobrecillos, si les hacían tirar á veinticinco leguas? Ellos estaban acostumbrados á tirar como yo, á boca de jarro; ¡y así tirarán mis nietos!

"En estos precipicios y peñascales y bosques, entre aullidos de fieras y rumores de agua, me avergüenzo de haber estado dos años en Madrid sin hacer nada, absolutamente nada, ni por la humanidad, ni por la libertad, ni por la patria. Me consuela, tristísimo consuelo, el que lo mismo han hecho—ó menos—los demás. Ignoro lo que á estas horas pueda pasar en Madrid; es de creer que nada. Aquí tampoco. Cierto es que ahí me enterarán de los chismes y los cuentos que eternamente flotan en el aire, pero trataré de aislarme, aunque Morayta me llame taciturno. Más solitario estoy algunas veces en mi celda de la capital de España, que estos días en las fragosidades de mi Sierra Morena. Mucho pesan los años; pero, por mi gusto, preferiría la permanencia en estos matorrales á todas las discusiones del Congreso. Antes que oir á los legisladores discutiendo crisis indiscutibles, pequeñeces como los suplicatorios y majaderías reglamentarias, me gustaría levantar en esta sierra una buena partida de ladrones. Realmente es lo que hace falta: partidas armadas de bandoleros y de foragidos; salvaríamos á la nación practicando á escopetazos el *similia similibus*.

"*A Madrid me vuelvo,* se titula una comedia de Bretón de los Herreros, que hacía furor en mis tiempos juveniles. Era grato, sin duda—sobre todo para los madrileños,—el volver á Madrid desde el Molar ó desde el Escorial, ó desde Arganda, que era donde se veraneaba entre moscas y mosquitos en aquellos tiempos. Yo me vuelvo á pesar mío, perdiendo de vista con dolor estas fuentes, estos colmenares, estos hermosísimos desfiladeros, cuyo recuerdo será mi ilusión única, mi visión consoladora, cuando haya de leer por triste obligación las notas oficiosas, indecentes por lo falsas, de los frecuentes Consejos de ministros, ó escuchar los discursos, gratos á Morfeo, de nuestros más insignes oradores.

"No sé en qué estaban pensando los que me mandaron al Parlamento ¡á mí! Las cosas que allí se tratan, y muchas de las que se tratan en las demás reuniones de políticos, me hacen un efecto lastimoso. Mis contemporáneos, y en general los hombres, se me figuran insectos, con la agravante de la conversación. Esa conversación que otros llaman elocuencia."

* * *

Censura la gente vieja la indiferencia política de la gente moza, pero sin razón alguna.

Todas las generaciones han pasado por lo mismo; los ideales han sido siempre defendidos, propagados, realizados á veces, por exiguas minorías. Se dirá que ahora ni siquiera hay minorías que crean, luchen y se

sacrifiquen por la humanidad... Es cierto, pero lógico. Una raza, un pueblo, una generación, un individuo pueden luchar y sacrificarse por una idea, sabiendo adonde van; pero cuando se sabe que hoy se combate por ideas muertas, por programas viejos, por cosas concluídas, ¿con qué derecho se pide á la juventud que pierda el tiempo, malgaste su actividad y aun arriesgue la vida?

En todas las almas jóvenes existe el presentimiento de que se acerca una transformación: presintiéndola, adivinándola todos, y pudiendo algunos demostrar que viene, ¿cómo han de luchar por lo que cabe en los antiguos moldes y por aquello mismo que pudo ser ideal de sus abuelos?

El mundo marcha... Poco importa que algunas generaciones se detengan, duden y pasen por la vida sin marcar su huella.

Otras vendrán.

* * *

No son revolucionarios los que hablan de encauzar una revolución antes de hacerla. Vale más no hacerla, que atajarla cuando empieza á recorrer su natural trayectoria. Todo programa de revolución debe entenderse que es un programa inicial. Porque es un osado, es un tirano, es además un imbécil, quien intente ponerle barreras al ciclón.

Ya lo dijo Pi y Margall:

"No somos de los que entienden que cabe de an-

temano organizar las revoluciones. Hechos de suyo anormales, se desarrollan anormalmente y desconciertan los más hábiles cálculos y las combinaciones al parecer más hábiles. Llevan consigo la lucha, y la mayor ó menor resistencia que han encontrado en el enemigo las lleva por uno ó por otros rumbos. Locura de las locuras pensar antes en poner freno á las revoluciones que en provocarlas. Si nosotros las temiéramos no seríamos revolucionarios. No lo son los que las temen."

Vara de Rey

Por la iniciativa generosa de un cubano ilustre, del señor José de Armas (los cubanos han tenido el buen acuerdo de suprimirse el *don*, que después del *señor*, es una redundancia), va á erigirse un monumento que recuerde á la posteridad la defensa heroica del Caney y el sacrificio glorioso del general que la personifica.

Todo el mundo aprueba el pensamiento feliz del señor Armas, al que se asocian con júbilo cubanos y españoles. Estamos bien seguros de que lo aplaudirán, más que nosotros mismos los soldados norteamericanos, testigos del suceso y admiradores del general vencido. Y cuando llegue la hora de inaugurar el proyectado monumento, seguramente lo adornarán coronas y laureles que den testimonio de la gratitud de España, de la justicia de Cuba, del respeto de los Estados Unidos y de la admiración universal.

No es necesario recordar el hecho; es demasiado reciente para que se haya olvidado, y no es, por otra parte, de los que el tiempo borra. Al contrario, pertenece al número de las no abundantes efemérides que honran á la especie humana, que conservan la fama

de las razas extinguidas y de las naciones muertas, que son recogidas por el arte universal é inmortalizador, para cantarlas, pintarlas, grabarlas, esculpirlas.

¡Divinas efemérides! La antigua Grecia vive todavía y seguirá viviendo en la memoria humana, más que por sus sabios y por sus artistas, por sus capitanes y sus héroes. Entre los héroes mismos, nos parece á todos menos grande el genial Epaminondas triunfando en las batallas campales, que Leónidas muriendo por la patria en los breñales de un desfiladero.

España tuvo también sus Termópilas en las sangrientas lomas del Caney, como tuvo su Leónidas en el caudillo ejemplar que dió su sangre, la de sus soldados, la de sus propios hijos por el deber, la dignidad y el honor.

Sí, porque Vara de Rey, en las últimas horas de su vida, tuvo tanto del héroe en Tarifa como del de las Termópilas; tuvo más, que si Guzmán el Bueno le hizo á la patria amenazada la legendaria ofrenda de su hijo, dos hijos le sacrificó Vara de Rey. Por eso es más grande su gloria que su infortunio.

El general americano calculó muy bien, cuando al amanecer de la histórica jornada anunció que tardaría dos horas en tomar la posición. Y aun se excedió en el cálculo, pues no era verosímil que se sostuvieran ni una hora 500 hombres mal parapetados, contra más de 3.000 americanos intrépidos y más de 1.000 cubanos aguerridos y una artillería tan certera como numerosa. Al calcular el tiempo hizo honor á la bravura de

los españoles, pues en el Caney solo cabía una tentativa de defensa, una hora ó menos de lucha.

Y el combate duró mientras hubo sol que lo alumbrara; más de diez horas. Terminaba el día cuando los americanos se hicieron dueños de la posición, en la que encontraron muertos, moribundos ó gravemente heridos á la mayor parte de los españoles.

Todavía más numerosas fueron las bajas americanas y cubanas, por ser mayor la cifra de sus combatientes; pero el número de españoles fuera de combate raya en lo increíble, por su desproporción con la totalidad.

¡Pobres soldados! Ellos compensaron con creces el tributo que otros negaron á la patria; ellos solos cumplieron, ya que faltaron á sus deberes cívicos los estadistas famosos, los políticos más responsables y clases enteras de una sociedad envilecida.

Se dice ahora que le conviene á España cerrar con siete llaves la sepultura del Cid, ¡como si no estuviera bien cerrada para la clase burguesa!.... Bien, pero no cerremos nunca la de Vara de Rey y sus soldados. La del Cid puede cerrarse, ya que el héroe castellano representa la agresión, la conquista, la violencia, la aventura; no cerremos jamás la del héroe del Caney, personificación de la lealtad, de la abnegación, del patriotismo.

El combate del Caney reverdece los laureles patrios, harto marchitos en la edad moderna por estragos del mercantilismo; y tanto como á la vieja patria enal-

tece á la raza toda entera. En América, tanto ó más que en Europa, será inmortal el nombre de Vara de Rey que ilumina con su gloria una página sombría.

Acordada está la erección del monumento. Cubanos y españoles, reunidos recientemente en la Legación de España, lo decidieron por unanimidad. Los que no concurrimos nos asociamos á la decisión.

Ahora sólo falta que se ejecute el acuerdo.

Y cuando llegue el día de la inauguración del monumento, ya que ha de ser una solemnidad internacional é histórica, esperamos y creemos que concurrirán á presidirla y enaltecer el acto, los presidentes de las tres repúblicas: la Americana, la Cubana y la Española.

———

Dos palabras

Pocos son los capítulos que en este libro he dedicado á Cuba, lo que no parece bien en un volumen escrito, impreso, destinado tal vez á ser leído en la Habana. Y es que hablarles mucho de Cuba á los cubanos, fuera en mí culpable atrevimiento; cualquier cubano sabe de Cuba más que yo.

En Europa, quizá me atrevería; de lejos se puede bien, no mentir, pero equivocarse impunemente. Recuerdo todavía cierto relato de la campaña de Cuba hecho en una aldea de España por un soldado viejo. Nos contaba que en una dispersión, muertos muchos de sus compañeros, vagaba solo y sin rumbo por el espeso monte, sin esperanza de auxilio, sin poderse orientar, atento el oído á todos los rumores, cuando de repente se encontró, en plena manigua, ¡con un elefante!

Yo no he visto elefantes ni en los campos ni en las ciudades de Cuba; pero aunque viera visiones de hambriento ó de alucinado, iría tal vez á contarlo allá en Europa, y en Cuba me callaría.

Desisto pues de insertar un capítulo apenas esbozado y que había de titularse *Armas y Letras en*

Cuba. Le cedo el título á otro más osado, para que escriba, no un capítulo, sino un libro entero. Y le prometo leerlo, pero escribirlo....¡jamás! Seguramente, si lo escribiera yo, me costaría la pérdida de algunas amistades.

Por otra parte, sé muy poco de las campañas de Cuba; apenas si conozco lo oficial, que es precisamente lo menos verídico y menos interesante. En cuanto á lo episódico, lo recogido ó que puede recogerse de labios de testigos y de actores, eso es más entretenido: pero es posible que todos, así los combatientes como los *majás,* hayan visto elefantes en el Camagüey.

Si sé poco de las armas, no sé más de las letras. Renuncio á incluir en este amazacotado libro un estudio que pensaba hacer de la poesía y los poetas cubanos. Incurriría muy fácilmente en error, no por voluntad sino por ignorancia. Agraviaría, por omisión, á muchos. Citaría con elogio á más de uno y más de cuatro poetas, y acaso omitiera, sin intención, á otros que igualasen ó superasen en mérito á los elogiados.

Por otra parte, no hago profesión de crítico; ¿ni quién soy yo para juzgar á los poetas modernos, si me equivoqué juzgando á los antiguos? En mi primera época de Cuba, consideré á Fornaris el primer poeta, después de Heredia, y presumo que no anduve acertado, pues nadie participa de mi parecer. Admiraba yo la corrección, el sabor clásico de su magistral oda

á Tibulo, me la sabía de memoria y todavía la recuerdo:

Mientras Virgilio á César deificando
Junto al divino Jove,
Le erige sacro solio en el Olimpo
Y rey del Universo le declara;
Mientras Horacio con soberbias odas
En líricos arranques reconoce
Que César es su dios, Tibulo triste
Del Tíber en apartado margen
Y al recorrer las cuerdas de su lira
Despreciando el banquete de Mecenas
Aire de amor y libertad respira.

. . . .

Tal vez influyera en mí preferencia el que fuera la musa de la libertad la inspiradora de Fornaris, como otros la concedían á los que eran más grandes por el infortunio que por la inspiración.

De todas suertes, me siento desautorizado para entrar en el estudio que me proponía.

Y para hacerlo á conciencia habría de faltarme espacio. No ha muchas noches, me decía un literato habanero: "Pocos, muy pocos son los poetas cubanos". Y yo le replicaba: "Pocos, poquísimos, son en todas partes los verdaderos poetas; no nace todos los siglos un Dante; en Europa, con tantos millones de vivientes, quizá no haya dos poetas que se sobrevivan".

Pero aunque no haya en Cuba grandes poetas de

perdurable memoria, concediéndolo así por complacer á mi interlocutor, es de justicia reconocer que merecen la fama de que gozan entre sus contemporáneos, los Varela Zequeira, los Byrne, los Pichardo, los Miyares, los Carbonell, los Sánchez Fuentes, los Bobadilla; y no debe citar á ninguno de los que no he tenido el gusto de leer.

Ni faltan poetisas; no podían faltar en la patria de la inmortal Gertrudis. Si no alabo á ninguna, es porque sería preciso que las nombrara á todas; con las damas no hay olvido merecedor de disculpa. Citaré no más que á Mercedes Matamoros, porque ya no existe más que en el recuerdo de los que la admiramos.

La persona á quien antes aludí podrá pensar que no hay poetas en Cuba; yo creo sinceramente que hay más en esta isla que en cualquier otro país de América; más que en España, habida cuenta de la población; y mejores, exceptuado México, que en todas las repúblicas americanas.



Taft

Cierro este libro con un tema que no puede ser de mayor actualidad: la llegada á esta Isla, procedente de Panamá y Puerto Rico, del Ministro de la Guerra de la Unión Americana.

¿A qué viene mister Taft á Cuba? ¿Qué intenciones trae? ¿Cuáles son sus impresiones personales, y qué instrucciones ha recibido del Presidente Roosevelt?

No podríamos contestar categóricamente á ninguna de estas interrogaciones, y no será ciertamente que el asunto no se haya debatido. Apenas anunciada la venida del célebre juzgador y hombre de Estado, aquí se desataron las lenguas y las plumas; quizá no quede un político de altura que no haya emitido su parecer y dado su consejo. Bien hecho, eso sí, porque no tendría disculpa en la presente ocasión la indiferencia de los que en Cuba dirigen, encauzan y á veces extravían las opiniones corrientes.

Lo mismo sucedía en la era colonial cuando llegaban los virreyes ó los capitanes generales; siempre se les suponía portadores de importantes órdenes reales,

de instrucciones reservadas, y de buenas ó malas intenciones. Quien suponía que la nueva autoridad venía dispuesta á cortar los abusos coloniales, á extirparlos para siempre, y á reformar de una vez todo lo que fuera reformable; quien afirmaba que el nuevo gobernante venía con la misión salvadora de apretar los resortes de gobierno, pues en todo tiempo ha habido personajes que los creyeran flojos; y no faltaban incrédulos que murmurasen en la intimidad, asegurando que *Su Excelencia* protegería la trata, fomentaría todo género de contrabandos y haría.... lo mismo que todos.

A las mujeres y á los iletrados—y siento ponerlos juntos—lo que les llamaba la atención, era.... las cruces, medallas, bandas, fajines y condecoraciones, que, del pescuezo á la cintura, cubrían el ancho busto del virrey ó capitán general; no solamente los impresionaba, sino que disputaban apasionadamente si eran más ó menos que los adornos lucidos por sus predecesores.

En este punto, séame permitido no esconder mi vanidad de español; no dudo yo que Mr. Taft venga á resolver problemas, zanjar dificultades, hacer, en fin, muchas cosas y no desperdiciar ni los minutos; pero en cuanto á cruces, condecoraciones, medallas, colorines y plumeros, estaba cien codos á mayor altura el más infeliz de nuestros generales.

Mr. Taft ha llegado también con menos ruido, pues si á su llegada hubo cañonazos habrán sido pocos;

las campanas, que yo sepa, no repicaron: y ha incurrido este pueblo en una distracción, por no calificarla de otro modo, de la cual ha participado aquel: no ha habido *Te Deum* en la Catedral.

En tiempo de la colonia, el *Te Deum* no se olvidaba nunca; era la más solemne de las solemnidades, lo mismo al llegar un alto representante del Poder, que cuando cesaban las epidemias mortíferas para las personas ó para las vacas.

Viene Mr. Taft á Cuba, y no por primera vez, acompañado de envidiable fama como político, estadista, gobernante, hombre de acción; ha demostrado sus dotes en Cuba, en Filipinas, en todas partes; es hoy, después de Roosevelt, la figura americana de mayor relieve. Parece destinado á ser, más tarde ó más temprano, presidente de los Estados Unidos, y no sin razón esperan de él: sus compatriotas, acierto; los cubanos, justicia; los extranjeros en Cuba, previsión.

Esto de la previsión no será lo más difícil para un hombre tan sagaz y un político de experiencia tanta; pero tal vez, aun sin dejarse llevar de sentimentalismos, podrá ser más ó menos influído por lamentos quejumbrosos y lloriqueos femeniles de los que fingen temores ó en realidad los sienten; extranjeros asustadizos, cubanos tímidos, enemigos de la democracia.

Temores más pueriles que justificados, pero fáciles de comprender entre las clases que en Cuba se llaman productoras y son precisamente las que no producen nada.

Es sensible, pero aun entre los cubanos hay algunos que no fían en su pueblo, que reniegan de su raza, que se asustan de su sombra, que todo lo ven negro. Sin embargo, el pueblo cubano es digno de ser independiente, como todo pueblo que tenga fe en sí mismo; presiente dificultades internas, pero se siente con valor para afrontarlas. Desgraciadamente no es el pueblo quien ha de informar á Taft; sus resoluciones ó las de su gobierno dependerán tal vez de consejos que le den personas respetables, pero sobrado miedosas, cuando no de sucesos provocados, de disturbios fáciles de promover, de indicios que son para tenidos en cuenta, con tal de no darles una importancia excesiva. ¿Dónde ni cuándo se han transformado las instituciones seculares de cualquier país sin trastornos y quebrantos?

Cualquiera que sea la solución de este problema cubano, sea cual fuere la resolución de los Estados Unidos, habrá desilusiones. Con la independencia no faltarán cuestiones arduas y nuevos problemas de solución difícil; pero hay en Cuba políticos dispuestos á dominar todas las dificultades, previstas ó imprevistas. Con el protectorado ó cualquiera otra solución impopular, seguramente serán vencidas al cabo las resistencias y salvados los escollos, quizá en plazo más breve, pero á costa de mayor esfuerzo y de más cruentos sacrificios.

Para que la gran república proceda con justicia, es menester que Cuba tenga fe en sí propia; si el

pueblo cubano se rebaja, será desatendido; pero si se rebela, ¡taft!

¿Qué se necesita, pues, en la crisis nacional de Cuba?

Juicio y dignidad en los elementos populares, confianza y valor en las clases dirigentes; y no ya en los momentos de resolver la crisis fundamental, sino cuando surjan las que posteriormente se han de derivar de la solución que dicte el gobierno americano.

De todas suertes, gobernarán á Cuba—independiente ó sometida—los elementos más conservadores; es lo que sucede en todas partes y no puede menos de suceder así. Para que gobierne en Cuba el partido liberal, es necesario que nazcan partidos más avanzados, verdaderamente radicales y aun exaltados; en ese caso, los liberales gobernarían también por conservadores relativamente. ¿A qué se debe que en Francia hayan gobernado hasta los socialistas? A que éstos son relativamente conservadores, desde que hay anarquistas. ¿Por qué algunas veces—pocas—gobierna en España el partido liberal? Porque hay un partido republicano que asusta á las clases más imbéciles.

No cabe dudarlo; toda sociedad constituída es rutinaria, es por instinto y de hecho conservadora; en ninguna parte ha gobernado nunca el partido más extremo; si han de gobernar alguna vez, en Cuba, los hombres del partido liberal, es necesario que se formen partidos ó agrupaciones de ideas más avanzadas, rayanas en la utopía.

Los partidos utopistas son los que impulsan á los pueblos, son los generadores del progreso, pero á condición de que no pretendan gobernar.

De todas maneras, le deseamos á Cuba la suerte de que es digna.



INDICE

Páginas

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

